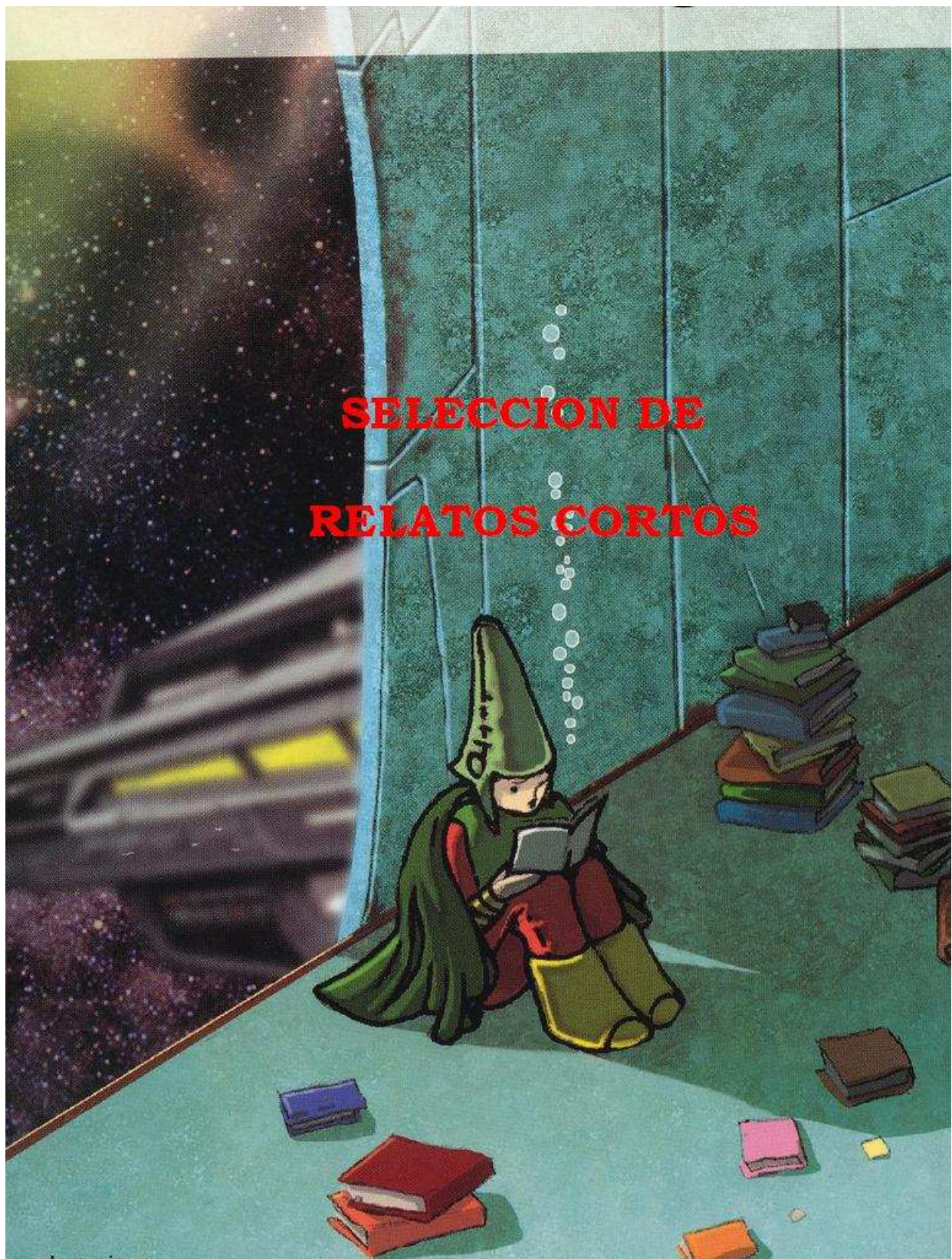




Philip K. DICK

CONTENIDO:

[Reseña Biográfica y Bibliográfica](#)

[Adiós, Vincent](#)

[Blade Runner. Guión original](#)

[El martillo de Vulcano](#)

[El precio de la imitación](#)

[En la tierra sombría](#)

[Escritos tempranos](#)

[Suspensión defectuosa](#)

RESEÑA BIOGRÁFICA DE

Philip K. Dick

(De Wikipedia)

Philip Kindred Dick (16 de diciembre de 1928 - 2 de marzo de 1982), más conocido como **Philip K. Dick**, fue un prolífico escritor y novelista estadounidense de ciencia ficción, que influyó notablemente en dicho género. Aclamado en vida por contemporáneos como Robert A. Heinlein o Stanislaw Lem, Dick obtuvo poco reconocimiento antes de su muerte. Tras ésta, sin embargo, la adaptación al cine de varias de sus novelas le dio a conocer al gran público. Su obra es ahora una de las más populares de la ciencia ficción y Dick se ha ganado el reconocimiento del público y el respeto de la crítica.

Dejando a un lado el enfoque simplista y optimista del mundo frecuente en la "edad dorada" de la ciencia ficción, Dick exploró sistemáticamente la naturaleza enigmática de la realidad y la humanidad en sus novelas, pobladas por gente trabajadora corriente más que por superhombres galácticos. Adelantándose al subgénero cyberpunk, Dick situó la acción de varias de sus novelas en el mundo anómico de *California del Norte*. Su aclamada novela *El hombre en el castillo* (1962, ganadora del Premio Hugo) es una obra pionera que mezcla los géneros de la ciencia ficción y la historia alternativa. También escribió una enorme cantidad de historias cortas y obras menores que fueron publicadas por revistas *pulp*.

Sus obras están caracterizadas por la sensación de constante erosión de la realidad, con los protagonistas descubriendo con frecuencia que sus seres queridos (o incluso ellos mismos) son sin saberlo robots, alienígenas, seres sobrenaturales, espías sometidos a lavados de cerebro, alucinaciones, o cualquier combinación de éstos.

Dick experimentó con drogas psicoactivas, aunque siempre negó que hubieran influido en su obra.

Su juventud

Los padres de Dick se divorciaron cuando él aún contaba con cuatro años, en 1932, y junto a su madre se trasladó a California. Fue al instituto de enseñanza secundaria de Berkeley y, brevemente, a la universidad de California-Berkeley, donde se especializó en alemán. Fue vendedor de discos y disc-jockey antes de publicar su primera historia corta en 1952. A partir de entonces, se dedicó a la escritura en exclusiva casi todo el tiempo. Publicó su primera novela en 1955. Los años 50 fueron una época difícil para Dick, tanto que, como una vez dijo, "ni siquiera podíamos pagar las sanciones por atraso de la biblioteca". Se relacionó con la contracultura anterior a los 60 de California y simpatizaba con los poetas beat y el Partido Comunista. En 1963, ganó el premio Hugo por *El hombre en el castillo*. Aunque Dick fue entonces aclamado como un genio en el mundillo de la ciencia ficción, siguió siendo un desconocido para el resto del mundo literario, por lo que sólo pudo publicar sus libros en editoriales especializadas que pagaban poco. En consecuencia, aunque publicó novelas regularmente durante los siguientes años, siguió sufriendo financiera y psíquicamente. Dick se opuso a la Guerra de Vietnam, por lo que el FBI le abrió expediente. Se casó cinco veces y tuvo dos hijas (Laura e Isa) y un hijo (Christopher).

Dick y sus visiones

El 2 de febrero de 1974 (fecha sobre la que escribiría con frecuencia, cambiándola luego por alguna razón al 3 de febrero) se recuperaba de los efectos del pentotal sódico administrado durante la extracción de una muela del juicio rota. Al abrir la puerta para recibir un nuevo envío de analgésicos, advirtió que la mujer que le traía el paquete llevaba un colgante con lo que él llamó la "vesícula Piscis". (Probablemente se tratase de los arcos entrelazados del vesica piscis.) Al quedarse solo, comenzó a sufrir extrañas visiones. Aunque éstas podrían en principio atribuirse a los analgésicos, se prolongaron durante varias semanas, lo que vuelve tal explicación poco plausible. Dick describió sus primeras visiones como rayos láser y patrones geométricos, y a veces visiones fugaces de Jesucristo y la antigua Roma, que vislumbraba periódicamente. A medida que las visiones crecían en duración y frecuencia, Dick proclamó que había comenzado a vivir una doble vida: una como él mismo y otra como Tomás, un cristiano perseguido por los romanos en el siglo I D.C. A pesar de que había consumido drogas y seguía haciéndolo, Dick aceptó estas visiones como reales, creyendo que había establecido contacto con una entidad divina de algún tipo, a la que se refería como Cebra, Dios, o más frecuentemente SIVAINVI. SIVAINVI es el acrónimo de Sistema de Vasta Inteligencia Viva (en inglés *VALIS: Vast Active Living Intelligence System*). Dick usó este término como título para una de sus novelas, y posteriormente teorizó que era un satélite de algún tipo que usaba rayos para comunicarse con la gente de la Tierra. Afirmó que dicho ente usaba lo que él denominó un "estímulo desinhibidor" para predisponer a los sujetos a la comunicación, en su caso la vesícula Piscis.

SIVAINVI

La mayoría de los estudiosos de este fenómeno concluirían que las visiones de Dick fueron causadas por una breve crisis psicótica, y podrían estar en lo cierto. Sin embargo, lo que ha hecho que el misterio de las experiencias de Dick haya perdurado es la concurrencia de varios sucesos constatables difíciles de racionalizar. En una ocasión, durante un contacto con SIVAINVI, Dick advirtió que su hijo corría el peligro de morir a causa de una enfermedad no diagnosticada. Los chequeos rutinarios del bebé no descubrieron ningún defecto ni enfermedad. Sin embargo, Dick insistió en que se le efectuasen pruebas más exhaustivas para estar seguro de la buena salud de su hijo. El médico terminó por aceptar, a pesar de que el niño no presentaba síntomas de ningún tipo. Durante el examen los médicos le descubrieron una hernia inguinal, que le habría matado de no haberse operado rápidamente. El niño sobrevivió gracias a la operación, que Dick atribuyó a SIVAINVI.

Otro suceso extraño fue un episodio de glosolalia. La esposa de Dick transcribió los sonidos que le oyó pronunciar, y Dick descubrió más tarde que se trataba de un antiguo dialecto griego, que nunca había estudiado.

Exégesis

Experimentara o no realmente algún tipo de comunicación divina, Dick fue incapaz de explicar racionalmente los hechos. Por el resto de su vida, luchó por comprender del todo lo que le estaba ocurriendo, cuestionando su propia cordura y su percepción de la realidad. Expurgó tantos pensamientos como pudo en un diario de 8.000 páginas y un millón de palabras que tituló *Exégesis*. Pasó noches insomnes escribiendo furiosamente en este diario, en ocasiones bajo la influencia de altas dosis de anfetaminas, que sin duda contribuyeron a su tono exaltado. Un tema recurrente en la *Exégesis* es la hipótesis de Dick de que la historia se había detenido en el siglo I, y que el "Imperio Romano nunca cayó". Consideraba a Roma el culmen del materialismo, y también que el olvido del gnosticismo 1900 años antes había mantenido a la población de la Tierra esclava de las posesiones materiales. Dick creía que SIVAINVI se había puesto en contacto con él y con otras personas anónimas para inducirles al "proceso" (léase asesinato) de Richard Nixon, a quien Dick consideraba la encarnación actual del Emperador.

A medida que pasaba el tiempo, se volvió crecientemente paranoico, imaginando que la KGB o el FBI urdían conspiraciones contra él y le tendían trampas de continuo. En algún momento pensó que habían irrumpido en su casa y hurtado diversos documentos, aunque más tarde concluyó que probablemente fue él mismo quien cometió el robo y luego olvidó que lo había hecho.

Sus obras más tardías, especialmente la trilogía de SIVAINVI, tienen un fuerte componente autobiográfico. Muchas de ellas incluyen referencias al 2 de febrero del 74. Dick fue también un voraz lector de obras de religión, filosofía y metafísica, especialmente de las relacionadas con el gnosticismo. La influencia de estas lecturas es patente en muchas de sus historias. Su última novela fue *La transmigración de Timothy Archer*. Por su carácter visionario, sus obras pueden compararse con las de William S. Burroughs (aunque Dick resulta menos mordaz y más filosófico).

Su muerte

Philip K. Dick murió de infarto cerebral en 1982, sin haber logrado determinar la causa sus extrañas visiones.

Bibliografía

Historias cortas

1952

Aquí yace el Wub (*Beyond Lies the Wub*)
El cañón (*The Gun*)
La calavera (*The Skull*)
La pequeña rebelión (*The Little Movement*)

1953

Los defensores (*The Defenders*)
La nave humana (*Mr. Spaceship*)
Flautistas en el bosque (*Piper in the Woods*)
Rug (*Roog*)
Los infinitos (*The Infinites*)
La segunda variedad (*Second Variety*). Inspiró la película de 1996 *Screamers*
El mundo que ella deseaba (*The World She Wanted*)
Colonia (*Colony*)
La viejecita de las galletas (*The Cookie Lady*)
Impostor. Inspiró la película homónima de 2002
Los marcianos llegan en oleadas (*Martians Come in Clouds*). Publicado también como *The Buggies*
La paga (*Paycheck*). Inspiró la película homónima de 2003
La máquina preservadora (*The Preserving Machine*)
Los cazadores cósmicos (*The Cosmic Poachers*). Publicado también como *Burglar*
Sacrificio (*Expendable*). Publicado también como *He Who Waits*
La rana infatigable (*The Indefatigable Frog*)
El abonado (*The Commuter*)
En el jardín (*Out in the Garden*)
El gran C (*The Great C*)
El rey de los elfos (*The King of the Elves*). Publicado también como *Shadrach Jones and the Elves*
Problemas con las burbujas (*The Trouble with Bubbles*). Publicado también como *Plaything*
El hombre variable (*The Variable Man*)
El planeta imposible (*The Impossible Planet*). Publicado también como *Legend*
Planeta de paso (*Planet for Transients*). Traducido también como Visitantes en un planeta pextraño. Publicado también como *The Itinerants*
Algunas clases de vida (*Some Kinds of Life*). Publicado también como *The Beleagured*
El constructor (*The Builder*)
El ahorcado (*The Hanging Stranger*)
Proyecto Tierra (*Project: Earth*). Publicado también como *One Who Stole*
Algunas peculiaridades de los ojos (*The Eyes Have It*)
Tony y los escarabajos (*Tony and the Beetles*)

1954

- La nave de Ganimedes (*Globe From Ganymede*). Publicado también como *Prize Ship*
 Detrás de la puerta (*Beyond the Door*)
 La cripta de cristal (*The Crystal Crypt*)
 Un regalo para Pat (*A Present for Pat*)
 La vida efímera y feliz del zapato marrón (*The Short Happy Life of the Brown Oxford*)
 El hombre dorado (*The Golden Man*). Publicado también como *The God Who Runs*
 James P. Crow
 Autor, autor (*Prominent Author*)
 La maqueta (*Small Town*)
 Equipo de exploración (*Survey Team*)
 Campaña publicitaria (*Sales Pitch*)
Time Pawn. Base de la novela *Dr. Futurity*
 Desayuno en el crepúsculo (*Breakfast at Twilight*)
 Los reptadores (*The Crawlers*). Publicado también como *Foundling Home*
 Sobre manzanas marchitas (*Of Withered Apples*)
 Pieza de colección (*Exhibit Piece*)
 Equipo de ajuste (*Adjustment Team*)
 La estratagema (*Shell Game*)
 El factor letal (*Meddler*)
 Un recuerdo (*Souvenir*)
 Un mundo de talento (*A World of Talent*)
 El último experto (*The Last of the Masters*). Publicado también como *Protection Agency*
 Progenie (*Progeny*)
 Sobre la desolada Tierra (*Upon the Dull Earth*)
 El padre-cosa (*The Father-Thing*)
 Un paraíso extraño (*Strange Eden*). Publicado también como *Immolation*
 El mundo de Jon (*Jon's World*). Publicado también como *Jon*
 Y gira la rueda (*The Turning Wheel*)
- 1955
- Foster, estás muerto (*Foster, You're Dead*)
 Humano es (*Human Is*)
 Veterano de guerra (*War Veteran*)
 El cliente perfecto (*Captive Market*)
 La niñera (*Nanny*)
 El fabricante de capuchas (*The Hood Maker*). Publicado también como *Immunity*
 La barrera de cromo (*The Chromium Fence*)
 Servicio de reparaciones (*Service Call*)
 Una incursión en la superficie (*A Surface Raid*)
 El modelo de Yancy (*The Mold of Yancy*)
 Automación (*Autofac*)
 ¡Cura a mi hija, mutante! (*Psi-Man Heal My Child!*). Publicado también como *Psi-Man* y *Outside Consultant*
- 1956
- El informe de la minoría (*The Minority Report*). Inspiró la película homónima de 2002.
 Servir al amo (*To Serve the Master*). Publicado también como *Be As Gods!*
 La paga del publicador (*Pay for the Printer*). Traducido también como El precio de la imitación.
 Publicado también como *Printer's Day*
A Glass Of Darkness. Versión corta de la novela Muñecos cósmicos (*The Cosmic Puppets*)
- 1957
- La M no reconstruida (*The Unreconstructed M*)
 Desajuste (*Misadjustment*)
- 1958
- Nul-o (*Null-O*). Publicado también como *Looney Lemuel*
- 1959
- Nosotros los exploradores (*Explorers We*)
 Mecanismo de recuperación (*Recall Mechanism*)
 Coto de caza (*Fair Game*)

- Juego de guerra (*War Game*)
- 1963 *All We Marsmen*. Versión corta de la novela Tiempo de Marte (*Martian Time-Slip*)
 Cargo de suplente máximo (*Stand-By*). Publicado también como *Top Stand-by Job*
 ¿Qué haremos con Ragland Park? (*What'll We Do with Ragland Park?*). Publicado también como *No Ordinary Guy*
 Los días de Perky Pat (*The Days of Perky Pat*)
 Si no existiera Benny Cemoli... (*If There Were No Benny Cemoli*)
- 1964 La araña acuática (*Waterspider*)
 Acto de novedades (*Novelty Act*)
 ¡Oh, ser un Bobel! (Quién Fuera Medubel) (*Oh, to Be a Blobel!*)
 La guerra con los Fnuls (*The War With The Fnools*)
 Lo que dicen los muertos (*What the Dead Men Say*). Publicado también como *Man with a Broken Match*
 Orfeo con pies de arcilla (*Orpheus with Clay Feet*)
 Cantata 140
 La jugada (*A Game of Unchance*)
 La pequeña caja negra (*The Little Black Box*)
 El artefacto precioso (*Precious Artifact*)
The Unteleported Man. Versión corta de la novela homónima
- 1965 Síndrome de retirada (*Retreat Syndrome*)
Project Plowshare. Versión corta de la novela *The Zap Gun*
- 1966 Podemos recordarlo todo por usted (*We Can Remember It for You Wholesale*). Inspiró la película de 1990 Desafío total (*Total Recall*)
 Sagrada controversia (*Holy Quarrel*)
 Su cita será ayer (*Your Appointment Will Be Yesterday*)
- 1967 Partida de revancha (*Return Match*)
 La fe de nuestros padres (*Faith of Our Fathers*)
- 1968 No por su cubierta (*Not by Its Cover*)
 El cuento final de todos los cuentos (*The Story to End All Stories for Harlan Ellison's Anthology Dangerous Visions*)
- 1969 La hormiga eléctrica (*The Electric Ant*)
A. Lincoln, Simulacrum. Versión corta de la novela Los Simulacros (*The Simulacra*)
- 1974 Las prepersonas (*The Pre-Persons*)
 Algo para nosotros temponautas (*A Little Something for Us Tempnauts*)
- 1979 La puerta de salida lleva adentro (*The Exit Door Leads In*)
- 1980 Cadenas de aire, telarañas de éter (*Chains of Air, Web of Aether*). Publicado también como *The Man Who Knew to Lose*. Aparece como en la novela La invasión divina (*The Divine Invasion*)
 El caso Rautavaara (*Rautavaara's Case*)
 Quisiera llegar pronto (*I Hope I Shall Arrive Soon*). Publicado también como *Frozen Journey*. Traducido también como Suspensión deficiente
- 1981 La mente alien (*The Alien Mind*)
- 1984 Extraños recuerdos de muerte (*Strange Memories of Death*)
- 1987 Cadbury, el castor que fracasó (*Cadbury, The Beaver Who Lacked*)
 El día que el sr. Computadora cayó de su árbol (*The Day Mr. Computer Fell Out of Its Tree*)

- El ojo de la sibila (*The Eye of the Sibyl*)
 Estabilidad (*Stability*)
 Una odisea en la Tierra (*A Terran Odyssey*)
 1988 Adiós, Vincent (*Goodbye, Vincent*)

Novelas

- 1955 Lotería solar (*Solar Lottery*)
 1956 El tiempo doblado (*The World Jones Made*)
 Planetas morales (*The Man Who Japed*)
 1957 Ojo en el cielo (*Eye in the Sky*)
 Muñecos cósmicos (*The Cosmic Puppets*)
 1959 Tiempo desarticulado (*Time Out of Joint*)
 1960 Dr. Futurity
 El martillo de Vulcano (*Vulcan's Hammer*)
 1962 El hombre en el castillo (*The Man in the High Castle*). Ganadora del premio Hugo en 1963.
 1963 Torneo mortal (*The Game-Players of Titan*)
 1964 La penúltima verdad (*The Penultimate Truth*)
 Tiempo de Marte (*Martian Time-Slip*)
 Los simulacros (*The Simulacra*)
 Los clanes de la luna alfa (*Clans of the Alphane Moon*)
 1965 Los tres estigmas de Palmer Eldritch (*The Three Stigmata of Palmer Eldritch*)
 El doctor Moneda Sangrienta (*Dr. Bloodmoney, or How We Got Along After the Bomb*)
 1966 Aguardando el año pasado (*Now Wait for Last Year*)
The Crack in Space
The Unteleported Man
 1967 *The Zap Gun*
 El mundo contra reloj (*Counter-Clock World*)
The Ganymede Takeover (en colaboración con [Ray Nelson](#))
 1968 ¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas? (*Do Androids Dream of Electric Sheep?*). Inspiró la película *Blade Runner*.
 1969 Gestarescala (*Galactic Pot-Healer*)
 Ubik
 1970 Laberinto de muerte (*A Maze of Death*)
 Nuestros amigos de Frolix 8 (*Our Friends from Frolix 8*)
 1972 Podemos construirle (*We Can Build You*)
 1974 Fluyan mis lágrimas, dijo el policía (*Flow My Tears, the Policeman Said*). Ganadora del premio John W. Campbell Memorial.
 1975 Confesiones de un artista de mierda (*Confessions of a Crap Artist*). Adaptada al cine en 1992

1976	Deus irae (en colaboración con Roger Zelazny)
1977	Una mirada a la oscuridad (<i>A Scanner Darkly</i>)
1981	SIVAINVI (<i>VALIS</i>) La invasión divina (<i>The Divine Invasion</i>)
1982	La transmigración de Timothy Archer (<i>The Transmigration of Timothy Archer</i>)
1984	<i>The Man Whose Teeth Were All Exactly Alike</i>
1985	Radio Libre Albemuth (<i>Radio Free Albemuth</i>) Ir tirando (<i>Puttering About in a Small Land</i>) <i>In Milton Lumky Territory</i>
1986	<i>Humpty Dumpty in Oakland</i>
1987	Mary y el gigante (<i>Mary and the Giant</i>)
1988	<i>The Broken Bubble</i> <i>Nick and the Glimmung</i> (novela infantil)
1994	<i>Gather Yourselves Together</i>
2004	<i>Lies, Inc.</i>

Premios

Premios Hugo

- Mejor Novela
 - 1963 - El hombre en el castillo (ganadora)
 - 1975 - Fluyan mis lágrimas, dijo el policía (finalista)
- Mejor Novela Corta
 - 1968 - La fe de nuestros padres (finalista)

Premios Nebula

- Mejor Novela
 - 1965 - El doctor Moneda Sangrienta (finalista)
 - 1965 - Los tres estigmas de Palmer Eldritch (finalista)
 - 1968 - ¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas? (finalista)
 - 1974 - Fluyan mis lágrimas, dijo el policía (finalista)
 - 1982 - La transmigración de Timothy Archer (finalista)

Premios John W. Campbell Memorial

- Mejor Novela
 - 1974 - Fluyan mis lágrimas, dijo el policía (ganadora)

Citas

"Los que leemos ciencia-ficción, lo hacemos porque amamos la experiencia que supone la reacción en cadena de las ideas que tiene lugar en nuestras mentes por lo que hemos leído, algo novedoso; así, el propósito final de la mejor ciencia-ficción es la colaboración entre el autor y el lector, una colaboración en la que ambos son creadores y disfrutan de ello: el disfrute es el ingrediente esencial y definitivo de la ciencia-ficción, el disfrute del descubrimiento de las cosas nuevas." (1981)

ADIÓS, VINCENT

Prólogo

La pequeña historia que sigue, deliciosa e inédita, y que finaliza la colección «The Dark Haired Girl», originalmente escrita como una carta a Linda Levy, me sorprendió porque nunca la había visto antes, no me había percatado que estaba ahí escondida entre las copias de la correspondencia de Dick hasta que comencé a compilar este libro. El título es mío. La copia al carbón de la historia en los archivos de Dick comienza «Querida Linda» y finaliza «Con amor», aparte de ello el texto es exactamente como aparece aquí. No hay fecha, pero indudablemente fue escrita en mayo de 1972. La canción «Vincent» fue escrita por Don McLean; fue un éxito en los Estados Unidos en el verano del 72, está dedicada a Vincent Van Gogh, y es citada por Dick en otra carta a Linda.

Paul Williams
Glen Ellen, California
Julio 1988

El otro día estaba caminando rumbo a la Universidad y un tipo con un Mustang realmente nuevo me dio un aventón. Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato —ustedes saben como es el Universo— y entonces, percatándome de una pequeña y linda muñeca de plástico que tenía junto al túnel de transmisiones a su lado, comencé una de esas conversaciones sin forma, la clase de conversaciones que no tienen finalidad alguna sino mantener a raya el silencio. Le pregunté por la muñeca. Era una chica, con el cabello negro y corto, una cara plena, cálida y amistosa, bonita, dulce, con una corta minifalda... la muñeca tenía largas piernas, se veía sexy, la clase a la que las niñas le compran diferentes estuches de ropa para vestirlos de una u otra manera. La clase de muñeca a la moda y con estilo que preocupa a la mayoría de ellas todo el día, mientras se sientan sobre el piso frente al televisor.

—Esa es una muñeca Linda —dijo el tipo—. Hecha por Levy. Habrás visto su edificio al lado de la autopista cerca de Los Ángeles. Están apenas por detrás de Mattel, y con el tiempo llegarán a superarlos. Esta muñeca tiene más personalidad en su rostro que la Barbie.

—Me gustaría conocer una chica real que se viera como ella —dije—, quiero decir, en la vida real. No una muñequita como esta, ¿sabes?

—Ese tiempo ya ha pasado —dijo el tipo de manera sombría mientras conducía su Mustang—. Quizá una vez, si lo que dicen es cierto. Acerca de los orígenes de la muñeca Linda. Podrías haberla conocido entonces, si realmente hubieras tenido suerte, pero no ahora. Aquellos deben haber sido tiempos maravillosos, por lo que he oído. Había realmente una Linda. Esa es la leyenda, de cualquier modo. Lo que en Levy dejaron salir, sin embargo, puede que no sea toda la verdad; tendrás que hacerte una idea con las pistas que han soltado de vez en cuando, usualmente en las respuestas a cartas que las niñas escriben. De cualquier manera, evidentemente había una chica llamada Linda, en efecto —en la vida real, como nosotros— y la gente de Levy consiguió una fotografía de ella o alguien en la fábrica la conocía... originalmente ellos trabajaban con carros usados, o algo así; no recuerdo. Así que verás, esta chica Linda, la real, era llamativa. Como la muñeca. Sólo que más aún. Realmente no puedes imprimirle a una muñeca todos los matices sutiles que encuentras en alguien en la vida real.

—Eso sí que es cierto.

—La gente solía verla vagando por los alrededores, perdida y triste, pero con esa maldita sonrisilla llena de diversión. Con sus ojos negros chispeantes. Llena de vitalidad y energía y así, realmente activa y alerta, diciendo cosas divertidas, zumbando por el pueblo y sobre la autopista en su Camaro.

—¿Tenía nombre el Camaro?

—George

—¿Y tuvo un padre?

—Desde luego, el padre de George era... bueno, no lo creerías. Así que no te contaré sobre eso. Probablemente ahora es sólo un mito. Pero de cualquier modo, Linda creía en vivir la vida,

pero era muy original... nadie nunca sabía lo que iba a decir o a hacer a continuación. No era predecible. Cuando contestaba el teléfono —la gente de Levy dice que era una operadora telefónica a veces— y entonces decía cosas extrañas y confusas. Y la mitad de las veces la gente que llamaba se enfurecía y colgaba. O quizá se reían. Todo dependía de si tenían sentido del humor. O, también, de si estaban vivos o no.

—Sí, dependiendo de dónde esté tu propia cabeza será la forma en que reacciones ante alguien super vivo.

—Sí, eso era lo que ella tenía; estaba super viva. Siempre estaba corriendo haciendo cosas, como un pequeño electrón. Pero gradualmente llegó a sentirse muy cansada. Comenzó a desgastarse. Ahora, se puede remplazar una muñeca. Siempre hay más en la línea de ensamblaje día tras día. Pero en el caso de una persona, sólo hay una. Así es como es esto. Creo que por eso la gente de Levy estaba tan ansiosa por duplicarla, de mantenerla lejos de...

—Hay una luz roja delante.

—Gracias. —El tipo frenó su Mustang hasta detenerlo, detrás de una camioneta VW—. Así se cansó mucho y empezó a sentir dolor por las noches, y ahí en su habitación tenía a todas estas muñecas, les pedía ayuda.

—¿Qué hacía sus muñecas?

—Hacían lo que podían. Trataban de ayudarla. Nadie lo sabe de seguro, aparte de ella misma. En esas noches estaba sola ahí en la habitación con ellas.

—¿Nadie más la ayudó? ¿No conocía a nadie más? ¿Alguien que la quisiera y le brindara una maldita ayuda, que se preocupara por ella y se preguntara cómo estaba de vez en cuando?

—Esa parte está empañada por la leyenda y el mito. Algunas veces los folletos de la gente de Levy parecen implicar que varios individuos de toda clase la amaban. Pero ella tenía muchas preocupaciones. Como andar sin sostén.

—¿Perdón?

—De acuerdo a uno de los folletos, ella manejaba una ambulancia o algo así... de cualquier manera, estaba manejando su ambulancia un día, sin su brassiere, y los policías de Los Ángeles la hicieron polvo. No recuerdo los cargos exactos. «Operar un vehículo de emergencia sin el debido respeto» o algo así. Y otra vez la atraparon vendiendo boletos para una autopsia. Cinco centavos por ver, diez por tocar... y cosas por el estilo. En cierto sentido, Linda era bastante peculiar. Pero la gente la amaba. Tenía una forma peculiar y melancólica de gritar, dicen. Cuando ponías tus brazos a su alrededor, ella gritaba de la manera más cautivadora y encantadora. Aunque dicen que siempre estaba rompiendo lo preestablecido.

—Aunque suena como si no fuera muy feliz.

—Pero seguro que lo intentaba. Nunca dejó de intentarlo, sin importar lo que pasara. Cuando se emborrachaba...

—Oh, ¿bebía?

—Siempre que era posible. En cada ocasión. Excepto, desde luego, en su trabajo. Particularmente en su último trabajo, el cual se tomó muy en serio. Pulir lápidas.

—¿En serio?

—Le dieron un pequeño equipo, con piedra pómez y un trapo y cosas así. Y cada día en el camino de ida de Green Pastures en el Valle Feliz, ella haría su trabajo, untando piedra pómez en las lápidas y luego lijando y frotando y dando brillo industriosamente, día tras día, las pulía hasta que se veían más y más viejas. La gran ambición de Linda era envejecer todas las lápidas del mundo, empezando en el área de Los Angeles y trabajando hacia el norte.

—¿Y así es como se marchó?

—Así es como se fue. Puliendo su camino hacia el norte, siendo empleada en todos los cementerios y panteones oficiales y también trabajando en las capillas funerales detrás de las estaciones de gasolina Chevron y detrás de las Pizza Huts, donde quiera que las encontrara. Linda hizo un buen trabajo; Linda siempre hizo un buen trabajo en todo aquello que intentó. Algunas veces, sin embargo, su ingenio salvaje daba lo mejor de sí, en esos casos pegaba un letrero en la tumba después de trabajar envejeciéndola, cosas como «Elección U.S.D.A.» Pero eso le ocasionó problemas con el Departamento de Agricultura, así que después de eso de vez en cuando colocaba etiquetas en las que se leía: «Frágil. Manéjese con cuidado». Finalmente, se volvió su marca. Indicaba que Linda había estado ahí. Podrías seguir sus pistas por todo California, así, y finalmente llegarías hasta Oregon y un poco más al norte. En algún lugar

sobre la línea, evidentemente, se le terminaron las etiquetas. Y de cualquier modo, el rastro se acabó.

—Y ahora las tumbas han dejado de envejecer.

Dando vuelta hacia la derecha, el conductor del Mustang aparcó en un espacio en el estacionamiento, frenó y se detuvo. Permaneció sentado por un momento, luego estiró su mano y levantó la pequeña muñeca Linda dejándola descansar junto a él.

—Creo —dijo—, que todavía anda por ahí. Esperamos eso, cada uno de los que poseemos una muñeca Linda de la gente de Levy. Y, demonios, hay millones de nosotros... aunque creo que la mayoría son niños. Lo cual está bien. Seguro que es bonita, ¿verdad? —Sostuvo la muñeca y ambos la miramos.

—Hola, Linda —dije yo.

—Hola, Vincent —respondió la muñeca Linda.

—«Vincent» —protesté—. Mi nombre es Phil, no Vincent.

—La muñeca llama así a todo el mundo —dijo el conductor del Mustang mientras me abría la puerta—. Aquí está la Universidad. Buena suerte. Nadie sabe por qué la gente en Levy programó su muñeca para dirigirse a todos llamándolos «Vincent». Es uno de esos misterios que no puedes desentrañar, creo. Quizá había un Vincent en la vida real de Linda. O quizá por la canción...

—Parece triste —dije mientras salía del carro.

—Cuando retiren a Barbie del mercado se sentirá mejor —dijo el conductor del auto—. Está aguardando eso. Dile adiós a Phil, Linda.

—Adiós, Vincent —dijo Linda, la muñeca.

FIN

Título original: Goodbye, Vincent © 1972

Edición Digital: Gilberto

GUIÓN ORIGINAL, TRADUCIDO AL CASTELLANO, DE BLADE RUNNER

A principios del siglo XXI, la Tyrell Corporation desarrolló un nuevo tipo de robot llamado Nexus. Un ser virtualmente idéntico al hombre y conocido como Replicante.

Los Replicantes Nexus-6 eran superiores en fuerza y agilidad y, al menos, iguales en inteligencia a los ingenieros de genética que los crearon.

En el espacio exterior, los Replicantes fueron usados como trabajadores esclavos en la arriesgada exploración y colonización de otros planetas.

Después de la sangrienta rebelión de un equipo de combate de Nexus-6 en una colonia sideral, los Replicantes fueron declarados proscritos en La Tierra bajo pena de muerte.

Brigadas de policías especiales con el nombre de unidades de BLADE RUNNERS tenían órdenes de tirar a matar a ver a cualquier Replicante invasor.

A esto no se le llamó ejecución. Se le llamó retiro.

LOS ÁNGELES

NOVIEMBRE, 2019

[Despacho de la Tyrell Corporation]

Intercom: Siguiendo individuo: Leon Kowalski, ingeniero, disponible total, sección 5ª, nuevo empleado.

[Holden espera sentado dentro de su despacho. Alguien llama a la puerta]

Holden: Adelante.

Intercom: Report to zone A, sector 9. Replication sector, level 9. We have a B-1 security alert. Standby for ID check.

Holden: Siéntese.

Intercom: Replication sector, level 9 - we have a B-1 security alert. Standby for...

Leon: ¿Le importa si hablo? Me pongo nervioso cuando hago un test.

Holden: Por favor, no se mueva.

Leon: Disculpe. Ya me han hecho.... un test de inteligencia este año. No creí que tuviera que someterme....

Holden: El tiempo de reacción es primordial. Por favor, ponga atención. Conteste lo más rápido que pueda.

Leon: Muy bien.

Holden: 1-1 8-7 Hinterwasser.

Leon: Ese es mi hotel.

Holden: ¿Qué?

Leon: Donde yo vivo.

Holden: ¿Un sitio bonito?

Leon: Sí, eso creo. ¿Esto es parte del test?

Holden: No, era solo por charlar.

Leon: No es que sea de mi agrado.

Holden: Esta usted en un desierto, caminando por la arena, cuando...

Leon: ¿Eso ya es el test?

Holden: Sí. Esta usted en un desierto, caminando por la arena, cuando, de repente...

Leon: ¿En cuál?

Holden: ¿Qué?

Leon: ¿Qué desierto?

Holden: El desierto que sea. No importa. Es hipotético.

Leon: ¿Y por qué iba a estar allí?

Holden: Quizás porque usted está harto, o quiere estar solo. Quién sabe. Mira hacia abajo y ve a un galápago que se arrastra hacia usted.

Leon: ¿Un galápago? ¿Qué es eso?

Holden: ¿Sabe lo que es una tortuga?

Leon: Claro.

Holden: Pues lo mismo.

Leon: Nunca he visto una tortuga.... pero le comprendo a usted.

Holden: Se agacha usted y pone el galápago patas arriba, Leon.

Leon: ¿Se inventa usted esas preguntas, Sr. Holden, o se las dan escritas?

Holden: El galápago yace sobre su espalda con el estómago cociéndose al sol y moviendo las patas para darse la vuelta, pero sin su ayuda no puede. Y usted no le ayuda.

Leon: ¿Qué quiere decir que no le ayudo?

Holden: Quiere decir que no le ayuda. ¿Por qué es así Leon? [pausa] Solo son preguntas, Leon. En respuesta a la suya le diré que me las dan escritas. Es un test hecho para provocar una respuesta emocional. [pausa] ¿Quiere que sigamos? [pausa] Describame, con palabras sencillas, solo las cosas buenas que le vienen a la mente... a cerca de su madre.

Leon: ¿Mi madre?

Holden: Sí.

Leon: Le voy a hablar de mi madre. [Leon dispara a Holden repetidas veces]

[Corte. Aparece Deckard en la calle leyendo un periódico]

Overhead blimp: Una nueva vida le espera en las colonias del mundo exterior. La ocasión de volver a empezar en una tierra de grandes oportunidades y aventuras.

Overhead blimp: Una nueva vida le espera en las colonias del mundo exterior. La ocasión de volver a empezar en una tierra de grandes oportunidades y aventuras. Un nuevo clima, facilidades de...

Deckard (voice-over): No nos avisan contra los asesinos en el periódico. Esa era mi profesión: ex-policía, ex-bladerunner, ex-asesino.

Overhead blimp: Una nueva vida le espera en las colonias del mundo exterior. La ocasión de volver a empezar en una tierra de grandes oportunidades y aventuras. Un nuevo clima, facilidades recreativas...

[Deckard se acerca hasta un puesto de comida ambulante]

Sushi Master: ¿Nan-ni shimasho-ka? [En Japonés: "¿Qué le gustaría tomar?"]

Deckard: Esto, tráeme cuatro.

Sushi Master: Futatsu de jubun desuyo. [En Japonés: "Dos son suficientes para usted"]

Deckard: No, cuatro. Dos y dos, cuatro.

Sushi Master: Futatsu de jubun desuyo. [En Japonés: "Dos son suficientes para usted"]

Deckard: Y tallarines.

Deckard (voice-over): Sushi, así es como me llamaba mi ex-mujer. Pescado frío.

[Varios policías se acercan por detrás de Deckard]

Policía: Idi-wa. [En Coreano: "Venga aquí"]

Gaff: Monsier, ada-na kobishin angum bi-te. [En Interlingua: "Debe usted acompañarme señor"]

Sushi Master: Dice que está usted detenido, Sr. Deckard.

Deckard: Te equivocas de hombre, amigo.

Gaff: Lo-faast! Nehod[y] maar! Te vad[y] a Blade... Blade Runner! [En Interlingua: "Maldito cabrón! Sé que eres un Blade Runner!"]

Sushi Master: Dice que es usted un Blade Runner.

Deckard: Dile que estoy comiendo.

Gaff: Captain Bryant toka. Meni-o mae-yo. [En Interlingua: "El Capitán Bryant me ha ordenado llevarle"]

Deckard: Bryant, eh?

[Deckard y Gaff vuelan en un Spinner hasta la central de policía]

Spinner: Yellow 3, climb and maintain four thousand... when approaching pad six...

Deckard (voice-over): Este hombre encantador es Gaff. Ya le había visto por ahí. Bryant le debe haber metido en la unidad Blade Runner. La jerga que habla es Interlingua, un argot. Una mezcla de francés, inglés, italiano, español y lo que sea. En realidad yo no necesitaba traductor, conocía esa jerga, todo buen policía la conocía. Pero no iba a ponérselo aún más fácil.

Spinner: ...final descent, now on glide path, on course, over the landing threshold.

[Oficina de Bryant]

Bryant: Hola Deck.

Deckard: Bryant.

Bryant: No hubieras venido si solo te lo hubiera pedido. Siéntate, chico. Vamos, no seas estúpido, Deckard. Tengo a cuatro pellejudos pateando las calles.

Deckard (voice-over): Pellejudos. Así era como Bryant llamaba a los replicantes. En los libros de historia él es el tipo de policía que solía llamar chimpancés a los negros.

Bryant: Asaltaron una lanzadera espacial. Mataron a la tripulación y a los pasajeros.

Encontraron la lanzadera a la deriva hace dos semanas, así que sabemos que están por aquí.

[Bryant ofrece un trago a Deckard]

Deckard: Mal asunto.

Bryant: No señor, no lo es, porque nadie va a descubrir que están aquí abajo, puesto que tú vas a perseguirlos y retirarlos.

Deckard: Yo ya no trabajo aquí. Dáselo a Holden, es muy bueno.

Bryant: Ya lo hice. Él lo hacía bien, pero se lo cargaron. No era lo bastante bueno. Tú eres mejor. Te necesito Deck, esto es algo grave, de lo peor. Necesito al veterano Blade Runner, necesito tu magia.

Deckard: Ya había renunciado cuando entré aquí, Bryant. Y ahora vuelvo a renunciar.

Bryant: Quédate donde estás. Si no ejerces de policía difícilmente podrás ejercer de otra cosa.

[Gaff hace una gallina de origami]

Deckard: ¿Sin elección, eh?

Bryant: Sin elección amigo.

[Sala Azul. Deckard y Bryant ven en un monitor el vídeo del test de Holden a Leon]

Leon (vídeo): Ya me han hecho un test de inteligencia este año. No creí que tuviera que someterme a uno de estos.

Holden (vídeo): El tiempo de reacción es primordial. Por favor, ponga atención. Conteste lo más rápido que pueda.

Leon (vídeo): Muy bien.

Holden (vídeo): 1-1 8-7 Hinterwasser.

Leon (vídeo): Ese es mi hotel.

Holden (vídeo): ¿Qué?

Leon (vídeo): Donde yo vivo.

Holden (vídeo): ¿Un sitio bonito?

Leon (vídeo): Sí, eso creo...

Bryant: Hubo una fuga de las colonias del mundo exterior hace dos semanas. Seis replicantes, tres varones y tres hembras, asesinaron a veintitrés personas y asaltaron una lanzadera. Una patrulla aérea la divisó lejos de la costa; ningún tripulante, ni rastro de ellos. Hace tres noches intentaron entrar en la Tyrell Corporation; uno de ellos se abrasó al atravesar un campo electromagnético, perdimos a los otros. Por la posibilidad de que hubieran podido infiltrarse como empleados mandamos a Holden para que efectuara un test Voight Kampff a los nuevos. Y parece que descubrió a uno.

Holden (vídeo): y ve a un galápago que se arrastra hacia usted.

Leon (vídeo): ¿Un galápago?, ¿Qué es eso?

Holden (vídeo): ¿Sabe lo que es una tortuga?

Leon (vídeo): Claro.

Holden (vídeo): Pues lo mismo.

Leon (vídeo): Nunca he visto una tortuga... pero le comprendo a usted.

Deckard: No lo entiendo. ¿Por qué se arriesgan a volver a la Tierra?, es extraño, ¿Por qué?

¿Qué es lo que quieren de la Tyrell Corporation?

Bryant: Dímelo tú, chico, para eso estás aquí.

[Deckard sonríe. El monitor muestra a una serie de replicantes]

Deckard: ¿Quién es?

Bryant: Nexus 6. Roy Batty. Fecha de creación 2016. Ejemplar de combate. Autoeficacia óptima. Probablemente el jefe. [pausa] Esta es Zhora. Fue entrenada para la patrulla especial de detención de criminales. Algo así como la bella y la bestia, es ambas cosas. [pausa] La cuarta pellejuda es Pris; una modelo básico de placer. Un ítem estándar para los clubs militares de las colonias del exterior. Fueron diseñados como copias de seres humanos en todos los

sentidos, excepto en sus emociones. Pero, los diseñadores creen que, al cabo de unos años, pueden desarrollar sus propias respuestas emocionales; odio, amor, miedo, cólera, envidia Por eso les dotaron con un dispositivo de seguridad.

Deckard: ¿Cuál es?

Bryant: Cuatro años de vida.

[Deckard sonríe]

Bryant: Hay un Nexus6 en la Tyrell Corporation. Ve a observarlo con la máquina.

Deckard: ¿Y si la máquina no funciona?

[Deckard vuela hacia la Tyrell Corporation]

Deckard (voice-over): Yo renuncié porque ya llevaba muchas muertes sobre mí. Claro que entonces yo prefería ser asesino que víctima, y esa era, exactamente, la treta que Bryant utilizaba con la gente. Así que volví a enrolarme una vez más, pensando que si no tenía éxito lo dejaría definitivamente. No tenía que preocuparme por Gaff, estaba buscando un ascenso y, por lo tanto, no le interesaba que yo volviera.

[Despacho de Tyrell. Deckard observa a un búho que vuela libremente dentro de la sala]

Rachael: ¿Le gusta nuestro búho?

Deckard: ¿Es artificial?

Rachael: Naturalmente.

Deckard: Debe ser cara.

Rachael: Mucho. Me llamo Rachael.

Deckard: Deckard.

Rachael: Parece que piensa usted que nuestro trabajo no es un beneficio para la gente.

Deckard: Los replicantes son como cualquier otra máquina; pueden ser un beneficio o un peligro. Si son un beneficio no es asunto mío.

Rachael: ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

Deckard: Claro.

Rachael: ¿Nunca ha retirado a un humano por error?

Deckard: No.

Rachael: En su posición eso es un riesgo.

[Aparece el Dr. Tyrell cortando la conversación]

Tyrell: ¿Esto va a ser un test de empatía? Dilatación capilar por las así llamadas respuestas ruborizantes. Fluctuación de la pupila. Dilatación involuntaria del iris.

Deckard: Nosotros lo llamamos Voight Kampff para abreviar.

Rachael: Sr. Deckard, el Dr. Eldon Tyrell.

Tyrell: Demuéstrelo. Quiero verlo trabajar.

Deckard: ¿Dónde está el sujeto?

Tyrell: Quiero verlo funcionar en una persona. Quiero ver una negativa antes de proporcionarle una positiva.

Deckard: ¿Y eso que va a demostrar?

Tyrell: ¿Quiere complacerme?

Deckard: ¿Con usted?

Tyrell: Intente con ella.

Deckard: Hay demasiada luz.

[Una gran ventana se oscurece reduciendo sensiblemente la entrada de luz]

Rachael: ¿Le importa si fumo?

[Deckard ajusta la máquina de Voight Kampff]

Deckard: Eso no afectará al test. Bien, le voy a hacer una serie de preguntas. Relájese y contéstelas lo más sencillamente que pueda. [pausa] Es su cumpleaños, y le regalan una cartera de piel.

Rachael: No la aceptaría, y además denunciaría a la policía a la persona que me la regalara.

Deckard: Tiene un hijo. Éste le enseña su colección de mariposas y un frasco de arsénico.

Rachael: Le llevaría al médico.

Deckard: Está viendo la televisión. De repente, se da cuenta de que una avispa le sube por el brazo.

Rachael: La mataría.

Deckard: Está leyendo una revista y se encuentra con la fotografía de una mujer desnuda.

Rachael: ¿Este test es para saber si soy una replicante o una lesbiana?

Deckard: Conteste a las preguntas, por favor. [pausa] Se la enseña usted a su marido y a éste le gusta tanto que la pone en la pared de su dormitorio. ¿Se enfadaría?

Rachael: No le dejaría.

Deckard: No le dejaría. ¿Por qué no?

Rachael: Debo ser suficiente para él.

[El tiempo discurre en el despacho de Tyrell]

Deckard: Una pregunta más. [pausa] Está viendo una obra de teatro. Tiene lugar un banquete en el que los invitados se deleitan con un aperitivo de ostras vivas. El primer plato consiste en perro cocido.

[La máquina de Voight Kampff parece emitir una señal visual que solo Deckard detecta]

Tyrell: ¿Quiere usted salir un momento Rachael? [pausa]

[Rachael sale del despacho]

Deckard: Ella es una replicante, ¿no es así?

Tyrell: Estoy impresionado. ¿Cuántas preguntas son las normales para detectar a uno?

Deckard: No le comprendo Tyrell.

Tyrell: ¿Cuántas preguntas?

Deckard: Veinte, treinta, según el tipo.

Tyrell: Le ha costado más de cien con Rachael, ¿no es así?

Deckard: ¿Ella no lo sabe?

Tyrell: Está empezando a sospechar, creo.

Deckard: ¿Sospechar? ¿Cómo puede no saber lo que es?

Tyrell: El comercio es nuestro objetivo aquí, en la Tyrell. Y nuestro lema más humanos que los humanos. Rachael es un experimento, nada más. Empezamos a percibir en ellos extrañas obsesiones. Después de todo son inexpertos emocionalmente. Con unos años para almacenar las experiencias que usted y yo damos por supuesto. Si les obsequiamos con un pasado creamos un apoyo para sus emociones y, consecuentemente, podemos controlarlos mejor.

Deckard: Recuerdos. Usted habla de recuerdos.

[Deckard vuela hasta el apartamento de Leon. De fondo se escucha el vídeo de Holden y Leon]

Holden (vídeo): El tiempo de reacción es primordial. Por favor, ponga atención. Conteste lo más rápido que pueda.

Leon (vídeo): Muy bien.

Holden (vídeo): 1-1 8-7 Hinterwasser.

Leon (vídeo): Ese es mi hotel.

Holden (vídeo): ¿Qué?

Leon (vídeo): Donde yo vivo.

Holden (vídeo): ¿Un sitio bonito?

Leon (vídeo): Sí, eso creo. ¿Esto es parte del test?

Holden (vídeo): No...

[Deckard y Gaff investigan dentro del desocupado apartamento de Leon]

Deckard (voice-over): No sabía si Leon le había dado a Holden la dirección correcta. Pero era la única pista que tenía. Así que lo investigué.

[Deckard entra en un oscuro baño y encuentra una escama dentro de la bañera]

Deckard (voice-over): Fuera lo que fuese lo que había en la bañera no era humano. Los replicantes no tienen escamas.

[Deckard encuentra unas fotos escondidas dentro de los cajones de un mueble]

Deckard (voice-over): Y... fotos familiares. Los replicantes tampoco tienen familia.

[Corte. Las calles de Los Ángeles. Aparece Roy Batty con Leon]

Roy: Tiempo, el suficiente. [pausa] ¿Conseguiste tus preciadas fotos?

Leon: Había alguien allí.

Roy: ¿Hombres? ¿Poli... cías?

[Roy y Leon caminan lentamente hacia el laboratorio de Chew]

[Interior del laboratorio. La temperatura es muy baja. Chew aparece trabajando frente a un microscopio]

Chew: Ha, ha!

[Chew se alarma ante la presencia de Roy y Leon e intenta pedir ayuda inútilmente]

Roy: Y los ángeles ígneos cayeron. Profundos truenos se oían en las costas ardiendo con los fuegos de Oro.

[Leon observa y juega con los diseños de Chew]
Chew: No podéis entrar, es ilegal. Eh. [pausa] Eh, eh! Frío! Esos son mis ojos. Congelados!
Roy: Sí, preguntas.
[Leon arranca el traje protector de Chew. Éste empieza a sentir frío]
Chew: Hu-ahh. Huh. Huh-ay...
Roy: Morfología, longevidad, fecha de nacimiento.
Chew: No lo sé. Yo no sé esas cosas. Yo sólo fabrico ojos. Sólo ojos, diseños genéticos, sólo ojos. [pausa] ¿Eres Nexus, eh? Yo diseñé tus ojos.
Roy: Chew, me gustaría que pudieras ver lo que yo hago con tus ojos. Ahora, preguntas.
Chew: No sé las respuestas.
Roy: ¿Quién las sabe?
Chew: Tyrell. Él lo sabe todo.
Roy: ¿Tyrell Corporation?
Chew: Es el gran jefe. Un genio. Él ha diseñado tu cerebro, tu mente.
Roy: Muy listo.
Chew: Tengo frío.
Roy: No es un hombre fácil de ver.
Chew: Mu-mucho frío.
Roy: ¿No es así?
Chew: Se-se-sebastian. Él él te llevará allí.
Roy: ¿Sebastian qué?
Chew: J.F. Sebas-sebas-sebastian.
Roy: Y ¿Dónde puedo... encontrar a ese J.F. Sebastian?
[Aparece Deckard en su coche. De fondo se escucha el vídeo de Holden y Leon]
Holden (vídeo): ¿Quiere que sigamos? [pausa] Describame, con palabras sencillas, solo las cosas buenas que le vienen a la mente... a cerca de su madre.
Leon (vídeo): ¿Mi madre?
Holden (vídeo): Sí.
Leon (vídeo): Le voy a hablar de mi madre. [Leon dispara a Holden repetidas veces]
[Deckard llega cansado a su apartamento. Entra en el ascensor]
Ascensor: Identificación de la voz. Su número fónico, por favor.
Deckard: Deckard 97.
Ascensor: 97, gracias.
[Deckard siente la presencia de alguien más en el ascensor. Saca rápidamente su pistola y apunta a Rachael. Se abren las puertas del ascensor]
Rachael: Quería verle [pausa] Así que esperé. [Las llaves de Deckard caen al suelo] Déjeme ayudarlo.
Deckard: No necesito ayuda.
Rachael: No sé por qué él le dijo lo que ha hecho.
Deckard: Hable con él.
Rachael: Ya no me recibirá.
[Deckard entra en su apartamento y cierra la puerta. Después vuelve a abrir para que Rachael pueda pasar]
Deckard: ¿Quiere una copa? ¿eh? ¿No?
Rachael: Cree que soy una replicante ¿verdad? [pausa] Mire, soy yo con mi madre.
Deckard: Sí. ¿Recuerda cuando tenía seis años? Usted y su hermano se metieron en un edificio vacío por la ventana del sótano. Iban a jugar a médicos. Él le enseñó su sexo, y cuando le tocaba hacerlo a usted se avergonzó y corrió. ¿Lo recuerda? ¿Nunca se lo ha contado a alguien? ¿A su madre, a Tyrell, a alguien? ¿Recuerda la araña que vivía en el arbusto junto a su ventana? Con el cuerpo naranja y las patas verdes. La vio tejer una tela durante todo el verano. Un día apareció un huevo en ella. El huevo eclosionó.
Rachael: El huevo eclosionó.
Deckard: Y
Rachael: Salieron cientos de crías de araña que se la comieron.
Deckard: Implantes! Esos no son sus recuerdos. Son los de algún otro; los de la sobrina de Tyrell [pausa] Está bien un mal chiste. He hecho un mal chiste. Usted no es una replicante. Vállase a casa ¿De acuerdo? [pausa] No, no, de veras, lo siento. Vállase a casa. [pausa]

¿Quiere una copa? Le serviré una. Voy por ella.
 [Rachael mira la foto y la tira. Sale corriendo del apartamento. Deckard recoge la foto y la observa]
 Deckard (voice-over): Tyrell hizo un buen trabajo con Rachael. De una foto sacó una madre, que ella nunca tuvo, y una hija que ella jamás fue. Se supone que los replicantes no tienen sentimientos, y que tampoco los tienen los blade runner. ¿Qué demonios me estaba pasando?
 [pausa] Las fotos de Leon tenían que ser tan falsas como las de Rachael. Yo no entendía por qué un replicante coleccionaba fotografías. Quizá eran como Rachael, necesitaban recuerdos.
 [Deckard sale al balcón y observa la ciudad]
 [Corte. Aparece Pris en la entrada del apartamento de Sebastian. Se sienta y se tapa con unos periódicos]
 [Está lloviendo. Pasa el tiempo. Aparece Sebastian. Pris se asusta, sale corriendo y tropieza con Sebastian]
 Pris: Uhhh... Ungh... Ungh...
 Sebastian: Olvida usted el bolso.
 Pris: Me he perdido.
 Sebastian: Tranquila, no le voy a hacer daño. [pausa] ¿Cómo se llama?
 Pris: Pris.
 Sebastian: Yo J.F. Sebastian.
 Pris: Hola.
 Sebastian: Hola. ¿Adónde iba usted? ¿A casa?
 Pris: No tengo casa. Nos hemos asustado mutuamente, ¿verdad?
 Sebastian: Creo que sí.
 [Pris sonríe]
 Pris: Tengo hambre, J.F.
 Sebastian: Ahí dentro tengo algo. ¿Quiere pasar?
 Pris: Esperaba que lo dijera.
 [Pris y Sebastian entran en el edificio]
 Pris: ¿Vive usted solo en este edificio?
 Sebastian: Sí, ahora vivo aquí solo. Aquí no hay carestía de vivienda. Hay habitaciones para todos.
 [Pris tose]
 Sebastian: Cuidado con el agua.
 Pris: Debe sentirse muy solo aquí, J.F.
 Sebastian: Hmm En realidad no. Me construyo amigos. Son juguetes. Mis amigos son juguetes. Los hago yo. Es un hobby. Soy diseñador genético. ¿Sabe lo que es eso?
 Pris: No.
 Sebastian: Bueno Oh, pase.
 [Sebastian y Pris entran en el apartamento. Unas extrañas criaturas les reciben]
 Sebastian: Ee-oo! Ya estoy en casa!
 Kaiser y Bear: De nuevo en casa, qué bien! Buenas tardes J.F.
 Sebastian: Buenas tardes amigos.
 [Kaiser se da la vuelta y se va con paso militar. Tropieza. Pris sonríe]
 Kaiser: Oooh!
 Sebastian: Son mis amigos. Los hago yo. ¿Dónde están sus parientes?
 Pris: Soy una especie de huérfana.
 Sebastian: Oh. ¿Y qué hay de sus amigos?
 Pris: Tengo algunos, pero he de buscarlos. Mañana les diré donde estoy.
 Sebastian: ¿Quiere darme eso? Está empapada, ¿verdad?
 [Corte. Deckard observa sus fotos familiares mientras toca el piano levemente]
 [Deckard elige una de las fotos de Leon y la introduce en el Esper para su análisis]
 Deckard: Ampliación 2-2-4 1-7-6. Ampliación. Alto. Adelante. Alto. Avance a la derecha. Alto. Centrado y retroceso. Alto. Desviación 45 a la derecha. Alto. Centrado. Alto. Ampliación 34-36. A la derecha y retroceso. Alto. Ampliación 34-36. Retroceso. Un momento, a la derecha. Alto. Ampliación 57-19. Desviación 45 a la izquierda. Alto. Ampliación 15 a 23. Quiero una copia impresa de eso.
 [Deckard obtiene un detalle impreso de la foto de Leon. En él aparece una mujer]

[Corte. Las calles de Los Ángeles. Deckard investiga el origen de la escama en un puesto ambulante oriental]

Mujer Camboyana: Yo creo que sí.

Deckard: ¿Pescado?

Mujer Camboyana: Creo que es manufacturado. Buena calidad. Un trabajo excelente. Está el número de serie del fabricante: 990-6947-XB71. Interesante. No es pescado. Escama de serpiente.

Deckard: ¿Serpiente?

Mujer Camboyana: Intenta con Abdul Ben-Hassan. Él ha hecho esa serpiente.

[Local de Abdul Ben-Hassan's]

Deckard: ¿Abdul Hassan? Soy oficial de policía. Me gustaría hacerle unas preguntas. Licencia para serpientes artificiales XB71. ¿Es usted? Este trabajo es suyo ¿no? ¿A quién se lo vendió?

Abdul: ¿Trabajo mío? No muchos podrían pagar tanta calidad.

Deckard: ¿Cuántos?

Abdul: Muy pocos.

[Deckard agarra a Abdul Ben-Hassan por el cuello]

Deckard: ¿Quién? Escucha amigo...

Abdul: Taffey Lewis, en el distrito cuarto, barrio chino.

Deckard: Eres un buen chico.

[Local de Taffey Lewis]

Deckard: Camarero! ¿Taffey Lewis?

[El camarero señala a un hombre]

Deckard: ¿Taffey? Me gustaría hacerle algunas preguntas.

[Taffey está acompañado y pide estar solo para hablar con Deckard]

Taffey: Vete.

Deckard: ¿Le ha comprado alguna vez serpientes al egipcio, Taffey?

Taffey: Claro, siempre amigo.

Deckard: ¿Ha visto alguna vez a esta mujer?

Taffey: Nunca la he visto. Lárgate.

Deckard: Sus papeles... ¿están en regla?

Taffey: Eh, Langi, este hombre está seco. Dale una de parte de la casa. ¿Vale?

[Deckard llama a Rachael por videophone desde el local de Taffey]

Rachael: ¿Diga?

Deckard: Me han dejado plantado otras veces, pero nunca cuando estaba siendo tan amable. Ahora estoy en un bar, en el distrito cuarto. Es de un tal Taffey Lewis. ¿Por qué no viene y tomamos una copa?

Rachael: Creo que no, Sr. Deckard. Ese lugar no es de mi estilo.

Deckard: ¿Vamos a algún otro sitio?

[Rachael cuelga a Deckard. El Videophone marca "TOTAL CHARGE - \$1.25"]

Presentador: Damas y caballeros, Taffey Lewis presenta a la señorita Salomé y la serpiente. Véanla gozar con la serpiente que una vez corrompió al hombre.

[Corte. Camerino de la señorita Salomé]

Deckard: Perdona señorita Salomé. ¿Puedo hablar con usted un momento? Soy de la Federación Americana de Artistas de Variedades.

Zhora: ¿Ah, sí?

Deckard: No pretendo que se afilie, no señora. Ese no es mi departamento. En realidad estoy en el comité confidencial de abusos morales.

Zhora: ¿Comité de abusos morales?

Deckard: Sí, señora. Ha habido informes de que la dirección de este local se toma ciertas libertades con los artistas.

Zhora: Yo no sé nada de eso.

Deckard: ¿Se ha sentido explotada de alguna forma?

Zhora: ¿Qué quiere decir explotada?

Deckard: Bueno, al conseguir este trabajo, es decir, ¿hizo usted o se le pidió que hiciera algo inmoral, ofensivo o quizá repulsivo para con su persona?

[Zhora sonríe]

Zhora: ¿Habla usted en serio?

Deckard: Oh, sí. Me gustaría registrar su camerino, si me lo permite.

Zhora: ¿Qué busca?

Deckard: Pues, eh, agujeros.

Zhora: ¿Agujeros?

Deckard: Bueno, se sorprendería de lo que es capaz de hacer un tipo para echarle un vistazo a un cuerpo bonito.

Zhora: No me sorprendería.

Deckard: Hacen ... hacen pequeños agujeros en las paredes para poder ver desnudarse a una mujer [Pausa. Zhora se ducha en presencia de Deckard] ¿Esto es una serpiente de verdad?

Zhora: No. ¿Cree que estaría trabajando en un número como éste si tuviera que hacerlo con una serpiente de verdad? [Pausa] Así que si alguien intenta explotarme ¿a quién acudo?

Deckard: A mí.

Zhora: Es usted muy listo. Séqueme.

[Repentinamente Zhora comienza a luchar. Golpea a Deckard y sale huyendo.]

[Deckard se recupera y sale a perseguir a Zhora. Durante la carrera Deckard se cruza con una gran diversidad de personas que pululan por las abarrotadas calles]

Hari Krishnas: Hari, Hari. Hari, Hari. Hari, Hari.

Semáforo parlante: Cruce ahora Cruce ahora Cruce ahora Cruce ahora

Semáforo parlante: No cruce No cruce No cruce No cruce

Deckard: Alto! Quítense de en medio!

[Deckard dispara repetidas veces. Cámara lenta. Las balas impactan en Zhora por la espalda. Ésta rompe los cristales de una tienda antes de caer al suelo, toda ensangrentada]

Deckard (voice-over): El informe sería retirada rutinaria de una replicante. Lo que no me haría sentir mejor que si le hubiera disparado a una mujer de verdad por la espalda. Podía sentir esa sensación en mi interior. Por ella. Por Rachael.

[Deckard se identifica ante unos policías]

Deckard: Deckard. B-2-6 3-5-4.

Señal Sonora: Apártense Apártense Apártense Apártense

[Deckard compra una botella en un bar. Aparece Gaff]

Tendera: Un momento. ¿Qué desea?

Deckard: Tsing tao. ¿Hay suficiente?

Tendera: Sí.

Gaff: Bryant.

Bryant: Deckard, tienes tan mal aspecto como esa pellejuda a la que has dejado en la acera.

Deckard: Me voy a casa.

Bryant: Podrías aprender de este hombre, Gaff. Es una maravillosa máquina de matar. Eso es lo que es. Aún quedan cuatro. Vamos, Gaff, vámonos.

Deckard: Tres. Solo quedan tres.

Bryant: Son cuatro. Ahora está esa a la que descubriste en la Tyrell Corporation, Rachael. Ha desaparecido, se esfumó. Ni siquiera sabía que era una replicante. Tiene algo que ver con un implante en el cerebro, dice Tyrell. Vamos, Gaff. Bébetelo una por mí, amigo.

[Corte. Deckard es sorprendido y empujado por Leon]

Deckard: Leon!

Leon: ¿Qué edad tengo?

[Deckard golpea a Leon sin éxito]

Deckard: No lo sé.

[Leon lanza a Deckard contra un muro]

Leon: Nací el 2 de abril del 2017. ¿Cuánto voy a vivir?

Deckard: Cuatro años.

[Leon vuelve a lanzar a Deckard contra otro muro. Deckard saca su pistola pero Leon se la arrebató velozmente]

Leon: Más que tú!

[Leon lanza un golpe a Deckard. Éste logra esquivarlo en el último momento]

Leon: Es penoso vivir con miedo, ¿verdad?

[Leon golpea a Deckard]

Leon: No hay nada peor que sentir picor y no poder rascarse.

Deckard: Estoy de acuerdo.

[Leon toma a Deckard por el cuello y le golpea nuevamente]
Leon: Espabila, es hora de morir!
[Leon está preparado para hundir sus dedos en los ojos de Deckard. Por detrás aparece Rachael que dispara a Leon]
[Corte. Apartamento de Deckard]
Deckard: ¿Nerviosa? Yo también. No es agradable, pero... forma parte del trabajo.
Rachael: Yo no estoy en ese trabajo. [Pausa] Yo soy ese trabajo.
[Deckard entra en la cocina. Desnuda su pecho y enjuaga su ensangrentada boca]
Rachael: ¿Y si me fuera al norte? Si desapareciera. ¿Vendrías tras de mí? ¿Me darías caza?
Deckard: No. No lo haría. Te debo la vida. Pero, puede... que alguien lo hiciera.
Rachael: Deckard, tú conoces mis expedientes. La fecha de nacimiento, la longevidad, esas cosas. ¿Los has visto?
Deckard: Están archivados.
Rachael: Pero, tú eres policía.
Deckard: Yo... no los he visto.
Rachael: Oye, ese test vuestro de Voight Kampff... ¿Te lo has hecho a ti mismo alguna vez?
Rachael: ¿Deckard?
[Deckard descansa levemente en el sofá. Rachael se sienta al piano y empieza a tocar suavemente]
Deckard: Soñaba con música.
Rachael: No sabía si podría tocar. Recuerdo las lecciones. No sé si soy yo o la sobrina de Tyrell.
Deckard: Tocas muy bien.
[Deckard acaricia a Rachael. Ésta sale corriendo del apartamento. Deckard la detiene bruscamente y la besa varias veces]
Deckard: Ahora, bésame.
Rachael: No puedo fiarme de mi memoria.
Deckard: Dime que te bese.
Rachael: Bésame.
Deckard: Te deseo.
Rachael: Te deseo.
Deckard: Otra vez.
Rachael: Te deseo. Pon tus manos sobre mí.
[Corte. Apartamento de Sebastian. Pris se maquilla mientras observa las cosas de Sebastian]
Sebastian: ¿Qué estás haciendo?
Pris: Lo siento, sólo miraba.
Sebastian: Oh.
Pris: ¿Qué aspecto tengo?
Sebastian: Mucho mejor.
Pris: ¿Sólo mejor?
Sebastian: Bueno, estás preciosa.
Pris: Gracias.
Pris: ¿Qué edad tienes?
Sebastian: 25.
Pris: ¿Cuál es el problema?
Sebastian: Síndrome de Methuselah.
Pris: ¿Qué es eso?
Sebastian: Mis glándulas. Envejecen demasiado deprisa.
Pris: ¿Por eso estás aún en la Tierra?
Sebastian: Sí. No pasaría el examen médico. De todas formas esto me gusta.
Pris: A mí me gusta tu forma de ser. Hola Roy!
[Aparece Roy Batty ante la sorpresa de Sebastian]
Roy: Hola. Vaya, tiene unos juguetes muy bonitos.
Pris: Este es el amigo del que te he hablado. Este es mi salvador, J. F. Sebastian.
Roy: Sebastian me gusta los hombres que echan raíces. Vive usted aquí solo, ¿verdad?
Sebastian: Sí.
[Roy besa a Pris]

Sebastian: ¿Qué les parece si desayunamos? Iba a preparar algo. Perdón.

Pris: ¿Y bien?

Roy: Leon

Pris: ¿Qué ha ocurrido?

Roy: Ah ahora solo quedamos dos.

Pris: Somos estúpidos y moriremos.

Roy: No, no moriremos.

[Roy se acerca a la mesa de ajedrez. Mueve una pieza]

Sebastian: No. El rey come a la reina, ¿lo ve? Un fallo.

Roy: ¿Por qué nos mira así, Sebastian?

Sebastian: Porque ustedes son diferentes. Tan perfectos.

Roy: Sí.

Sebastian: ¿De qué generación son?

Roy: Nexus 6.

Sebastian: Ahá, lo sabía, porque yo hago trabajos genéticos para la Tyrell Corporation. Hay algo mío en ustedes. Hagan una demostración.

Roy: ¿De qué?

Sebastian: Lo que sea.

Roy: No somos computadoras, Sebastian. Somos físicos.

Pris: Yo creo, Sebastian, que eso es lo que soy.

Roy: Muy bien, Pris. Muéstrale porqué.

[Pris introduce su mano en el agua hirviendo y lanza unos huevos a Sebastian]

[Sebastian los toma al aire quemándose las manos. Roy sonríe]

Roy: Tenemos mucho en común.

Sebastian: ¿Qué quiere decir?

Roy: Problemas similares.

Pris: Envejecimiento acelerado.

Sebastian: Yo no sé mucho de biomecánica, Roy, y me gustaría saber

Roy: Si no lo descubrimos pronto a Pris no le queda mucha vida. No podemos permitir eso. [pausa] ¿Es bueno?

Sebastian: ¿Quién?

Roy: Su oponente.

Sebastian: Ah, ¿el doctor Tyrell? Sólo le he ganado una vez al ajedrez. Es un genio. Él les diseñó.

Roy: Quizás él podría ayudar.

Sebastian: Será un placer comentárselo. Sí.

Roy: Es mejor que le hable yo personalmente. Por lo que he oído es un hombre difícil de ver.

Sebastian: Sí, mucho.

Roy: ¿Nos ayudará?

Sebastian: No puedo.

Pris: Te necesitamos Sebastian. Eres nuestro único amigo.

[Roy bromea con unos ojos saltones de juguete]

Roy: Nos alegramos de que nos encontrara.

Pris: No creo que haya otro ser humano en el mundo que nos hubiera ayudado.

[Pris besa a Sebastian]

[Corte. Mansión de Tyrell. Aparece Tyrell en su cama revisando unos informes. Roy y Sebastian esperan en el ascensor]

Tyrell: 66.000 Prosser y Ankovich. Hmmm.. Contrato. Contrato a...

Computadora: Entrada. Un tal J.F. Sebastian 1-6-4-1-7.

Tyrell: ¿A estas horas? ¿Qué desea usted Sebastian?

Sebastian: Reina a alfil 6. Jaque.

Tyrell: Tonterías. Espere un momento. Reina a alfil 6. Ridículo. Reina a alfil 6. Hmmm... Caballo por reina. [pausa] ¿Qué pasa Sebastian? ¿En qué está pensando?

Roy: [Susurrando a Sebastian] Alfil a rey 7. Jaque.

Sebastian: Alfil a rey 7. Jaque mate.

Tyrell: Se le ha iluminado el cerebro, ¿eh? La leche y los pasteles le mantienen despierto, ¿eh? Vamos a discutir esto. Será mejor que suba Sebastian.

Sebastian: ¿Sr. Tyrell? He traído a un amigo.
Tyrell: Me sorprende que no hayas venido antes.
Roy: No es cosa fácil conocer a tu creador.
Tyrell: ¿Y qué puedo hacer yo por ti?
Roy: ¿Puede el creador reparar lo que ha hecho?
Tyrell: ¿Te gustaría ser modificado?
Roy: ¿Y quedarme aquí? [pausa] Pensaba en algo más radical.
Tyrell: ¿Qué? ¿Qué es lo que te preocupa?
Roy: La muerte.
Tyrell: ¿La muerte? Me temo que eso está fuera de mi jurisdicción, tú...
Roy: Yo quiero vivir más, padre.
Tyrell: La vida es así. Hacer una alteración en el desarrollo de un sistema orgánico de vida es fatal. Un programa codificado no puede ser revisado una vez establecido.
Roy: ¿Por qué no?
Tyrell: Porque al segundo día de incubación, cualquier célula que ha sido sometida a mutaciones de reversión alcanza unas pautas de retroceso, como las ratas que abandonan el barco, que va a hundirse, y luego el barco se hunde.
Roy: ¿Qué hay de la recombinación EMS?
Tyrell: Ya lo hemos intentado. El Etil Metano Sulfato es un agente alcalino y un poderoso mutante. Creaba un virus, tan letal que el individuo moría antes de que acabara la operación.
Roy: Entonces una proteína represora que bloquee las células operantes...
Tyrell: No impediría la duplicación, pero eso llevaría a un error en la réplica que hace que la recién formada DNA lleve consigo una mutación. Y así llegamos de nuevo al virus. Pero, esto solo es teoría. Tú fuiste formado lo más perfectamente posible.
Roy: Pero no para durar.
Tyrell: La luz que brilla con el doble de intensidad dura la mitad de tiempo. Y tú has brillado con muchísima intensidad, Roy. Mírate, eres el hijo pródigo. Eres todo un premio.
Roy: He hecho cosas malas.
Tyrell: Y también cosas extraordinarias. Goza de tu tiempo.
Roy: No haré nada por lo que el dios de la biomecánica me impida la entrada en su cielo.
[Roy besa a Tyrell en la boca. Toma su cabeza entre sus manos, aplasta su cráneo y hunde los pulgares en sus ojos]
[Corte. Aparece Deckard dentro de su coche que está aparcado en una oscura calle. Unos pequeños seres se acercan]
Vándalo 1: Jemand hat uns ein kleines Geschenk dagelassen. [En alemán: "Alguien nos ha dejado un pequeño regalo."]
Vándalo 2: Ist jemand drinnen? [En alemán: "¿Hay alguien dentro?"]
Vándalo 3: Ich kann nichts sehen. Hey, warte bis die Bullen weg sind! Hey, warte bis die Bullen weg [En alemán: "No veo nada. Hey, espera a que se marchen los policías. Espera a que se marchen los policías. "]
Bryant: El cuerpo encontrado junto a Tyrell corresponde a un varón, 25 años, blanco, nombre Sebastian, J.F. Sebastian, dirección Apartamentos Bradbury, distrito noveno, teléfono 46751. Quiero que vayas allí.
[Un Spinner de la policía se acerca por encima del coche de Deckard]
Policía: Este sector está cerrado al tráfico rodado. ¿Qué está haciendo aquí?
Deckard: Trabajando, ¿y ustedes qué hacen?
Policía: Detenerle, eso es lo que voy a hacer.
Deckard: Soy Deckard, Blade Runner 2-6-3-5-4. Estoy registrado y localizado.
Policía: Un momento, revisión. [pausa] Bien, revisado, que se divierta.
[Deckard llama al apartamento de Sebastian]
Pris: ¿Diga?
Deckard: Hola, ¿está J.F.?
Pris: ¿Quién es?
Deckard: Soy Eddie, un viejo amigo de J.F.
[Pris cuelga el teléfono]
Deckard: Vaya forma de tratar a un amigo.
[Deckard percibe que hay alguien sobre su coche y acelera. El Vándalo cae al suelo con una

caja]

Vándalo 1: (So ein) Scheißkerl! [En alemán: "Qué cabrón!"]

[Los vándalos se pelean por la caja robada]

Vándalo 2: Gib` das sofort her! Hau ab! [En alemán: " Dámelo! "]

[Deckard llega al apartamento de Sebastian. Sube lentamente las escaleras pistola en mano. Abre la puerta. Aparecen las criaturas de Sebastian]

Kaiser y Bear: Buenas noches J.F., buenas noches J.F.

Kaiser: [Da media vuelta y se marcha. Se golpea con la pared] Oooh!

[Aparecen gran cantidad de ruidosos juguetes esparcidos por todo el apartamento Deckard busca... Descubre a Pris oculta tras un velo. Pris ataca velozmente a Deckard golpeándole en la cabeza. Intenta ahogarlo entre sus piernas. Toma carrerilla para lanzar un golpe definitivo a Deckard. Éste, a duras penas, logra disparar en el último momento. Pris cae muerta. [pausa] Llega Roy. Deckard se esconde y le dispara, aunque falla]

Roy: No es muy limpio disparar contra un oponente desarmado. Yo creí que se suponía que eras bueno. ¿No eres tú el mejor? Vamos, Deckard, muéstrame de qué estás hecho.

[Roy rompe una pared y apresa la mano de Deckard]

Roy: ¿Estás orgulloso de ti, hombrecito? Esto es por Zhora.

[Roy disloca varios dedos de la mano de Deckard]

Deckard: Arrggh!

Roy: Y esto por Pris.

Deckard: Arrgghh!

Roy: Vamos, Deckard. Estoy aquí, pero procura no fallar.

[Deckard dispara alcanzando levemente a Roy]

Roy: Eso no ha estado muy bien. Ahora me toca a mí. Te voy a dar unos segundos antes de entrar. Uno, dos. [Deckard huye dentro del profundo apartamento. Roy se acerca hasta donde yace Pris] Tres, cuatro. Pris

[Roy llora, aúlla y besa a Pris. Deckard se detiene en su alocada huida para volver a colocarse correctamente los dedos]

Deckard: Arrghhh!

[Roy aúlla fuertemente]

Roy: [canturreando] Voy allá. [pausa] Deckard! Cuatro, cinco. Aún sigues vivo! [Roy corre y aúlla nuevamente] Puedo verte! [La mano de Roy empieza a agarrotarse] Todavía no. No!

[Roy percibe que su tiempo está terminando. Se muerde la mano. Arranca un clavo de una viga y se lo atraviesa en la palma]

[Roy rompe una pared con su cabeza. En la otra habitación se encuentra Deckard]

Roy: Será mejor que huyas o voy a tener que matarte. A menos que estés vivo no puedes jugar, y si no juegas...

[Roy tose agotado. Deckard coge una barra de metal]

Roy: Seis, siete. Ir al infierno, ir al cielo!

[Deckard golpea a Roy con la barra]

Roy: Ir al infierno! Bien, así me gusta.

[Deckard sube a la azotea. Roy aúlla]

Roy: Esto duele. Ha sido algo irracional. Sin mencionar el comportamiento antideportivo. [Roy se ríe al observar a Deckard trepar hasta la azotea] ¿Adónde vas?

[Deckard llega a la azotea. Intenta saltar hasta otro edificio pero se queda corto. Se mantiene suspendido de una viga con el vacío bajo sus pies]

[Roy toma una paloma en su mano. Salta prodigiosamente. Observa el sufrimiento de Deckard, a punto de caer al vacío]

Roy: Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad? Eso es lo que significa ser esclavo.

[Deckard cae, pero Roy logra sujetarlo en el último momento. Le levanta en vilo y le deja sobre la azotea]

Roy: Yo he visto cosas que vosotros no creeríais. Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto Rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.

[Roy muere. Su mano libera a la paloma que sale volando hacia el cielo]

Deckard (voice-over): No sé por qué me salvó la vida. Quizás en esos últimos momentos amaba la vida más de lo que la había amado nunca. No solo su vida; la vida de todos, mi vida.

Todo lo que él quería eran las mismas respuestas que todos buscamos; de dónde vengo, adónde voy, cuánto tiempo me queda. Todo lo que yo podía hacer era sentarme allí y verle morir.

Gaff: Ha hecho un buen trabajo señor. Supongo que ya está acabado.

Deckard: He acabado.

Gaff: Lástima que ella no pueda vivir, pero ¿quién vive?

[Corte. Apartamento de Deckard. La puerta está abierta]

Deckard: ¿Rachael?, ¿Rachael?, ¿Rachael?

[Deckard encuentra a Rachael durmiendo]

Deckard: ¿Me quieres?

Rachael: Te quiero.

Deckard: ¿Confías en mí?

Rachael: Confío.

[Deckard y Rachael salen del apartamento. Caminan hacia el ascensor]

Deckard: Rachael.

[Rachael roza con su pie una pequeña figura. Deckard la toma. Es un unicornio de origami]

Gaff (recuerdo): Lástima que ella no pueda vivir, pero ¿quién vive?

[Deckard y Rachael abandonan la ciudad en coche]

Deckard (voice-over): Gaff había estado allí y la había dejado vivir. Cuatro años creía él. Estaba equivocado. Tyrell me había dicho que Rachael era especial. No tenía fecha de terminación. Yo no sabía cuánto tiempo estaríamos juntos. ¿Quién lo sabe?

A MICHAEL DEELY- RIDLEY SCOTT PRODUCTION

EL MARTILLO DE VULCANO

1

Pitt notó el tumulto en cuanto salió de la oficina de la Unidad y empezó a cruzar la calle. Se detuvo en la esquina, junto a su automóvil, y encendió un cigarrillo. Abriendo la portezuela del vehículo, estudió a la multitud, apretando fuertemente su cartera de mano.

La multitud estaba formada por unas cincuenta o sesenta personas. Gente de la ciudad; obreros y pequeños comerciantes; oficinistas con gafas de montura de acero; mecánicos y conductores de camión; amas de casa; un tendero con su delantal blanco. Los de siempre: clase media baja.

Pitt subió al automóvil y se inclinó sobre el micrófono que había en el tablero de mandos.
—¡Emergencia!

Se movían silenciosamente, ahora, llenando la calle y avanzando hacia él. Le habían identificado, indudablemente, por sus ropas de la clase T: camisa blanca y corbata, traje gris, sombrero blando. Cartera de mano. El brillo de sus zapatos negros. El lápiz de rayos brillando en el bolsillo superior de su americana. Descolgó el tubo dorado.

—Cartwrigh —dijo el altavoz del tablero de mandos.

—Habla Pitt.

—¿Dónde está usted?

—No he salido aún de Cedar Groves. Hay una muchedumbre hormigueando a mí alrededor. Supongo que tienen las calles bloqueadas. Parece que se haya reunido aquí toda la ciudad.

—¿Hay algún Curador?

A un lado, en la curva, había un anciano de cabeza maciza con el pelo muy corto. Llevaba una única de color parduzco, con una cuerda de nudos alrededor de la cintura, y calzaba sandalias.

—Uno —dijo Pitt.

—Trate de obtener una instantánea para Vulcan III.

—Lo intentaré.

La multitud rodeaba ahora el automóvil. Pitt pudo oír sus manos, palpando el vehículo, explorándolo cuidadosamente... con tranquila eficiencia. Se reclinó hacia atrás y dio una doble vuelta de llave a las portezuelas. Las ventanillas estaban cerradas; la capota estaba echada. Pitt puso el motor en marcha. En la curva, el hombre de la túnica no se había movido. Estaba rodeado de un pequeño grupo de personas vestidas con ropas ciudadanas. Pitt enfocó su cámara.

Una piedra chocó contra un costado del automóvil, debajo de la ventanilla; el coche se estremeció. Una segunda piedra dio en el cristal.

Pitt dejó caer la cámara.

—Voy a necesitar ayuda. Tienen ganas de jaleo.

—Hay una patrulla en camino. Trate de obtener una instantánea de ese hombre.

Pitt sonrió sin alegría. Una de las ventanillas de la parte trasera acababa de romperse; unas manos penetraron ciegamente en el automóvil.

—Tengo que salir de aquí, Cartwrigh.

—No se deje ganar por el pánico.

Pitt soltó el freno. El automóvil avanzó unos cuantos metros... y se paró en seco. El motor había dejado de zumbar. Pitt sintió una extraña opresión en la boca del estómago: tenía miedo. Con dedos temblorosos, sacó del bolsillo su lápiz de rayos. Cuatro o cinco hombres se habían

encaramado a la capota, obstruyéndole la visión; otros estaban montados sobre la carrocería encima de su cabeza. Se oyó un repentino zumbido: estaban cortando la carrocería con un soplete

—¿Cuánto tardarán? —murmuró Pitt—. Se me ha atascado el motor.

—Se presentarán de un momento a otro.

—¡Ojalá lleguen a tiempo!

El automóvil se estremeció, sacudido por una granizada de piedras. Luego se balanceó peligrosamente; estaban levantándolo de un lado, tratando de volcarlo. La mano de un hombre se alargó hacia el pestillo de la portezuela.

Pitt redujo la mano a cenizas con su lápiz de rayos. El muñón retrocedió precipitadamente.

—He alcanzado a uno.

—Si pudiera obtener unas cuantas instantáneas para nosotros...

Aparecieron más manos. En el interior del vehículo, el calor era sofocante; el soplete seguía zumbando.

—No me gusta tener que hacer esto...

Pitt enfocó su lápiz de rayos hacia su cartera de mano hasta que quedó desintegrada. A continuación desintegró el contenido de sus bolsillos, todo lo que había en el departamento de los guantes y sus documentos de identificación.

—Aquí están —murmuró, mientras se desgarraba el techo de la carrocería.

—Trate de resistir, Pitt. La patrulla está a punto de...

Bruscamente el altavoz se calló. Surgieron unos rostros ante Pitt. Rostros endurecidos, como de piedra, agitándose a su alrededor. Aumentando en número. Hongos blanquecinos por todos lados. Pitt ahogó un grito. Enfocó el lápiz de rayos al azar, quemando rostros y manos; el aire se llenó de una acre humareda.

Unas manos le agarraron, arrastrándolo fuera del asiento. Pitt lanzó un aullido. Una piedra se estrelló contra su rostro; el lápiz de rayos cayó al suelo. Una botella rota se incrustó en sus ojos y en su boca. Los cuerpos pululaban a su alrededor.

A lo lejos, las sirenas de la patrulla aullaron lúgubrememente.

William Barris examinó cuidadosamente la fotografía. Sobre su escritorio, el café se enfriaba, olvidado entre un montón de documentos. El edificio de la Unidad vibraba con los sonidos de innumerables máquinas de calcular, videófonos, teletipos, máquinas de escribir eléctricas y aparatos archivadores. Funcionarios y oficinistas se movían hábilmente entre el laberinto de oficinas, las incontables celdillas en las cuales trabajaban los hombres de la clase T.

—Esta cara no es corriente —murmuró Barris—. Fíjese en sus ojos, y en el acusado reborde sobre las cejas.

—Frenología —dijo Cartwigh en tono indiferente.

Barris soltó la "foto".

—No me extraña que tengan tantos seguidores. Con organizadores como éste... ¿Cómo se llama?

—Padre Fields —Cartwigh sacó una tarjeta de su archivo—. Cincuenta y nueve años. Técnico electricista. Uno de los mejores durante la Guerra. Nacido en Macon, Virginia, en 1970. Se unió a los Curadores hace dos años..., es decir, en los primeros momentos: es uno de los fundadores. Pasó dos meses en el Laboratorio de Corrección Psicológica de Atlanta. Se escapó... sin recibir tratamiento —Cartwigh devolvió la foto al archivo—. Es la primera vez que oímos hablar de él desde entonces.

—¿Conocía usted a Pitt?

—Un poco —Cartwigh se puso en pie—. Su llamada fue provocada por el Padre Fields.

—Y la policía llegó demasiado tarde. Siempre llega unos minutos tarde. —Barris contempló atentamente a Cartwigh—. Raro, ¿no cree?

Cartwigh se encogió de hombros.

—Cuando toda una ciudad está organizada contra uno, no lo es. Bloquean las carreteras, cortan los cables telefónicos y telegráficos, obstruyen los canales videofónicos...

—Si consigue detener a ese Padre Fields, envíemelo. Quiero examinarle personalmente.

Cartwigh sonrió.

—Desde luego. Pero no creo que consigamos detenerle.

—Bostezó y se dirigió hacia la puerta—. Será muy difícil; es un hombre muy escurridizo.

—¿Qué es lo que sabe usted acerca de eso? —preguntó Barris.

Cartwigh se echó a reír.

—No me lo pregunte a mí, pregúnteselo a Vulcan III; ésa es su misión.

Los ojos de Barris centellearon.

—Ya sabe usted que Vulcan III no ha dado ninguna información desde hace más de quince meses.

—Tal vez no tengan nada que decir —Cartwigh abrió la puerta que daba al vestíbulo; sus guardaespaldas le rodearon inmediatamente—. Puedo decirle a usted una cosa. Los Curadores tienen un solo objetivo; todo lo demás es hablar por hablar..., todos esos rumores de que desean destruir la sociedad y aniquilar la civilización.

—¿Qué es lo que pretenden, en realidad?

—Desean aplastar a Vulcan III; quieren esparcir sus restos por todo el país. Lo de hoy, la muerte de Pitt y todo lo demás, ha sido una tentativa de llegar hasta Vulcan III.

—¿Quemó Pitt sus documentos?

—Supongo que sí. No encontramos nada, ningún resto suyo ni de su equipo.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Barris conectó su telepantalla de circuito cerrado. Apareció el monitor local de la Unidad.

—Póngame con el Mando de la Unidad en Ginebra.

Sorbió su café, pensativo. Padre Fields. Un rostro duro. Unas cejas espesas. Un hombre que en otra época había instalado circuitos eléctricos en los departamentos de la clase T. Podía haberle visto, incluso haberle dado un empleo. Y si no a Fields, a otros miembros del Movimiento. Mecánicos, fontaneros, carpinteros, mayordomos, camareros. A cualquiera de los peones de la clase baja que entraban y salían, ignorados e invisibles.

Se oyó un chasquido en la telepantalla.

—Mando de la Unidad.

—Habla el Director americano Barris. Deseo hablar urgentemente con Vulcan III.

—¿Alguna información importante que ofrecer?

—Nada que no esté ya registrado.

—Entonces, tendrá que formular su petición por conducto reglamentario. —El monitor de Ginebra consultó una cuartilla—. El período de retraso es ahora de tres días.

—¿Qué está haciendo Vulcan III? ¿Estudiando una nueva apertura de ajedrez?

—Lo siento, Mr. Barris. El retraso es válido incluso para el personal Directivo.

—Entonces, póngame en comunicación con Jason Dill.

—El Director General Dill se encuentra en una reunión. No puede ser molestado.

Barris desconectó furiosamente la telepantalla. ¡Tres días! La eterna burocracia de la organización monstruo. Barris sorbió un poco de café frío y apartó la taza a un lado. ¿En qué estaba pensando Vulcan III? Tal vez no estaba preocupado por el movimiento, por la revolución a escala mundial que se proponía —tal como había dicho Cartwigh— aplastar su estructura metálica y esparcir sus relés, sus válvulas y sus cables a los cuatro vientos.

Pero, no era culpa de Vulcan. III, desde luego; era la organización, el sistema de la Unidad lo que fallaba: los interminables funcionarios y oficinistas, expertos, estadísticos y Directores. Y

Jason Dill. ¿Estaba Dill aislando deliberadamente a los otros directores, desconectándolos de Vulcan III? Tal vez Vulcan III había contestado y la información había sido escamoteada.

Barris escogió un formulario y anotó sus preguntas cuidadosamente, estudiando cada una de las palabras. El formulario le permitirla hacer diez preguntas; se limitó a anotar dos.

A) ¿SON REALMENTE IMPORTANTES LOS CURADORES?

B) ¿POR QUE NO CONTESTA USTED A SU EXISTENCIA?

Barris contempló pensativamente cómo el formulario era tragado por el transmisor. A centenares de millas de distancia, sus preguntas se unirían a las que fluían de una parte a otra del mundo, desde las oficinas de la Unidad de todos los países. Veintitrés directorios, correspondientes a otras tantas divisiones del planeta. Cada uno con su Director, su plantilla de personal y las oficinas de la Subdirección de la Unidad. La organización mundial que gobernaba el planeta, la vasta jerarquía que culminaba en los veintitrés Directores. Y en la cumbre, Vulcan III.

Dentro de tres días, Barris recibiría la respuesta a sus preguntas. Al igual que todos los miembros de la clase T, sometía todos los problemas importantes al enorme cerebro electrónico enterrado en una fortaleza subterránea, cerca de Suiza.

No le quedaba otra alternativa. Todos los asuntos eran decididos en último término por Vulcan III; ésa era la ley.

—¿Qué os trae a la memoria el año 1992? —preguntó Agnes Parker, contemplando a sus alumnos.

—El año 1992 me recuerda el final de la Primera Guerra Atómica y el comienzo de la década de reglamentación internacional —dijo Peter Thomas.

—Apareció la Unidad —añadió Patricia Edwards—. Un orden mundial racional.

Mrs. Parker hizo una anotación en su cuaderno.

—Correcto. Y, ahora, tal vez alguien pueda hablarme del Acuerdo de Lisboa de 1993.

La clase permaneció silenciosa. Unos cuantos alumnos se movieron inquietos en sus asientos; en el exterior, el cálido aire de junio chocaba contra la ventana. Un pájaro descendió de la rama de un árbol en busca de alguna lombriz.

Finalmente, Hans Stein dijo:

—Ese año fue construido el Vulcan III.

Mrs. Parker sonrió.

—El Vulcan III fue construido mucho antes; el Vulcan III fue construido durante la guerra. El Vulcan I en 1970. El Vulcan II en 1985. Antes de la Guerra, a mediados de siglo, existían ya cerebros electrónicos. La serie de los Vulcan fue desarrollada por Otto Jordan, que trabajó con Nathaniel Greenstreet durante los primeros días de la Guerra...

Mrs. Parker se esforzó por contener un bostezo; no podía permitirse aquellas ligerezas. El Director General Jason Dill y su estado mayor estaban recorriendo las escuelas, revisando la educación ideológica. Se rumoreaba que el Vulcan III había formulado algunos reparos acerca de las desviaciones que se apreciaban en sus programas básicos escolares.

—¿Ninguno de vosotros conoce el Acuerdo de Lisboa de 1993? —repitió Mrs. Parker.

Por un instante, no hubo ninguna respuesta. Las hileras de rostros permanecían inexpresivas. Luego, bruscamente, increíblemente, se alzó una voz infantil, procedente de los últimos bancos.

Una voz de muchacha, tranquila, severa y penetrante.

—El Acuerdo de Lisboa destronó a Dios.

Mrs. Parker despertó de su amodorramiento. Parpadeó, sorprendida.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó. La clase hirvió de murmullos. Las cabezas se volvieron interrogadoramente hacia atrás—. ¿Quién ha sido?

—¡Ha sido Jeannie Baker! —gritó un chiquillo.

—¡No ha sido ella! ¡Ha sido Dorothy!

Mrs. Parker se puso rápidamente en pie.

—El Acuerdo de Lisboa de 1993 —dijo en tono severo—, constituye la legislación más importante de los últimos quinientos años... —Hablaba con nerviosismo, rápidamente; poco a poco, todas las miradas se volvieron hacia ella—. Todas las naciones del mundo enviaron representantes a Lisboa. La organización mundial convino en que los grandes cerebros electrónicos desarrollados por Inglaterra y los Estados Unidos, y hasta entonces utilizados únicamente como elementos de consulta, tuvieran poder absoluto sobre los gobiernos nacionales para la determinación de su política de alto nivel. Esta decisión de transferir la autoridad definitiva de las distorsionadas mentes de los humanos a la mente absolutamente racional y realista de un cerebro electrónico, completamente libre de subjetivismos...

Pero en aquel momento el Director General Jason Dill entró en la clase, y Mrs. Parker guardó un respetuoso silencio.

Jason Dill era un hombre que respiraba energía por todos sus poros. Tenía unos cincuenta años, un rostro astuto, unos ojos penetrantes y una expresión de confianza en sí mismo. Su estado mayor entró con él, tres hombres y dos mujeres, todos con el uniforme gris de la clase T. Los chiquillos les contemplaron con asombro, olvidados de todo.

—Este es el Director General Jason Dill —dijo Mrs. Parker—, el Coordinador del sistema de la Unidad. —En su voz había una nota de temor—. El Director General Dill es el único responsable ante Vulcan III. Ningún ser humano, a excepción del Director Dill, tiene acceso al Vulcan III.

El Director Dill asintió amablemente.

—¿Qué estáis estudiando, muchachos? —preguntó, en tono amistoso, el tono de un competente jefe de la clase T.

Los alumnos se agitaron en sus asientos, nerviosamente,

—Historia —dijo un chiquillo.

—¿Historia? ¿Moderna o comparada?

—Moderna.

—¿Qué habéis aprendido hoy?

—El Acuerdo de Lisboa —dijo una voz.

—Muy bien, muy bien —asintió afablemente el Director Dill. Hizo un gesto a su estado mayor y todos echaron a andar hacia la puerta—. A ver si sois buenos estudiantes y obedecéis a vuestra profesora —añadió.

—¡Mr. Dill! —dijo una voz femenina—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Un repentino silencio planeó sobre la clase. Mrs. Parker se estremeció. La voz. La muchacha, otra vez. ¿Quién era? Se sintió invadida por el terror. ¡Dios mío! ¿Qué iría a preguntarle aquel diablillo al Director General?

—Desde luego —dijo Dill, deteniéndose junto a la puerta. Echó una ojeada a su reloj de pulsera, sonriendo un poco forzosamente.

—El Director Dill tiene prisa —consiguió decir Mrs. Parker—. Tiene que atender a muchas obligaciones. Creo que será mejor que le permitamos marcharse.

Pero la voz de la niña continuó inflexible.

—Director Dill, ¿no se siente avergonzado de sí mismo por permitir que una máquina le diga lo que tiene que hacer?

La sonrisa del Director Dill no se borró de su rostro. Con lentitud, se apartó de la puerta, y se enfrentó con la clase, tratando de localizar a la chiquilla que había hablado.

—¿Quién ha hecho esa pregunta? —inquirió, en tono amable.

Silencio.

El Director Dill avanzó lentamente, con las manos en los bolsillos. Se frotó la barbilla con aire ausente. Nadie se movió ni habló. Mrs. Parker y el estado mayor de la Unidad contenían la respiración, en una horrorizada inmovilidad. Algo estaba ocurriendo, algo iba a suceder, extraño y terrible. Incluso los niños estaban asustados.

Pero el Director Dill no se había inmutado. Se detuvo enfrente de la pizarra. Cogió un trozo de tiza y dibujó una cifra en la negra superficie: 1992.

—El final de la Guerra —dijo.

A continuación escribió: 1993.

—El Acuerdo de Lisboa del que hoy os ha hablado vuestra profesora. El año en que todas las naciones del mundo decidieron federarse. Subordinarse a sí mismas, y sus intereses nacionales, a una autoridad supranacional común, para el bien de todo el género humano.

El Director Dill se apartó de la pizarra, mirando pensativamente al suelo.

—Hacía muy poco que había terminado la Guerra; la mayor parte del planeta estaba en ruinas. Debía adoptarse alguna medida drástica, ya que otra guerra significaría la destrucción definitiva del género humano. Era necesario algo, algún principio de organización definitivo. Un control internacional. Leyes que ni los hombres ni las naciones pudieran quebrantar. Se necesitaban Guardianes de la Paz.

»Pero, ¿quién controlaría a los Guardianes? ¿Cómo podíamos estar seguros de que ese organismo supranacional estaría libre del odio y de las pasiones animales que habían empujado al hombre contra el hombre, a través de los siglos? ¿No caería ese organismo, al igual que todos los demás organismos creados por el hombre, en los mismos vicios, haciendo que predominara el interés sobre la razón, la emoción sobre la lógica?

"Había una sola respuesta: durante años habíamos estado utilizando cerebros electrónicos, máquinas gigantescas construidas por centenares de especialistas, destinadas a ofrecer datos objetivos y exactos. Las máquinas estaban libres del egoísmo y de los sentimientos que emponzoñan la mente del hombre... Eran capaces de realizar los cálculos objetivos que para el hombre serían siempre un ideal, nunca una realidad. Si las naciones estaban dispuestas a renunciar a su soberanía, a subordinar su poder a las directrices objetivas e imparciales de...

De nuevo, la voz de la chiquilla interrumpió la perorata del Director General.

—Mr. Dill, ¿cree usted realmente que una máquina es mejor que un hombre? ¿Que el hombre no puede dirigir su propio mundo?

Las mejillas de Jason Dill se tiñeron de púrpura. Furioso y sorprendido, abandonó el tono amable que había utilizado hasta entonces.

—¿Quién eres tú? —preguntó con voz enronquecida—. ¿Cómo te llamas? —Señaló hacia los últimos bancos, hacia una niña pelirroja, que permanecía sentada tranquilamente—. ¡Dime! ¿Cómo te llamas?

La niña sostuvo valientemente su mirada. Tenía las manos plegadas sobre el pupitre.

—Marion Fields —dijo, en voz alta—. Y no ha contestado usted a mi pregunta.

2

El edificio del Mando de la Unidad ocupaba virtualmente toda la zona comercial de Ginebra, una imponente mole cuadrada de hormigón y acero. Sus interminables hileras de ventanas brillaban bajo los últimos rayos del sol; la estructura estaba rodeada de césped y de arbustos por todas partes; hombres y mujeres vestidos de gris andaban apresuradamente a través de los amplios vestíbulos y pasillos. El zumbido de las máquinas calculadoras podía ser oído continuamente, un sonido controlado, eficiente y agradable, como el suave murmullo de una gran colmena.

El automóvil de Jason Dill se detuvo ante la entrada reservada a los Directores. Dill se apeó rápidamente y mantuvo abierta la portezuela.

—Baja —ordenó.

Marion Fields se deslizó lentamente fuera del vehículo.

—¿Por qué?

Dill la cogió de la mano y entró en el enorme edificio.

—Quiero volver a casa —murmuró la niña.

Cruzaron un pasillo y entraron en un despacho. Dill miró el montón de informes acumulados sobre su escritorio.

—Siéntate —ordenó, y él mismo se sentó detrás de la mesa. Estudió atentamente a la niña.

—¿Qué desea usted? —preguntó Marion.

—¿Qué edad tienes?

—Nueve años.

—¿Quién te ha dicho que hables de ese modo acerca de la Unidad? ¿Quién te ha enseñado todo eso?

—No me lo ha enseñado nadie.

Sobre el escritorio de Dill estaba el informe de la policía. Marion Fields había sido puesta bajo la tutela del gobierno a raíz de la detención de su padre y de su internamiento en una institución de Corrección Psicológica de los Estados Unidos. Una nota marginal señalaba que se había fugado y no había vuelto a ser capturado.

—¿Por qué fue detenido tu padre? —preguntó Dill.

La niña se encogió tristemente de hombros.

—No lo sé.

Dill se reclinó en su butaca.

—¿No crees que esas cosas que dices son un poco estúpidas? Destronar a Dios... Alguien te ha estado diciendo que se vivía mejor en los antiguos tiempos... antes de que existiera la Unidad, cuando había estados nacionales y guerra cada veinte años, ¿verdad? —Hizo una breve pausa. Luego inquirió—: ¿De dónde han sacado su nombre los Curadores?

—No lo sé.

—¿No te lo explicó tu padre?

—No.

—Yo puedo decírtelo. Se aprovechan de la superstición de las masas. Las masas son ignorantes, ¿sabes? La masa, en su conjunto, tiene una mente que..., que no es como la tuya o la mía, ¿comprendes? Una mente que no puede pensar como pensamos tú y yo. Una mente que cree en cosas absurdas: magia, dioses, milagros, curaciones... Y ese grupo está actuando sobre histerias emotivas básicas, familiares a todos nuestros sociólogos, manejando a las masas como rebaños, utilizándolas para conquistar el poder. Las masas experimentan la necesidad de la religión, el consolador bálsamo de la fe. ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

Marion asintió débilmente.

—No viven de acuerdo con la razón. No pueden; no poseen el valor y la disciplina que se precisan para vivir al margen de la emoción. Exigen los absolutos metafísicos que ofrece una fe emotiva. La razón implica tentativas constantes y no hipótesis absolutas, sujetas a continuas revisiones y cambios ante la aparición de nuevos hechos. Esto introduce elementos de incertidumbre, y la masa no puede soportar ninguna clase de incertidumbre; quiere verdades absolutas.

—¿Puedo marcharme ahora? —preguntó Marion.

—¿Qué es la que están tratando de conseguir los Curadores? ¿Qué se proponen?

Marion no dijo nada, y Jason Dill le alargó un informe.

—¡Lee esto! Se refiere a un hombre llamado... Robin Pitt, un americano. ¿Has oído hablar de él?

—No.

—Ha sido asesinado esta mañana. Asesinado por una turba. —Dill empujó impacientemente el informe hacia la fina—. Vamos, léelo.

Marion cogió el informe y lo examinó, moviendo lentamente los labios.

—La turba —dijo Dill— estaba acaudillada por tu padre. ¿Comprendes? Ese hombre fue bárbaramente asesinado cuando se disponía a subir a su automóvil. La multitud le sacó del interior del coche y le despedazó. ¿Qué opinas de eso?

Marion devolvió el informe sin hacer ningún comentario.

—¿Te sientes orgullosa de tu padre? ¡Asesinos! Dill cogió el informe y lo devolvió al montón que se apilaba sobre la mesa—. Esos otros informes..., más asesinatos, por todo el mundo. Todos los días, hombres asesinados, golpeados, robados por turbas de dementes, excitadas por esos Curadores. Por tu propio padre. ¿Apruebas todo eso? ¿Crees que es bueno?

Marion se encogió de hombros.

—Una pandilla de criminales, que se aprovechan de la masa ignorante. —Dill se inclinó hacia la niña—. ¿Por qué? ¿Qué es lo que pretenden? ¿Quieren resucitar los viejos tiempos, las guerras, los odios y la violencia internacional? La antigua bestia está despertando de nuevo en todo el mundo. Esos locos tratan de arrastrarnos de nuevo al caos y a la oscuridad del pasado, a la época en que los hombres eran bestias. ¿Te sientes orgullosa de tu padre por esa hazaña? ¿Apruebas esos asesinatos y esas violencias?

—No.

—Entonces, ¿qué objeto tienen? ¿Qué diablos se proponen?

—Quieren el Vulcan III.

—¿Están tratando de localizarlo? Pierden lastimosamente el tiempo. El Vulcan III cuida de sí mismo y atiende a sus propias reparaciones; sólo tenemos que proporcionarle los datos y las piezas que necesita. Nadie sabe dónde está. Pitt no lo sabía.

—Usted lo sabe.

—Sí, lo sé. De modo que quieren destruir el Vulcan III... Luego, la Unidad quedaría disuelta y habría estados nacionales, setenta países, cada uno con su propio idioma, sus costumbres y sus odios. Otra vez guerras. Otra vez el antiguo mundo.

—El hombre no tiene que ser esclavo de una máquina.

—¿Quién te ha enseñado a decir eso?

—Nadie.

—¡Es una estupidez! No somos esclavos. Gracias a la Unidad estamos gobernados de un modo racional, y no por pasiones animales sobre ella. Representa el final de la ley.

—Dill se puso bruscamente en pie—. ¿Por qué destruyeron el Vulcan II?

Marion parpadeó.

—¿El Vulcan II? ¿El antiguo cerebro electrónico?

El rostro de Dill se endureció inmediatamente.

—Olvidalo. —Empezó a pasear nerviosamente por la habitación—. Posiblemente no sabes nada acerca de eso. ¿Estás en contacto con tu padre?

—No.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—Lástima. Me gustaría hablar con él. Es un personaje importante en el Movimiento, ¿no es cierto?

—Tal vez sea su caudillo; no lo sé.

Dill se pasó nerviosamente las manos por sus grises cabellos.

—Te quedarás aquí, en las oficinas de la Unidad, desde luego; volveré a verte más tarde.

Apretó un pulsador y dos guardias armados de la Unidad aparecieron en la puerta.

—Bajen a esta niña al tercer piso subterráneo; cuiden bien de ella.

Marion Fields salió del despacho acompañada por los guardias. Dill les contempló, pensativo, hasta que la puerta se cerró detrás de ellos.

Luego abandonó el edificio del Mando de la Unidad para dirigirse a su hogar particular. Unos instantes después volaba por el cielo crepuscular en dirección a la fortaleza subterránea que albergaba al gran Vulcan, cuidadosamente oculto de la raza humana.

Aterrizó y se sometió al minucioso reconocimiento del puesto de control de la superficie. Cuando le permitieron el paso, descendió rápidamente a las profundidades de la fortaleza subterránea. Detuvo el ascensor en el segundo piso. Un momento después estaba de pie ante una enorme puerta corrediza de acero, esperando que los centinelas le permitieran pasar.

—Todo en orden, Mr. Dill.

La puerta se deslizó hacia un lado. Dill penetró en un largo pasillo, completamente desierto. Los ecos de sus pasos resonaban, lúgubres. El aire era pegajoso y las luces parpadeaban caprichosamente. Dill giró a la derecha y se detuvo, mirando a través de la amarillenta claridad.

Allí estaba. El Vulcan II, o lo que quedaba del Vulcan II: un montón de hierros retorcidos, cables y tubos destrozados. Una enorme ruina polvorienta, silenciosa y olvidada.

A Dill le producía una extraña sensación contemplar los restos de lo que en otra época había sido un gran cerebro electrónico. Dill podía recordar los antiguos tiempos, antes de que fuera construido el Vulcan III..., los tiempos en que el Vulcan II había sido su orgullo y su alegría. En el sistema de la Unidad había muy pocos que recordaran aquellos tiempos. Los jóvenes habían ido apartando a los viejos... del mismo modo que Vulcan III había reemplazado a Vulcan II. Esta ruina cubierta de polvo había sido su esperanza, en otros tiempos. Durante la Guerra, Vulcan II era una compleja estructura dotada de una gran precisión, un instrumento consultado diariamente por los jefes de la Unidad.

Dill dio un puntapié a un informe montón de chatarra.

El cambio, la increíble transformación que había experimentado el Vulcan II hasta convertirse en eso, seguía asombrándole. Por enésima vez, se preguntó mentalmente: ¿Cómo ocurrió? ¿Cómo lo consiguieron? Y... ¿por qué?

Resultaba absurdo. El Vulcan II dejó de funcionar cuando entró en servicio el Vulcan III. Si habían conseguido entrar en la fortaleza, si uno de ellos había llegado hasta allí, ¿por qué habían perdido el tiempo en eso... con el Vulcan III situado solamente seis pisos debajo?

Tal vez había sido un error; tal vez habían destruido el cerebro electrónico más pequeño, la máquina que no funcionaba, creyendo que era el Vulcan III. Tal vez había sido un error.

O tal vez no. Quizás hubo un motivo. Hacía quince meses que había sucedido: el ataque repentino; el terrible asalto en medio de la noche; y luego eso... y nada más. Un cuidadoso y sistemático destrozamiento de todos los elementos vitales.

Había sucedido sin previo aviso. Aquella tarde, Dill había estado formulando una serie de preguntas al Vulcan II. Secretamente, por su propia cuenta, había continuado consultando al cerebro electrónico fuera de servicio, cuando las preguntas eran lo bastante sencillas como para poder someterlas a su consideración. Había formulado las preguntas y obtenido las respuestas. Y luego, aquella noche, la catástrofe.

Dill palpó uno de los bolsillos de su americana. Aún seguían allí: las respuestas que Vulcan II le había dado, respuestas que le habían intrigado y continuaban intrigándole. Había intentado pedir una aclaración, pero la catástrofe lo había impedido.

Sumido en profundos pensamientos, Dill salió de la estancia y regresó al ascensor. Descendió hasta el piso más bajo y cruzó una complicada red de puestos de control. Centinelas armados le permitieron el paso hacia las cámaras centrales, donde el enorme Vulcan III aguardaba silenciosamente ser interrogado.

Dill se detuvo a examinar los formularios de preguntas que habían llegado. Larson, el encargado de la sección de datos, le mostró las preguntas que habían sido rechazadas.

—Mire esto —Larson hojeó un montón de formularios hasta encontrar el que buscaba—. Aquí está; tal vez sea preferible que lo devuelva usted personalmente, para evitar dificultades.

El formulario procedía del Director norteamericano, Barris. Contenía dos preguntas:

A) ¿SON REALMENTE IMPORTANTES LOS CURADORES?

B) ¿POR QUE NO CONTESTA USTED A SU EXISTENCIA?

Dill frunció el ceño. Barris, de nuevo. Uno de los jóvenes brillantes que trepaban rápidamente la escalerilla de la Unidad. Barris, Reynolds, Aderson..., avanzando confiadamente, eficientemente, hacia la posición de Director General.

—¿Hay muchos formularios como éste?

—No, señor, pero existe un aumento general de la tensión; varios Directores, además de Barris, están preguntando por qué Vulcan III no se pronuncia acerca del Movimiento.

—Déjeme ver el resto del material.

Larson le entregó los formularios.

—¿Está usted seguro que no ha llegado a Vulcan III nada relacionado con los Curadores? —preguntó Dill.

—Nada, que yo sepa.

Dill garabateó unas líneas en la parte inferior del formulario enviado por Barris.

—Devuélvaselo dentro de unos días; no ha anotado su número de identificación. Dígame que lo he rechazado por no ajustarse a las normas.

Larson enarcó las cejas.

—Eso no retrasará mucho el problema. Barris se apresurará a enviar de nuevo el formulario debidamente cumplimentado. ¿Qué va usted a hacer cuando no haya errores técnicos a que agarrarse? Tarde o temprano, Barris y los demás se darán cuenta de que alguien está boicoteando deliberadamente sus formularios.

—Los Directores no me preocupan —dijo Dill a media voz, como si hablara consigo mismo—. Si Vulcan III descubre que he estado escamoteándole ciertos datos y preguntas...

—¿Por qué? —preguntó Larson—. ¿Por qué diablos está haciendo esto? ¿Qué se propone al escamotearle esa información?

—Eso es asunto mío.

El rostro de Dill se endureció peligrosamente.

—Haga lo que le ordenan, y ahórrese las preguntas.

—Mi equipo está corriendo enormes riesgos; la responsabilidad puede recaer sobre nosotros. Estamos trabajando de acuerdo con sus órdenes, sin saber qué se propone.

—A veces es preferible trabajar sin comprender.

Dill se volvió bruscamente hacia la cerrada puerta.

—Abra y permítame entrar; tengo prisa.

Larson se encogió de hombros.

—Como usted mande, señor Director.

Apretó un pulsador y la puerta se abrió.

Dill entró en la gran cámara y las puertas se cerraron detrás de él; estaba solo con Vulcan III. El enorme cerebro electrónico se erguía delante de él, una inmensa masa de piezas y manómetros.

Vulcan III estaba enterado de su presencia. A través del amplio rostro metálico e impersonal brilló el reconocimiento, una cinta de fluidas letras que aparecieron brevemente y se desvanecieron.

—¿HA QUEDADO COMPLETA LA INSPECCIÓN DE LOS SISTEMAS EDUCATIVOS?

—Casi —dijo Dill—. Faltan unos días.

—NECESITO LOS DATOS INMEDIATAMENTE.

—El equipo de alimentación se está ocupando ya de eso.

Vulcan III estaba..., bueno, la palabra exacta era excitado. Despedía un brillo rojizo: el origen del nombre de la serie. Aquellos destellos rojos le habían recordado a Nataniel Greenstreet la fragua del antiguo dios, el dios que había forjado los rayos para Zeus, en una época pretérita.

—EXISTE ALGUN ELEMENTO QUE NO FUNCIONA COMO ES DEBIDO. UNA SIGNIFICATIVA DESVIACIÓN EN LA ORIENTACIÓN DE DETERMINADAS CLASES QUE NO PUEDE SER EXPLICADA A TRAVÉS DE LOS DATOS QUE ME HAN SIDO FACILITADOS. SE ESTA PRODUCIENDO UNA REAGRUPACIÓN DE LA PIRAMIDE SOCIAL, EN RESPUESTA A FACTORES HISTORICOS-DINAMICOS DESCONOCIDOS PARA MI. DEBO OBTENER MÁS DATOS SI TENGO QUE OCUPARME DEL PROBLEMA.

Una sensación de alarma invadió a Dill. ¿Sospechaba algo Vulcan III?

—Le facilitaremos todos los datos tan pronto sea posible.

—PARECE PRODUCIRSE UNA DEFINIDA BIFURCACIÓN DE LA SOCIEDAD. ASEGÚRESE DE QUE SU INFORME ACERCA DE LOS SISTEMAS EDUCATIVOS ES COMPLETO. NECESITO TODOS LOS HECHOS SIGNIFICATIVOS.

Tras una breve pausa, Vulcan III añadió:

—TENGO LA SENSACIÓN DE QUE SE ACERCA UNA CRISIS.

—¿Qué clase de crisis? —preguntó Dill nerviosamente.

—IDEOLOGÍA. UNA NUEVA ORIENTACIÓN PARECE ESTAR ADQUIRIENDO FORMA VERBAL. UNA ACTITUD DERIVADA DE LA EXPERIENCIA DE LAS CLASES INFERIORES. RUMIANDO SU INSATISFACCIÓN.

—¿Insatisfacción? ¿Por qué?

—ESENCIALMENTE, LAS MASAS RECHAZAN EL CONCEPTO DE ESTABILIDAD. EN TÉRMINOS GENERALES, LOS QUE NO POSEEN BIENES SUFICIENTES PARA ESTAR FIRMEMENTE ARRAIGADOS, ESTÁN MÁS INTERESADOS EN LA GANANCIA QUE EN LA SEGURIDAD. PARA ELLOS, LA SOCIEDAD ES UNA AVENTURA. UNA ESTRUCTURA EN LA CUAL ASPIRAR A ALZARSE A NIVELES SUPERIORES DE PODER. UNA SOCIEDAD ESTABLE, RACIONALMENTE CONTROLADA, DEFRAUDA SUS DESEOS. EN UNA SOCIEDAD INESTABLE Y SUJETA A MUDANZAS, LAS CLASES INFERIORES TIENEN UNA POSIBILIDAD DE ASCENDER AL PODER. FUNDAMENTALMENTE, LAS CLASES INFERIORES SON AVENTURERAS Y CONCIBEN LA VIDA COMO UN JUEGO, MÁS QUE COMO UNA TAREA. UN JUEGO CUYA PUESTA ES EL PODER SOCIAL.

—Muy interesante —murmuró Dill.

—LA INSATISFACCIÓN DE LAS MASAS NO ESTÁ BASADA EN LA INFERIORIDAD ECONÓMICA, SINO EN UNA SENSACIÓN DE INEFICACIA. SU OBJETO FUNDAMENTAL NO ES UN AUMENTO DEL NIVEL DE VIDA, SINO LA ADQUISICIÓN DE MÁS PODER SOCIAL. DEBIDO A SU ORIENTACIÓN EMOCIONAL, SE PONEN EN PIE Y ACTÚAN CUANDO UN CAUDILLO CON PERSONALIDAD CONSIGUE COORDINARLAS EN UNA DISCIPLINADA UNIDAD, REUNIENDO EN UN SOLO HAZ SUS CAÓTICOS Y DISPERSOS ELEMENTOS.

Dill permaneció silencioso. Era evidente que Vulcan III había digerido los datos que le habían sido facilitados y había extraído unas incómodas conclusiones. A pesar de no disponer

de datos directos acerca de los Curadores, Vulcan III era capaz de deducir, partiendo de principios históricos generales, los conflictos sociales en desarrollo. La frente de Dill quedó empapada en sudor; estaba tratando con una mente poderosísima..., más poderosa que la de cualquier hombre o la de cualquier grupo de hombres.

—Apresuraré la inspección de los sistemas educativos —murmuró—. ¿Necesita algo más?

—EL INFORME ESTADISTICO ACERCA DE LA LINGÜISTICA RURAL NO HA LLEGADO. ¿POR QUÉ? ESTABA A CARGO DE LA SUPERVISIÓN PERSONAL DEL SUBDIRECTOR PITT.

Dill ahogó una exclamación. ¡Santo cielo! Vulcan III no omitía un solo detalle.

—Pitt sufrió un accidente —dijo en voz alta, mientras su cerebro pensaba desesperadamente—. Su coche sufrió un despiste en una carretera de las montañas de Colorado.

—EL INFORME PUEDE SER COMPLETADO POR OTRA PERSONA. LO NECESITO. ¿FUERON GRAVES LAS HERIDAS?

Dill vaciló.

—En realidad, no hay grandes esperanzas de que viva. Dicen...

—¿POR QUÉ HAN MUERTO TANTAS PERSONAS DE LA CLASE T DURANTE EL PASADO AÑO? QUIERO MAS INFORMACIÓN ACERCA DE ESTO. SEGÚN MIS ESTADÍSTICAS, SOLO UNA QUINTA PARTE DE ESAS PERSONAS HAN FALLECIDO POR CAUSAS NATURALES. ALGUN FACTOR VITAL ESTA FALLANDO. NECESITO MÁS DATOS.

—De acuerdo —murmuró Dill—. Le facilitaremos más datos; todos los que desee.

—ESTOY PENSANDO EN LA POSIBILIDAD DE CONVOCAR UNA REUNION ESPECIAL DEL CONSEJO DIRECTIVO. QUIERO INTERROGAR PERSONALMENTE A LA PLANTILLA DE DIRECTORES.

—¿Qué? Pero...

—NO ESTOY SATISFECHO DEL SISTEMA DE SUMINISTRO DE DATOS. VOY A PEDIR QUE LE SUSTITUYAN A USTED Y QUE SE ESTABLEZCA UN NUEVO SISTEMA DE SUMINISTRO.

Dill abrió la boca y volvió a cerrarla. Temblando visiblemente, se encaminó hacia la puerta.

—A menos que desee usted algo más, voy a regresar a Ginebra.

—NADA MÁS. PUEDE USTED MARCHARSE.

3

Dill ascendió a la superficie sumido en negros pensamientos. Las cosas se estaban poniendo feas. Si el cerebro electrónico sospechaba lo que estaba ocurriendo...

Mientras su nave rugía sobre Europa, Dill se sintió invadido por siniestros presagios: Curadores en todas partes, en todas las ciudades y pueblos; figuras vestidas de color parduzco y calzadas con sandalias moviéndose entre la multitud, en las angostas calles y carreteras, en las plazas y alrededor de los antiguos edificios. Sus rostros hostiles se alzaban silenciosamente para contemplar el paso de la nave. Rostros intensos. Hombres de rasgos pétreos que se detenían con las manos en las caderas, contemplándole rencorosamente mientras regresaba a su oficina. En un campo de labor, un labriego agitó su puño; los obreros de una mina interrumpieron su trabajo y contemplaron el paso de la nave con expresión sombría. Dill era odiado. Todos los miembros de la Unidad eran odiados. Y ahora, Vulcan III sospechaba de él, por añadidura. Era odiado e inspiraba sospechas desde arriba y desde abajo. Todo iba cerrándose a su alrededor por todas partes. Estaba cansado..., y estaba solo, sin nadie a quien volverse...

Al cabo de unos días el Director William Barris recibió el formulario que le había sido devuelto. En su parte inferior había una anotación: Indebidamente cumplimentado. Falta el número de identificación.

Barris tiró el formulario sobre su escritorio y se puso en pie. Se acercó a la telepantalla.
—Póngame con el Mando de la Unidad en Ginebra.

Apareció el monitor de Ginebra.
—¿Diga?

Barris blandió el formulario ante la pantalla.
—¿Quién ha devuelto esto? ¿Quién ha hecho esta anotación? ¿El jefe del equipo de alimentación?
—No, señor. —El monitor consultó unos datos—. Fue el Director General en persona.
—¡Dill!

Barris tembló de rabia.
—¡Quiero hablar inmediatamente con Dill!
—El Director Dill se encuentra en una reunión. No puede ser molestado.

Barris desconectó la pantalla furiosamente. Durante unos instantes permaneció en pie, pensando. De repente volvió a conectar la pantalla.
—Póngame con el aeródromo. Dese prisa.

Al cabo de un momento apareció el monitor de la torre del aeródromo.
—¿Diga?
—Aquí, Barris. Preparen inmediatamente una nave de primera clase.
—¿Para ir a dónde, señor?
—A Ginebra. —Barris apretó firmemente la mandíbula—. Tengo una cita con el Director General Dill.

Y añadió para sus adentros:
—Le guste o no le guste a Dill.

Barris cruzó la barrera de oficinistas y secretarias que defendían el acceso al despacho del Director General. Sus galones de Director eran un convincente argumento. Se abrió la última puerta... y Barris se encontró delante de Dill.

Jason Dill alzó la mirada lentamente, apartando a un lado un montón de informes.
—¿Quién es usted?
—William Barris. —Barris cerró la puerta del despacho detrás de él—. Deseo hablar con usted.

Dill enarcó las cejas.
—Rellene un formulario, solicitando una entrevista; sabe usted perfectamente...

Barris le interrumpió.
—¿Por qué ha devuelto usted mi formulario de preguntas? ¿Está escamoteándole información a Vulcan III?

Silencio.

El color abandonó el rostro de Dill.
—Su formulario no estaba debidamente cumplimentado. De acuerdo con el Apartado Seis, Artículo 10, del Reglamento de la Unidad...
—Está usted impidiendo que Vulcan III reciba determinados informes; por eso no se define acerca de ellos. —Barris contempló fríamente al Director General—. ¿Por qué? Es absurdo. Y, además, un delito. ¡Traición! Boicotear la información, falsificar deliberadamente los datos... Puedo hacer que le detengan. —Se inclinó hacia Dill—. ¿Está tratando de aislar a Vulcan III ¿Está...?

Se interrumpió. Dill le estaba apuntando con un lápiz de rayos, con una expresión desesperada en los ojos.

—Ahora, cállese, Barris —ordenó con voz ronca—. Siéntese y escuche.

Barris obedeció.

Dill abrió la boca un par de veces, como un pez recién salido del agua que trata de llenar sus pulmones de aire. Su rostro estaba gris; en su arrugada frente brillaba el copioso sudor.

—¿Quiere usted saber por qué estoy escamoteándole datos a Vulcan III? —Introdujo la mano izquierda en uno de sus bolsillos, sin dejar de apuntar a Barris con el lápiz de rayos—. Mire esto.

Dejó caer dos paquetitos encima del escritorio.

Barris recogió los paquetes y empezó a desliarlos con grandes precauciones.

—¿Qué hay aquí? —preguntó.

—Cintas magnetofónicas. Supongo que no estará usted familiarizado con ellas. Vulcan II no respondía en una pantalla visual; grababa sus respuestas en una cinta.

—Y estas cintas, ¿proceden de Vulcan II?

—Efectivamente. Son las últimas cintas; sus últimas respuestas.

Barris reaccionó violentamente.

—¿Acaso ha sido destruido Vulcan II?

—Hace quince meses.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Aplastado. Sistemáticamente destruido. Ignoro los motivos, aunque debe de haber alguno.

—¿Los Curadores?

—Pueden haber imaginado que se trataba de Vulcan III... De un cajón de su escritorio sacó un pequeño magnetófono.

—Permítame...

Cogió una de las cintas y la colocó en el aparato. Se oyó un zumbido y luego tina voz metálica, impersonal.

»...ese Movimiento puede ser más importante de lo que parece a simple vista..., es evidente que el movimiento va dirigido contra Vulcan III y no contra los cerebros electrónicos en general... hasta que haya podido digerir todos los aspectos de la información, sugiero que Vulcan III no sea informado del asunto...

—Le pregunté por qué —dijo Dill—. Aquí está la respuesta.

Colocó la segunda cinta en el magnetófono.

»...teniendo en cuenta la diferencia básica entre Vulcan III y los anteriores cerebros electrónicos... sus decisiones son algo más que simples evaluaciones de datos objetivos..., fundamentalmente, está creando una política del más alto nivel... Vulcan III se ocupa de problemas teleológicos... el significado de todo esto no puede ser deducido inmediatamente..., necesito más tiempo para estudiarlo...

—Esa fue la última cinta —dijo Dill.

—¿No le hizo usted más preguntas?

—Aquella misma noche fue destruido.

Dill recogió las cintas y volvió a metérselas en el bolsillo.

—De modo que escamotea usted los datos, atendiendo a la sugerencia de Vulcan II... Y lo ha estado haciendo durante quince meses.

—Sí, aproximadamente.

—¿Sin saber por qué?

Dill vaciló; dio unos golpecitos con su lápiz de rayos sobre el escritorio, con nerviosismo.

—En primer lugar, tiene usted que comprender la clase de relación que me unía a Vulcan II. Siempre habíamos trabajado juntos. Vulcan II era limitado, desde luego. Comparado con Vulcan III, era anticuado. No hubiera podido ocupar la posición que actualmente ocupa Vulcan III... decidiendo la política a seguir en todas las cuestiones.

—Tal como dice en la cinta.

—Vulcan II era un cerebro electrónico antiguo; necesitábamos un instrumento más acabado para decidir los problemas básicos. Vulcan II quedó relegado a un segundo término. Pero yo siempre acudía a él cuando creía que podía contestar a mis preguntas. Estaba... encariñado con él, ¿comprende? Y me había acostumbrado a él, también. Hicimos juntos toda la Guerra y nunca me defraudó, dentro de los límites de su capacidad.

—Y, ahora, el Vulcan II ha sido destruido —murmuró Barris—. Resulta increíble pensar que ha mantenido usted esa política durante quince meses. Más de un año.

—Vulcan II fue destruido antes de que pudiera facilitarme más información. Y yo seguí actuando de acuerdo con sus últimos consejos... —Dill se mordió el labio inferior—. Pero, no es eso todo. Vulcan III me ha amenazado con convocar una reunión del consejo para... destituirme.

Barris le miró asombrado.

—¿Eso ha hecho?

Los ojos de Dill estaban llenos de temor.

—La verdad, Barris, es que le tengo un pánico atroz. —El lápiz de rayos se deslizó de su mano, resbaló sobre el escritorio y cayó al suelo—. Me encuentro entre la espada y la pared. Por un lado, los Curadores, y por otro esa maldita pesadilla suspendida sobre mi cabeza. Temo a Vulcan III, Barris; es más complicado de lo que imaginamos. Temo lo que pueda hacer..., lo que es capaz de hacer. Es peligroso... y Vulcan II lo sabía.

Barris se detuvo junto a la puerta, contemplando las polvorientas ruinas que llenaban la estancia. Los silenciosos montones de metal y las piezas retorcidas, formando una masa amorfa.

—No ha quedado mucho —dijo, finalmente.

—El que atacó a Vulcan II sabía exactamente lo que tenía que hacer; todo el sistema de cables está destruido, sin reparación posible.

—¿Ha mantenido usted en secreto esta información? ¿La conoce alguien?

—Absolutamente nadie. Todos los Directores Suponen que Vulcan II ha sido puesto fuera de servicio, simplemente. Yo era la única persona que le consultaba.

Barris se inclinó a recoger un puñado de cables fundidos y tubos.

—¿Ha intentado reconstruir esto?

—¿El cerebro electrónico? Como ya le he dicho, la destrucción era tal...

—Los tubos —Barris alzó un tubo cuidadosamente—. La envoltura ha desaparecido, desde luego, pero los elementos interiores parecen intactos.

—¿Cree usted...?

—Este tipo de cerebro electrónico almacena sus datos en forma de cargas eléctricas polarizadas permanentemente a través de los elementos de esos tubos. Tal vez consigamos reactivar a Vulcan II lo suficiente como para reconstruir su teoría.

—¿Quiere usted decir que puede tener aún algunas partes..., vivas?

—¿Vivas? Mecánicamente intactas. Partes que pueden ponerse de nuevo en funcionamiento. Me gustaría saber lo que opinaba Vulcan II antes de ser destruido. Sería interesante descubrir las conclusiones a que había llegado acerca de Vulcan III.

—Me encargaré de que un grupo de mecánicos examine cuidadosamente todo esto y vea lo que puede hacerse. Le enviaré a usted una videofoto de su informe.

Barris sonrió.

—¿De veras? Toda su historia depende de Vulcan II. Usted dice que Vulcan II le dio instrucciones; tal vez lo hizo., o tal vez no. —Barris recogió otros dos tubos aplastados y los unió a los que tenía en la mano—. En lo que a mí respecta, es usted un traidor hasta que se

demuestre lo contrario. Esas cintas pueden ser falsas. Tal vez fue usted quien destruyó a Vulcan II.

—¿Yo? Pero...

—Hasta que disponga de más elementos de juicio, consideraré su historia como una hipótesis metafísica en espera de hechos empíricos que la justifiquen.

Arrancó un trozo de cable retorcido.

—¿Qué está usted haciendo?

—Voy a llevarme estos tubos y haré que los examinen mis propios mecánicos; me pondré en contacto con ellos desde mi nave. —Barris contempló seriamente a Dill—. A partir de ahora, mi oficina se encargará de esto. Le daré a conocer los resultados que obtengan. —Se puso en pie—. Será interesante saber lo que dice Vulcan II, suponiendo que consigamos reconstruir estos tubos.

Barris regresó a Nueva York inmediatamente después de que los restos de Vulcan II fueron sacados de la fortaleza subterránea y cargados en una Unidad de transporte norteamericana. Mientras cruzaban el Atlántico, Barris estableció contacto con Cartwrigth y le ordenó que dispusiera el envío de una patrulla al aeropuerto para hacerse cargo de los restos y de los mecánicos encargados de trabajar en ellos.

Cartwrigth tenía noticias: el poder de los Curadores iba en aumento; se habían producido nuevos atentados; una parte cada vez más importante de la población obedecía sus instrucciones. Cartwrigth no había podido —o no había querido— detener al Padre Fields. El macizo rostro había sido fotografiado a menudo, en las proximidades de una muchedumbre enfurecida, dirigiendo tranquilamente sus actividades mientras caían sobre algún miembro de la clase T.

Los Curadores estaban tratando de localizar a Vulcan III. Pero sólo unos cuantos hombres sabían dónde se encontraba. Entretanto los asesinatos y las destrucciones continuaban, los Curadores reunían sus fuerzas, preparándose para un ataque en masa a la Unidad. Un ataque que podía producirse en cualquier momento.

La Unidad controlaba el mundo... o, mejor dicho, una delgada corteza, un filete de la superficie. Dentro, en las fundidas Profundidades, las violentas corrientes emotivas ascendían y volvían a caer, mostrándose en ominosas ondulaciones que surgían a través de la corteza.

La Unidad gobernaba desde el plano más elevado; en un plano algo inferior operaba la influencia de la clase T, uniformada de gris, hasta que finalmente, en el fondo, el control racional se perdía en la homogénea masa de oficinistas, dependientes, camareros, conductores de autobús, amas de casa, obreros manuales..., hombres y mujeres anónimos que no podían ser distinguidos unos de otros.

Debajo de la nave de Barris estaba aquel mundo, el mundo de las masas indiferenciadas..., la horda de seres humanos que odiaba a la Unidad, que odiaban todo control racional, el elaborado sistema de expertos, técnicos, directorios y departamentos.

Cerca de Boston, un grupo de chiquillos dejó de jugar y permaneció en silencio mientras la nave de Barris volaba sobre sus cabezas. Barris vio interminables hileras de rostros vueltos hacia arriba..., rostros llenos de odio y de rencor, siguiendo con la mirada el vuelo de las naves de la Unidad. La mayoría de las ciudades pequeñas estaban en manos de los Curadores..., y todo el campo, las grandes y las aldeas y las zonas rurales. Las grandes ciudades eran islas, fortalezas, pero también en ellas estaban los Curadores. Y con ellos el odio hacia la Unidad.

Incluso en Nueva York hacían acto de presencia. Barris vio una procesión de Curadores, con sus túnicas pardas, desfilando por una calle del Bowery, solemnes y dignos en sus toscas vestimentas. La multitud les contemplaba con respetuosa admiración. En otra calle había un

automóvil de la Unidad destruido por la multitud después de asesinar a su ocupante. Como le había sucedido a Pitt. Inscripciones hechas con alquitrán en las paredes. Consignas.

Mientras su nave descendía para aterrizar, Barris pudo verles alrededor de su propia oficina. En las esquinas de la calle, un Curador estaba arengando a una multitud, de pie sobre una improvisada plataforma. Rostros encendidos, palabras llameantes. Banderas. Y la multitud engrosaba.

Siempre más. Atraídos como por un imán por los hombres de túnicas pardas que prometían el derrumbamiento del odiado sistema, el retorno de los antiguos tiempos. Los Curadores empujaban al género humano hacia atrás, arrastrándole hacia el pasado, con su mezcla de mito, sueño y leyenda.

Y, frente a todo aquello, la estructura racional y científica de la Unidad: la sociedad del presente. Ciencia, ley y control de la naturaleza. Clase T, el cuerpo de adiestrados expertos, especialistas en campos claramente definidos. Una sociedad científica, en posesión de técnicas y métodos racionales, controlando y manteniendo eficazmente la ley y el orden. Gobernando racionalmente el planeta a través de sus elaboradas redes de oficinas, Directorios, Subdirectorios, organismos de investigación estadística, y el numeroso ejército de técnicos y empleados.

El jefe de los mecánicos informó a Barris al cabo de unos días.

—Primeros informes acerca del trabajo de reconstrucción Mr. Barris —informó Smith.

—¿Algún resultado?

—Poca cosa; la mayoría de los tubos estaban materialmente destrozados. Sólo quedó intacta una parte del almacén de datos.

Barris se puso rígido.

—¿Han descubierto algo importante?

En la pantalla, el rostro de Smith continuó tan inexpresivo como antes.

—Unas cuantas cosas, creo; si se deja usted caer por aquí, le enseñaré lo que hemos hecho.

Barris cruzó Nueva York y se dirigió a los laboratorios de la Unidad. Los centinelas le obligaron a identificarse antes de permitirle el paso. Encontró a Smith y a sus hombres atareados alrededor de un montón de piezas ensambladas provisionalmente.

—Aquí está —dijo Smith.

—Parece distinto.

—Hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance para reconstruir los elementos averiados —explicó Smith—. Y hemos instalado un sistema auditivo para recoger lo que quedaba en el almacén de datos. Datos fragmentarios, por supuesto. Escuche...

Smith conectó el altavoz. Se oyó un zumbido y una serie de sonidos roncacos. El jefe de los mecánicos manipuló en los mandos.

—Dentro de unos instantes se oirá mejor —aseguro Smith.

—De acuerdo. Ajuste bien los mandos y veré lo que puedo captar.

Smith y sus hombres se marcharon. Barris se acercó más al altavoz. Perdidos entre la niebla de sonidos, había débiles rastros de palabras. Barris aguzó el oído.

»...bifurcación progresiva de elementos sociales de acuerdo con nuevas pautas anteriormente., agotamiento de formaciones minerales no plantea ya el problema que se presentó durante la...

Vulcan II no era consciente; como un disco fonográfico, aquellos impulsos eran helados, muertos. Aquellas afirmaciones eran antiguas, correspondían al pasado. Vulcan II no funcionaba desde hacía mucho tiempo. Lo que surgía a través del altavoz había sido almacenado hacía muchos años, cuando el cerebro electrónico funcionaba normalmente.

»...determinados problemas de identidad anteriormente objeto de conjeturas y nada mas... necesidad vital de comprender los factores integrales implicados en la transformación del simple conocimiento a la plena identidad...

Barris encendió un cigarrillo y escuchó. Las frases fragmentarias surgían por el altavoz, mezcladas con el incesante zumbido de los parásitos.

Transcurrió el tiempo. Barris seguía esperando.

De repente, todo su cuerpo se tensó.

»...este proceso se encuentra ampliamente desarrollado en el III... si las tendencias puestas de manifiesto en el I y en el II continúan evolucionando, podría plantearse la necesidad de omitir ciertos datos..."

Las palabras se apagaron. Barris pegó su oído al altavoz. Al cabo de unos instantes, las palabras se hicieron de nuevo audibles.

»...el Movimiento activaría demasiadas tendencias inconscientes... posiblemente, III no se ha dado cuenta todavía de ese proceso... información sobre el Movimiento podría crear una situación crítica en la cual III podría empezar a...

Barris profirió una exclamación. Las palabras habían vuelto a apagarse. Rabiosamente, tiró el cigarrillo y esperó, lleno de impaciencia. Dill le había dicho la verdad, indudablemente... Se inclinó hacia el altavoz, esforzándose en captar cada una de las palabras.

»...la aparición de facultades cognoscitivas operando a un alto nivel demuestra el ensanchamiento de la personalidad, superando lo estrictamente lógico... III difiere fundamentalmente en la manipulación de valores irracionales de un tipo definitivo..., construcción incluidos factores reforzados y acumulativos que permiten a III llegar a conclusiones esencialmente asociadas a elementos que no son mecánicos ni... sería imposible que III funcionara a ese nivel sin una facultad creadora más bien que analítica..., tales juicios no pueden ser emitidos a un nivel puramente lógico... el ensanchamiento de III en niveles dinámicos crea una entidad completamente nueva, incomprensible en términos conocidos hasta ahora...

Por un instante, el altavoz permaneció en silencio. Luego, las palabras volvieron a fluir con una especie de rugido.

»...nivel de operación no puede ser concebido de otro modo... si la construcción real de III es ésta... III está vivo en esencia...

¡Vivo!

Barris se estremeció. Las palabras siguieron fluyendo, ahora apenas audibles.

»...con la voluntad positiva de orientar a seres vivientes... en consecuencia, III, al igual que cualquier otro ser viviente, está básicamente preocupado por la supervivencia... conocimiento del movimiento podría crear una situación en la cual la necesidad de supervivencia induciría a III a... el resultado podría ser catastrófico... ser evitado en... a menos que... III... si...

Silencio.

Barris salió precipitadamente de la estancia. Después de ordenar a Smith que no permitiera la entrada a nadie y que colocara centinelas armados en la puerta, regresó a su oficina.

Dill le había dicho la verdad..., pero esto había dejado de tener importancia. Ahora habían surgido a la superficie los motivos de Vulcan II, motivos que Dill ignoraba. Vulcan III no funcionaba sobre una base analítica lógica; su "personalidad" se había ensanchado, había alcanzado niveles nuevos. Si Vulcan II estaba en lo cierto, si un impulso de supervivencia se había desarrollado en la enorme máquina...

Dill había captado la amenaza de Vulcan III, y otros la habían captado: millones de hombres y mujeres corrientes, todo el Movimiento de los Curadores.

Vulcan II había sido destruido para que no pudiera continuar asesorando a Dill. Era evidente que Vulcan III había destruido al II. ¿Estaba enterado Vulcan III de la existencia de los Curadores?

Barris se estremeció. El género humano en manos de una máquina. Más que una máquina. Un gigantesco ser viviente, dueño de todos los conocimientos acumulados por el hombre, un enorme organismo pensante. Pensante... y sensible.

Vulcan III era algo más que una máquina, algo más que un cerebro electrónico; estaba vivo. Y, en su calidad de cosa viviente, tenía voluntad y deseo de sobrevivir. ¿Qué ocurriría cuando descubriera que millones de hombres y mujeres estaban organizados contra él?

¿Qué haría cuando descubriera que existía un Movimiento con el exclusivo propósito de destruirle? ¿Que desde hacía dos años estaba tratando de llegar hasta él?

¿Qué podría hacer?

Barris llegó a su oficina. Su telepantalla de circuito cerrado emitía una frenética señal; la conectó rápidamente.

—¡Barris! —gritó el aterrorizado rostro de Dill—. ¿Dónde diablos estaba?

—Con los restos de Vulcan II. Mis mecánicos consiguieron reconstruir algunos de sus elementos. He podido comprobar la historia que usted me contó... y algo más. Conozco los motivos de Vulcan II. Sé lo que...

—¡Escuche, Barris! —gritó Dill—. ¡Ha sucedido!

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—Lo que había estado temiendo; finalmente se ha producido. Sabía que no podría evitarlo durante mucho más tiempo. Escúcheme, Barris: Vulcan III ha obtenido la información... acerca de los Curadores. Larson se la suministró.

—¿Está usted seguro?

Dill estaba temblando de terror.

—Vulcan III ha convocado urgentemente al consejo. Todos los Directores. Para destituirme... y juzgarme por traición... Necesito su ayuda, Barris. Vulcan III lo sabe todo acerca de mí... y acerca de los Curadores.

Barris cortó la comunicación, y llamó al aeródromo.

—Preparen inmediatamente mi nave. Y dos patrullas armadas. Puedo verme en dificultades.

Salió de su oficina para dirigirse al aeródromo. Al salir del edificio de la Unidad, adquirió repentina conciencia de un sonido. Un murmullo semejante al rugido del mar.

Una enorme muchedumbre avanzaba a lo largo de la calle, una masa de hombres y mujeres que crecía a cada instante. Y entre ellos había varias figuras vestidas con túnicas pardas y calzadas con sandalias.

Los Curadores... avanzando hacia el edificio de la Unidad.

William Barris penetró en el edificio del Mando de la Unidad en Ginebra, rodeado de hombres armados. Encontró a Jason Dill en la parte exterior del salón de sesiones.

—¡Dios mío! —murmuró Dill—. Creí que no iba a llegar usted nunca.

—Los Curadores se están moviendo; he tenido dificultades para venir. La policía está movilizada, pero no confío demasiado en Cartwigh.

Dill estaba rodeado por su propia guardia personal. Tenía aspecto de agotamiento; estaba pálido y respiraba penosamente.

—Veo que se ha traído usted protección. El consejo está a punto de reunirse. La mayoría de los Directores ya han llegado. ¿Cuántos hombres se ha traído?

—Sesenta.

—¿Puede obtener alguno más?

—No. El resto se ha agregado a la policía. Los Curadores están atacando abiertamente los edificios de la Unidad en Norteamérica.

—También aquí. Sesenta hombres. Y yo dispongo de unos doscientos. Con el resto no podemos contar.

—Cuénteme exactamente lo que ha sucedido.

—Esta mañana, a las ocho, he recibido un informe urgente de un agente secreto que trabajaba en el equipo de alimentación. Larson había empezado a suministrar a Vulcan III parte del material que yo había rechazado. Me encaminé rápidamente a la fortaleza, pero era demasiado tarde. Los datos estaban ya en poder de Vulcan III.

—¿Por qué hizo Larson eso?

—No lo sé. Cuando llegué allí..., estaba muerto.

—¡Muerto!

—El informe del agente decía que Larson estaba aterrorizado. Algo había sucedido. —Dill se pasó una mano temblorosa por la frente—. No lo comprendo. Vulcan III tiene algo. Puede hacer cosas; no es inofensivo, como habíamos creído hasta ahora.

—Destruyó a Vulcan II.

Dill se estremeció.

—Eso creo yo también. Pero, ¿cómo? Estaban separados por seis pisos. Y Vulcan III no puede moverse... ¿Tendrá hombres que trabajan para él?

—¿Cómo murió Larson?

—Le golpearon brutalmente. Le aplastaron la cabeza con algún objeto duro. Los Directores opinan que fueron los Curadores. O... —los ojos de Dill reflejaron un intenso pánico—. O yo.

—¿Fue usted?

—¡Desde luego que no!

—Esto es más grave de lo que imaginaba. Vulcan III tiene ramificaciones de alguna clase. Me pregunto si...

En aquel momento se oyó el imperioso tañido de una campana.

—La reunión. —Dill echó andar con paso vacilante en dirección a la puerta del salón de sesiones—. Vulcan. III envió a cada uno de los Directores una orden de comparecencia y un resumen de lo que había sucedido. Una descripción de mi traición... Cómo falsifiqué los datos y tendí una cortina entre él y la Unidad.

Barris asintió.

—Todos nosotros nos hemos preguntado por qué Vulcan III no se ha referido para nada a los Curadores.

—De modo que ahora lo sabe usted todo. Vamos, la reunión está a punto de empezar.

—¿Quién hablará por Vulcan III?

—Reynolds, de la Europa Oriental. Vulcan III le escogió como fiscal de la Unidad. Contra mí.

—Reynolds... Le he visto.

—Vulcan III le ha facilitado una detallada información.

—Dill abrió y cerró los puños—. Estoy perdido; Reynolds siempre fue un hombre ambicioso.

—¿Sabe Reynolds que actuaba usted siguiendo los consejos de Vulcan II?

—Lo ignoro. —La esperanza aleteó un momento en el rostro de Dill—. ¿Cree que puedo intentar defenderme en ese terreno? Estaba tratando de cumplir con mi deber. Vulcan II me sugirió que escamoteara toda aquella información.

—Lo que he sabido a través de Vulcan II es mucho más grave que su situación personal, Dill. De acuerdo con su teoría...

—¿Su teoría?

—...Vulcan III está... vivo, con la voluntad de un ser viviente, el instinto de crecer y sobrevivir. No es un cerebro electrónico racional. Todas las cosas vivientes son supraracionales, automáticamente; Vulcan. III es un inmenso organismo viviente.

—Comprendo. Ha adquirido una..., personalidad. —Dill parecía más asustado incluso que antes—. ¿Qué cree usted que hará?

—No tardaremos en saberlo. —Barris entró en el amplio salón, escoltado por sus hombres—. Deme usted las cintas..., las cintas del Vulcan II.

Dill se las entregó.

—Aquí están. Pero por el amor de Dios, tenga cuidado con ellas.

El salón estaba casi lleno; cada uno de los veintitrés Directores iba acompañado de su estado mayor y de su guardia personal. Edwards Reynolds ocupaba la presidencia. Era un hombre alto y robusto, de anchos hombros y poderoso pecho. Tenía treinta y dos años; había ascendido rápida y eficazmente. Por un instante, sus fríos ojos azules se posaron en Dill y en Barris.

—La sesión va a empezar —anunció—. El Director Barris puede ocupar su escaño. —Señaló a Dill—. Usted, acérquese.

Dill avanzó hacia la plataforma, rodeado por su escolta.

Subió los peldaños de mármol con paso vacilante y ocupó un asiento enfrente de Reynolds. Barris había permanecido en pie, sin moverse.

—Ocupe su escaño —le ordenó bruscamente Reynolds.

Barris avanzó a lo largo del pasillo.

—¿Cuál es el objeto de esta reunión? ¿Con qué autoridad ocupa usted la presidencia?

Un murmullo se elevó del auditorio. Todos los ojos estaban clavados en Barris. Los Directores no las tenían todas consigo; algo estaba ocurriendo. Dill había sido destituido..., acusado de traición. La inmensa estructura de la Unidad, los interminables departamentos y oficinas, estaban tambaleándose peligrosamente... y en el exterior, reuniéndose para un ataque final, se encontraba el Movimiento de los Curadores.

Reynolds agitó una circular.

—¿Acaso no ha recibido usted la notificación? Todos los Directores fueron advertidos por Vulcan III del objeto de esta reunión.

Barris se detuvo delante de la plataforma.

—Lo que yo pregunto es si esta reunión es legal; lo que niego es su derecho a darle órdenes al Director General Dill. —Barris subió a la plataforma—. Esto parece una descarada tentativa de apartar a Dill a un lado y apoderarse del poder.

El murmullo se convirtió en un rugido de excitación. Reynolds esperó que se apagara.

—Este es un momento crítico —dijo, tranquilamente—. El Movimiento revolucionario de los Curadores nos está atacando en todo el mundo; su objetivo es el de llegar hasta Vulcan III y destruir la estructura de la Unidad. El objeto de esta reunión es el de juzgar a Jason Dill como agente de los Curadores..., un traidor trabajando contra la Unidad. Dill escamoteó deliberadamente información a Vulcan III. Impidió que Vulcan III pudiera actuar contra los Curadores.

Los fríos ojos azules de Reynolds recorrieron el salón.

—Jason Dill ha estado trabajando en favor de los Curadores durante más de un año. Ha inutilizado a Vulcan III durante todo ese tiempo, permitiendo que los Curadores actuaran libremente.

John Chai, de Asia Meridional, se puso en pie.

—¿Qué tiene usted que decir, Barris? ¿Es eso cierto?

Edgar Stone, de África Oriental, se unió a Chai.

—Nuestras manos han estado atadas; hemos permanecido impotentes, viendo cómo crecían los Curadores. Dill ha impedido que la Unidad actuara.

Alex Henderson, de América Central, se puso en pie.

—¿Cuál es su respuesta, Barris? ¿Es cierto lo que ha dicho Reynolds?

Barris le entregó las cintas.

—Antes de seguir adelante, convendría que oyera usted esto.

—Cintas... —murmuró Henderson—. ¿De dónde proceden?

—De Vulcan II; Dill actuaba de acuerdo con sus instrucciones.

—Pero, ¿por qué?

—Vulcan III no es una máquina. Está vivo.

—¿Vulcan III asesinó a Larson! —gritó Dill excitadamente—. ¡Trató de destruir a Vulcan III! ¡Nos matará a todos!

Los Directores se habían puesto en pie, hablando atropelladamente. Reynolds era el único que no había perdido la calma.

—¿Qué está usted diciendo? Vulcan III es un cerebro electrónico racional.

—Es un organismo viviente —replicó Barris—, con los impulsos de un organismo viviente..., impulsos de supervivencia.

—Absurdo —respondió Reynolds.

—Dill no tiene nada que ver con los Curadores; actuó siguiendo instrucciones de Vulcan II. Vulcan. II temía lo que podía ocurrir si Vulcan III se enteraba de la existencia de los Curadores.

Reynolds sonrió desdeñosamente.

—Dill ha estado en contacto permanente con los Curadores.

—¡Mentira! —gritó Dill.

Reynolds señaló hacia abajo.

—En el tercer piso subterráneo de este edificio se encuentra el enlace de Dill con los Curadores.

—¿Enlace? —Barris se sintió repentinamente alarmado—. ¿De qué está usted hablando?

Los azules ojos de Reynolds brillaron con una expresión de triunfo.

—La hija del Padre Fields: el enlace de Dill con el Movimiento. Marion Fields se encuentra en este edificio.

Barris se movió rápidamente; hizo una seña a los hombres de su escolta y se unió a Dill en la plataforma.

—Reynolds debe de tener espías en todas partes —murmuró Dill, aterrorizado—. Traje a la muchacha aquí para interrogarla. Juro que nunca...

—No, Reynolds no tiene espías, sino Vulcan III. —Barris empuñó su lápiz de rayos—. Tendremos que luchar. ¿Vale la pena?

—¿Luchar? Yo...

—Vulcan III estaba preparado. La apuesta es todo un mundo, y Vulcan III no renunciará voluntariamente a ella. Nuestra única posibilidad es salir en seguida de aquí... y organizarnos.

—¡Alto! —gritó Reynolds—. ¿Qué está usted haciendo? ¡Sabe usted perfectamente que su actitud es ilegal!

—Vamos —dijo Barris—, tenemos que salir de aquí.

Todos los Directores se habían puesto en pie. Reynolds estaba dando frenéticas órdenes a los soldados de la Unidad, situándoles entre Barris y la puerta.

—¿Están ustedes detenidos! ¡Tiren sus armas y ríndanse! ¡No pueden desafiar a la Unidad!

John Chai se acercó a Barris.

—No puedo creerlo..., usted y Dill traidores, en unos momentos como los actuales, con esos dementes Curadores atacándonos...

Alex Henderson elevó su voz por encima del barullo general.

—¡Escúchenme! Tenemos que defender a la Unidad; tenemos que hacer lo que Vulcan III nos ordena. En caso contrario, seremos aplastados.

—Tiene razón —dijo Chai—. Los Curadores nos destruirán, sin Vulcan III. Tenemos que obedecerle; toda la estructura de la Unidad depende de él.

—¡Vulcan III es un asesino! —gritó Barris—. Mató a Larson y destruyó a Vulcan II. Y hará cualquier cosa para conservar la vida. Aunque tenga que destruir a los Curadores, a millones de seres humanos.

—Los Curadores deben ser destruidos —dijo Henderson—. Amenazan la estabilidad racional; amenazan...

Barris avanzó hacia la puerta.

—Tenemos que salir de aquí. No creo que Reynolds quiera luchar.

Los soldados que bloqueaban la salida no sabían qué actitud adoptar. Las frenéticas órdenes de Reynolds se perdían entre la confusión general.

—¡Abran paso! —ordenó Barris. Empujó a Dill hacia delante—. Vamos, aprisa.

Estaban a punto de cruzar la línea de soldados hostiles...

Y en aquel momento se produjo lo inesperado.

Algo apareció en el aire, algo brillante y metálico. Voló directamente hacia Jason Dill. Dill lo vio... y profirió un grito de terror.

El objeto se aplastó contra él. Dill se tambaleó y cayó al suelo. El objeto le golpeó de nuevo, y luego emprendió el vuelo por encima de sus cabezas. Ascendió a la plataforma y se posó sobre la mesa de mármol. Reynolds retrocedió horrorizado; los Directores y sus acompañantes echaron a correr hacia la puerta, empujándose unos a otros.

Barris se inclinó sobre Dill; estaba muerto. Tenía el cráneo aplastado, y Barris se estremeció.

—¿Atención! —exclamó una voz..., una voz metálica que penetró como un cuchillo en la barahúnda general. Barris se volvió lentamente, asombrado, negándose a dar crédito a sus sentidos.

Sobre la plataforma, otro proyectil de metal se había unido al primero; luego, un tercer proyectil aterrizó al lado de los otros dos: tres dardos de centelleante acero, apoyados sobre el mármol por unos soportes en forma de garras.

—¿Atención! —repitió la voz. Procedía del primer proyectil, una voz artificial..., el sonido de unas piezas de acero y de plástico.

Aquello era lo que había asesinado a Larson. Uno de aquellos proyectiles habían atacado a Vulcan II. Aquéllos eran los instrumentos de muerte.

Un cuarto proyectil se unió a los anteriores. Dardos metálicos, alineados como una espantosa multitud mecánica. Pájaros asesinos..., implacables martillos aplastadores de cabezas. En el salón se produjo un repentino y horrorizado silencio; todos los rostros estaban vueltos hacia la plataforma. Incluso Reynolds permanecía inmóvil, con la boca abierta por el asombro.

—Atención —repitió la voz—. Jason Dill está muerto. Era un traidor. Y puede haber otros traidores.

Los cuatro proyectiles giraron hacia uno y otro lado, mirando y escuchando atentamente.

De pronto, la voz brotó de nuevo..., está vez procedente del segundo proyectil.

—Jason Dill está muerto, pero la lucha no ha hecho más que empezar. Dill era uno de tantos. Hay millones alineados contra nosotros, contra la Unidad..., enemigos que deben ser destruidos. Los Curadores tienen que ser detenidos. La Unidad debe luchar por su existencia. Tenemos que estar preparados para sostener una terrible guerra.

Los ojos metálicos recorrieron el salón, mientras el tercer proyectil tomaba la palabra.

—Jason Dill trató de evitar que los datos llegaran a conocimiento mío. Trató de tender una cortina a mí alrededor, pero no lo consiguió. Destruí su cortina., y le he destruido a él. Los Curadores seguirán el mismo camino; sólo es cuestión de tiempo. La chusma no puede vencer contra los organizados instrumentos de la Unidad; si luchamos juntos, les destruiremos fácilmente. Tenemos que aplastarles, hundirles en el polvo. ¡En el polvo del cual proceden!

Barris se estremeció de horror. La voz metálica, surgiendo de los diabólicos proyectiles... No la había oído nunca, pero la reconoció.

El enorme cerebro electrónico estaba a doscientas millas de distancia, enterrado en el fondo de una fortaleza subterránea. Pero la voz que estaban oyendo era la suya. La voz que surgía de los proyectiles metálicos era la voz de aquel macizo organismo de metal y cables y delicados tubos.

La voz de Vulcan III.

Barris apuntó cuidadosamente. En torno suyo, los soldados de su escolta permanecían rígidos contemplando con ojos asombrados la espantosa hilera de proyectiles. Barris disparó; el cuarto proyectil desapareció entre una nube de humo.

—¡Un traidor! —dijo el tercer proyectil. Los tres dardos emprendieron el vuelo.

—¡Destruídle! ¡Destruíd al traidor!

Otros Directores habían desenfundado sus lápices de rayos. Henderson disparó, y el segundo proyectil desapareció. Desde la plataforma, Reynolds hizo fuego; Henderson se desplomó, aullando. Algunos Directores disparaban salvajemente contra los proyectiles; otros gritaban aterrorizados. Un disparo alcanzó a Reynolds en el brazo. Dejó caer su lápiz de rayos.

—¡Traidor! —gritaron los dos proyectiles que quedaban.

Volaron rápidamente hacia Barris. Un soldado disparó, y uno de los proyectiles se aplastó contra la pared.

—¡Destruyele! —ordenó el último proyectil—. ¡Destruye al traidor!

Un rayo pasó muy cerca de Barris; algunos de los Directores estaban disparando contra él. Otros trataban de alcanzar a Reynolds y al último proyectil; otros se agitaban en la incertidumbre, sin saber de qué lado estaban.

Barris consiguió salir del salón, seguido por una confusa horda de hombres y mujeres.

—¡Barris! —gritó Lawrence Daily, de África del Sur—. ¡Espérenos!

Stone se acercó a él, pálido de terror.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Adónde iremos? Estamos...

El proyectil se aplastó contra su cabeza. Stone se desplomó, gritando. El proyectil se dirigió hacia Barris.

Barris disparó y el proyectil desapareció entre una nube de humo.

Stone gemía débilmente. Barris se inclinó sobre él; estaba muy mal herido, sin posibilidades de salvación. Se aferró al brazo de Barris, con una expresión de terror en los agonizantes ojos.

—No puede usted salir, Barris —murmuró—. En el exterior están los Curadores. ¿Adónde va usted a ir? ¿Adónde?

—Una buena pregunta —murmuró Daily.

—Está muerto.

Barris se incorporó. Soldados y Directores luchaban por todos lados, en revuelta confusión. Reynolds, agarrándose el brazo, se deslizaba a lo largo de la pared, hacia el ascensor. Consiguió escapar, acompañado de un grupo de Directores. Daily disparó contra el ascensor... demasiado tarde.

John Chai agarró el brazo de Barris.

—¿Es cierto? ¿Está aquí Marion Fields?

—No lo sé. —Barris sacudió la cabeza. Su mente trabajaba a marchas forzadas. Si conseguía salir de aquí, regresar a Norteamérica... Organizar alguna clase de defensa, montar algún sistema...

—Es increíble —estaba diciendo Chai—. Vulcan III ha enloquecido. Esos pájaros metálicos..., es terrible.

—Están perdiendo —dijo Daily—. Reynolds se ha marchado.

Los soldados de Dill se habían hecho dueños del salón. Los soldados de la Unidad habían ofrecido muy poca resistencia. Y el resto de los Directores permanecían inmóviles, demasiado asombrados para comprender lo que había ocurrido.

—Por lo menos —dijo Chai—, tenemos el control de este edificio.

—¿Con cuántos Directores podemos contar? —preguntó Barris.

—Con muy pocos. La mayoría se han marchado con Reynolds. Probablemente se han dirigido a la fortaleza. ¿Sabe Reynolds dónde está?

Barris asintió.

—Indudablemente.

Sólo cuatro Directores se habían quedado deliberadamente: Daily, Chal, Lawson de Europa meridional, y Pegler, de África oriental. Los otros estaban agrupados, tratando de reponerse de las recientes impresiones.

Cinco Directores, incluido el propio Barris; el resto de los veintitrés se habían marchado con Reynolds, habían muerto o estaban demasiado afectados para tomar una decisión. Cinco o seis Directores, a lo sumo..., contra Vulcan III y toda la estructura de la Unidad. Y, en el exterior del edificio, en las calles, se encontraban los Curadores.

—Barris —murmuró Chai—. No vamos a unirnos a ellos, ¿verdad?

—¿A los Curadores?

—Tenemos que ponernos de una u otra parte —dijo Pegler—. No somos más que cinco, Barris; tenemos que dirigirnos a la fortaleza y unirnos a Reynolds, o...

—No iremos a la fortaleza —afirmó resueltamente Barris—. Por nada del mundo.

—Entonces, tendremos que unirnos a los Curadores —dijo Daily—. No hay otra alternativa: o la Unidad, o los Curadores. ¿Qué hacemos?

—Ninguna de las dos cosas —dijo Barris—. No nos uniremos ni a unos ni a otros.

5

Barris se desembarazó de los Directores y soldados hostiles. Apostó centinelas en todo el edificio, en cada uno de los departamentos y oficinas.

Por la noche, el enorme edificio del Mando de la Unidad había sido organizado para la defensa.

Afuera en las calles, las turbas aparecían y desaparecían. De cuando en cuando, una lluvia de piedras rompía los cristales de una ventana. Unos cuantos atacantes, más atrevidos, trataron de forzar la entrada... y fueron rechazados. Pero eran centenares, contra unas cuantas docenas. Aunque estos últimos disponían de lápices de rayos, el arma de que estaba provisto todo el personal de la clase T.

Barris estableció contacto con Cartwigh. Norteamérica había caído en manos de los Curadores; el propio Cartwigh se había unido a ellos. Luego, Barris revisó cada uno de los Directorios. De los veintitrés, más de la mitad estaban en poder de los Curadores. Los restantes eran leales a la Unidad, a Vulcan III.

Se acercó a una de las ventanas del edificio, contemplando una muchedumbre de Curadores luchando con una nube de dardos metálicos. Una y otra vez, los dardos descendían, golpeaban y volvían a ascender; la multitud les atacaba con piedras y arcaduces. Finalmente, los dardos se batieron en retirada, desapareciendo en la oscuridad nocturna.

—No lo comprendo —dijo Daily—. ¿De dónde proceden?

—¿Los dardos? —inquirió Barris—. Los fabrica Vulcan III; son adaptaciones de instrumentos de reparación. Nosotros le suministrábamos los materiales, pero el verdadero trabajo de reparación lo efectuaba él. Debió darse cuenta de las posibilidades de la situación hace mucho tiempo... y empezó a fabricarlos.

—Me pregunto cuántos tendrá.

Una hora más tarde reaparecieron los dardos, esta vez en mayor número. La multitud se dispersó aterrorizada, aullando salvajemente mientras los dardos caían sobre ellos.

Barris se apartó de la ventana.

—Esto es más serio —dijo—. Adviertan a los tiradores del tejado que estén preparados.

En el tejado, los soldados se dispusieron a rechazar el ataque. Los dardos habían terminado con la multitud y ahora se acercaban al edificio de la Unidad, trazando un arco mientras ganaban altura para el ataque.

—Ahí están —murmuró Chai.

—Será mejor que nos refugiemos en el sótano —dijo Daily, dirigiéndose al ascensor.

Los soldados empezaron a disparar. La mayoría de ellos eran miembros de la guardia personal de Barris; los otros se habían marchado con Reynolds y su grupo, a la fortaleza.

Un dado penetró a través de la ventana. Perseguido por los disparos de un lápiz de rayos, acabó desintegrándose en una lluvia de partículas metálicas calentadas al rojo.

—La situación es grave —dijo Daily—. Estamos completamente rodeados por los Curadores. A excepción de este edificio, el resto de la Unidad es leal a Vulcan III. La fortaleza está dirigiendo ya las operaciones contra los Curadores en todo el mundo.

—Me pregunto quién saldrá vencedor, si los Curadores o Vulcan III —dijo Pegler.

—Los Curadores tienen más posibilidades —opinó Daily—. Vulcan III no puede acabar con todos; hay millones de ellos.

—Pero la Unidad posee las armas y la organización. Los Curadores no conseguirán tomar la fortaleza; ni siquiera saben dónde está. Y Vulcan. III puede construir nuevas armas.

Repentinamente, Barris se dirigió al ascensor.

—¿Adónde va usted? —preguntó Chai.

—Al tercer piso del sótano —dijo Barris.

—¿Para qué?

—Hay alguien allí con quien quiero hablar.

Marion Fields escuchó atentamente, hecha un ovillo, con la barbilla apoyada en las rodillas.

—Los Curadores vencerán —dijo tranquilamente, cuando Barris hubo terminado.

—Quizá. Pero Vulcan III tiene expertos que trabajan para él: los que permanecieron leales; la mayor parte de la Unidad.

—¿Cómo pueden hacerlo?

Barris se encogió de hombros.

—Han pasado toda su vida obedeciendo a Vulcan III, siendo una parte del sistema de la Unidad. ¿Por qué tendrían que cambiar ahora de modo de pensar? Sus existencias han estado orientadas alrededor de la Unidad. Y es la única vida que conocen.

—Pero matan a otras personas.

Barris sonrió débilmente.

—También lo hacen los Curadores.

—Es distinto; los Curadores matan a personas malas —replicó Marion—. No comprendo cómo pueden servir a una máquina contra seres humanos. Tienen que estar locos.

Barris se inclinó hacia ella.

—¿Dónde está el Padre Fields? ¿Estás en contacto con él?

Marion vaciló.

—No.

—Pero sabes dónde está. Puedes llegar hasta él, si quieres.

—¿Por qué?

—Necesito hablar con él, para hacerle una proposición.

—¿Una proposición? —los ojos de la niña brillaron astutamente—. ¿Va usted a unirse a los Curadores?

Barris no dijo nada. Encendió un cigarrillo y fumó, con el rostro inexpresivo.

—¿Me dejará usted libre, si le acompaño al lugar donde está? —preguntó Marion.

—Desde luego; no hay ningún motivo para que permanezcas aquí.

—Mr. Dill me obligó a quedarme aquí.

—Mr. Dill ha muerto.

Marion asintió.

—Es una lástima. ¿Hay muchos hombres con aquellos horribles pájaros de metal?

—¿Los dardos? Vulcan III está fabricando más. Los nuevos están provistos de lápices de rayos. Con la ayuda técnica que tiene, podrá organizar una guerra implacable contra los Curadores.

—Pero, eso significa contra todo el mundo. ¡Millones de personas!

—Contra todo el mundo, a excepción de los que trabajan para él en la fortaleza, y las oficinas de la Unidad que siguen siéndoles fieles.

—¿Cuántos hay con él?

Barris se encogió de hombros.

—Unos centenares.

Marion se decidió. Se puso bruscamente en pie.

—De acuerdo; le acompañaré a usted al lugar donde está mi padre. Pero tiene que venir solo..., sin guardias.

—De acuerdo.

—¿Cómo llegaremos allí? Mi padre está en Norteamérica.

—En una aeronave. Hay tres aeronaves aparcadas en el tejado de este edificio. Después del ataque podemos marcharnos.

—¿Conseguiremos burlar a los pájaros de metal?

—Eso espero —dijo Barris.

Mientras la aeronave volaba sobre Nueva York, Barris vio por primera vez los destrozos que los Curadores habían causado.

La mayor parte de la zona comercial de la ciudad estaba en ruinas. El edificio de la Unidad había resistido mucho tiempo antes de ser tomado por Cartwrigth y sus fuerzas de policía. La policía había luchado contra los soldados de la Unidad y los dardos metálicos enviados desde la fortaleza.

Ahora, la ciudad estaba tranquila. La gente se movía vagamente a través de las ruinas, recogiendo cosas. Aquí y allá, Curadores embutidos en sus túnicas pardas organizaban los trabajos de desescombro y salvamento. Al oír el ruido que producía la aeronave, la gente se dispersó para ponerse a cubierto. Desde el tejado de una enorme fábrica, dispararon contra ellos.

—¿Cuál es el camino? —preguntó Barris.

—Siga en línea recta. Pronto aterrizaremos. Nos llevarán a pie al lugar donde está mi padre.

La aeronave aterrizó en pleno campo, en las afueras de una pequeña ciudad de Pennsylvania. Inmediatamente, un camión se acercó por un camino polvoriento.

El camión se detuvo. Cuatro hombres se apearon. Uno de ellos empuñaba un rifle.

—¿Quién diablos es usted?

Marion se acercó a los hombres y conferenció con ellos. Barris esperó con los nervios en tensión. A lo lejos, hacia el norte, apareció una bandada de dardos metálicos. Poco después, la línea del horizonte se iluminó con una serie de vivísimos resplandores. Vulcan III había equipado a los dardos con bombas. Se oyeron numerosas explosiones.

Un hombre se acercó a Barris.

—Soy Joe Potter. ¿Es usted Barris?

—El mismo.

—Le acompañaré a usted al lugar donde se encuentra el Padre Fields. Sígame.

Barris y Marion montaron en el camión. El vehículo emprendió el camino de regreso a la zona de Nueva York. Cuando faltaban unas millas para llegar a la ciudad, Potter detuvo el camión en una estación de servicio. A la derecha de la estación había una destartada cantina. Delante de ella había unos cuantos automóviles aparcados. Un grupo de chiquillos llenaba el aire con sus risas; en el patio trasero había un perro atado.

—Baje —dijo Potter.

Barris se apeó lentamente del camión.

—Dentro.

Potter volvió a poner el motor en marcha. Marion se había apeado también y estaba al lado de Barris. El camión se perdió de vista, envuelto en una nube de polvo.

—¡Vamos!

Marion se dirigió a la cantina y empujó la puerta. Barris la siguió precavidamente.

En el interior de la cantina había un anciano. Estaba sentado ante una mesa cubierta de mapas y de documentos. En la mesa había también un antiguo aparato telefónico, junto a un tazón de café.

El anciano levantó la mirada..., y Barris vio unas cejas pobladas y unos ojos penetrantes que le hicieron estremecerse hasta los huesos.

—¿Quién es usted? —preguntó el anciano, poniéndose rápidamente en pie.

—¡Papá! —Marion se echó en brazos del anciano.

—Soy el Director William Barris. —Alargó la mano y el anciano se la estrechó—. ¿Es usted el Padre Fields?

—El mismo. —El Padre Fields apartó cariñosamente a su hija. Contempló pensativamente a Barris—. ¿Qué está usted haciendo aquí? Tenía entendido que se hallaba usted en Ginebra.

Barris se sentó.

—Allí estaba. Acabo de regresar a Norteamérica.

—Mr. Barris está luchando contra Vulcan III —dijo Marion, colgándose del brazo de su padre—. Está a nuestro lado.

—¿Es cierto eso? —gruñó el Padre Fields.

—No. —Barris encendió lentamente un cigarrillo y se reclinó hacia atrás—. He venido aquí para hablar con usted. De negocios.

Fields volvió a sentarse, sin apartar sus penetrantes ojos del rostro de Barris.

—¿Qué es lo que tiene que decirme? ¿Está con nosotros, o no? ¿Está a nuestro lado, o es usted leal a aquella diabólica máquina?

—No estoy de ningún lado. —Barris dibujó un triángulo sobre la húmeda superficie de la mesa—. ¿Cuántos lados tiene un triángulo? o tres?

—Esto es una guerra —dijo el Padre Fields bruscamente—, no una clase de geometría. O está usted con nosotros, o está contra nosotros.

Barris permaneció unos instantes en silencio.

—Hace un par de días, estaba contra usted..., pero en ese par de días han sucedido muchas cosas.

Fields sonrió.

—La Unidad ha desaparecido; en un par de días, el sistema del gran monstruo ha sido barrido.

—¿De veras? —Barris sacudió la ceniza de su cigarrillo—. Han destruido ustedes a la Unidad, aquí; han destruido las oficinas, y han expulsado a todos los secretarios, y escribientes, y mecanógrafas. Pero no han destruido a Vulcan III.

—Le destruiremos.

—¿Cómo? Ni siquiera saben dónde está; hace dos años que tratan de descubrirlo. Y, hasta que lo consigan, no habrán hecho nada.

—No tememos a Vulcan III; no puede hacernos ningún daño. Si pudiera, ya nos lo habría hecho hace muchísimo tiempo.

—Vulcan III se enteró de la existencia de los Curadores hace veinticuatro horas. Durante quince meses le escamotearon los datos acerca de ustedes.

—¿Qué? —exclamó Fields—. ¿Quiere usted decir...?

—Han estado luchando contra la Unidad..., pero no contra Vulcan III. Han estado luchando contra la plana mayor de la burocracia... y nada más. En todo ese tiempo no había llegado hasta Vulcan III ninguna noticia del Movimiento. No ha hecho más que empezar a luchar; el gigante se está despertando...

El Padre Fields palideció.

—No lo sabía —murmuró.

—La guerra ha empezado ahora. Mientras venía hacia aquí, he visto una nube de dardos metálicos que lanzaban bombas. Y esto es sólo el principio. Vulcan III ha entrado en acción... por primera vez. Está en su fortaleza, diseñando nuevas armas.

—¿Dios mío! —El Padre Fields se secó la frente con una mano temblorosa—. Ya me extrañaba a mí... Esos malditos pájaros metálicos... Y, ahora, esas bombas. No podía comprender por qué no las habían utilizado antes; creíamos que no tenían nada...

—No lo hicieron antes, pero lo harán ahora. —Barris se inclinó hacia Fields—. Escúcheme: en la fortaleza hay doscientos de los mejores especialistas del inundo, los técnicos más capacitados..., un grupo de hombres leales a Vulcan III que pueden fabricar armas inconcebibles. Poseen todos los diseños de la Guerra. Pueden volver a crear todas las armas del pasado. Con la capacidad organizadora de Vulcan III, y sus conocimientos técnicos, pueden...

—¿Ha permanecido leal toda la Unidad?

—Algunos de sus miembros están conmigo, en el edificio del Mando de la Unidad, en Ginebra.

Los ojos del Padre Fields centellearon.

—¿Con usted? Y usted, ¿con quién está, Barris? No está con Vulcan III, y sin embargo no está con nosotros.

—Algunos de nosotros rompimos con la Unidad. —Barris sonrió fríamente—. Vulcan III nos llamó traidores. Rompimos con ella porque comprendimos en qué se había convertido Vulcan III. Ya no es un cerebro electrónico racional..., sino un ser viviente, luchando por sobrevivir igual que cualquier otro animal.

Fields asintió.

—Lo sé..., una cosa viva. Un rey viviente sobre un inmenso trono, a quien rinde pleitesía un vasto sistema, lo sabía desde hace mucho tiempo.

Barris quedó desconcertado.

—¿Sabía usted que Vulcan III estaba vivo?

—¡Desde luego! ¿Por qué cree usted que nació el Movimiento?

—Muy interesante —dijo Barris—. Creí que nadie podía saberlo. Dill lo descubrió cuando se estaba muriendo.

—¿Ha muerto Dill?

—Vulcan III le asesinó. Usted debe su existencia a Dill; impidió que Vulcan III se enterara de las actividades de los Curadores. Si Dill le hubiera suministrado los datos sobre su Movimiento, Vulcan III les hubiera aplastado hace mucho tiempo.

Fields estaba visiblemente impresionado.

—Y nosotros que creíamos haber aplastado a la Unidad...

—No conseguirán aplastar nunca a la Unidad..., al menos, no del modo que han estado actuando. Es absurdo pensar que un movimiento revolucionario pueda derrocar un moderno sistema burocrático... que dispone de las técnicas más avanzadas y de una perfecta organización industrial. La Unidad no puede ser destruida desde el exterior. Pueden desgajarse algunas ramas, hacer caer algunas hojas... Oficinistas, funcionarios de poca categoría...

—¡Hemos eliminado casi a la mitad de los funcionarios de la Unidad!

Barris rió sin alegría.

—Eso no significa nada. La Unidad tiene que ser atacada desde dentro; hay que cortar el tronco principal. Y eso no puede hacerse desde fuera.

»Hace un centenar de años, su Movimiento revolucionario podía haber resultado eficaz: antes de que surgiera el gran sistema burocrático. Pero los tiempos han cambiado. El arte de gobernar se ha convertido en una ciencia..., manejada por especialistas. Los departamentos son dirigidos por funcionarios científicamente preparados. El ataque debe dirigirse contra la cabeza.

—Contra la cabeza —repitió pensativamente Fields—. Se refiere usted a Vulcan III, naturalmente.

—Vulcan III es el núcleo de la Unidad, el principio unificador de todo el sistema, el centro alrededor del cual funciona la Unidad. Y su Movimiento no puede alcanzarle.

—Nosotros creíamos que Vulcan III nos tenía miedo. ¡Y ni siquiera estaba enterado de nuestra existencia!

—La sospechaba. Vulcan III es muy inteligente; ningún hombre puede engañarle. Dill lo intentó... y lo pagó con la vida. Murió protegiendo a su Movimiento.

—¿Por qué?

—Dill obedecía instrucciones de Vulcan II. Unas instrucciones que Vulcan II le dio antes de ser destruido.

Fields se estremeció.

—No me sorprende; temía que Vulcan III hubiera acabado con él.

—Vulcan II había deducido la verdad, pero no estaba completamente destrozado. Conseguí reconstruirle, en parte. Y de esa parte reconstruida extraje los motivos que había tenido para dar aquellas instrucciones a Dill.

Fields suspiró.

—Empiezo a comprender. Dill actuaba de acuerdo con las instrucciones de Vulcan II; aisló a Vulcan III. Y, ahora, usted intenta continuar. —Irguió su maciza cabeza—. De acuerdo, Barris. ¿A qué ha venido aquí? ¿Qué es lo que desea?

—Quiero hacer un trato. Tal como están las cosas, su Movimiento no tiene ninguna posibilidad. Vulcan III recuperará el control de la situación en unas semanas. Su única esperanza está en destruirle..., en descubrir la fortaleza.

—Continúe.

—Yo sé dónde está la fortaleza; estuve allí con Dill. Puedo volver a localizarla fácilmente..., y llevar hasta allí a una patrulla de asalto. Si actuamos rápidamente, podemos llegar hasta Vulcan III antes de que elabore unas defensas más eficaces.

—¿Qué quiere usted a cambio?

—Mucho —dijo Barris en tono grave—. Trataré de resumirlo en pocas palabras.

Durante un rato, el Padre Fields permaneció en silencio.

—Exige usted mucho —dijo finalmente.

—Desde luego.

—Parece increíble que pueda usted dictarme condiciones... ¿Cuántas personas forman parte en su grupo?

—Cinco.

—Cinco —Fields sacudió la cabeza—. Y nosotros somos millones, repartidos por todo el mundo... —Desenrolló un mapa y apoyó un dedo huesudo en él—. Hemos conquistado Norteamérica, la América Central, la Europa Oriental, toda Asia y Australia. Conquistar el resto parecía una cuestión de tiempo. Nuestra victoria habría sido completa.

Barris sonrió fríamente.

—Pero yo sé dónde está la fortaleza.

—Vulcan III —suspiró Fields—. De acuerdo, Barris; acepto sus condiciones.

Barris parpadeó.

—¿De veras?

—Le sorprende, ¿no es cierto? No creía usted que iba a aceptarlas...

Barris se encogió de hombros.

—Pensé que podía negarse a admitir lo precario de su situación.

—Las acepto..., pero por motivos que usted ignora. Tal vez más tarde se los haga saber. —Fields consultó su reloj de bolsillo—. De acuerdo. ¿Qué necesita para atacar la fortaleza? No tenemos muchos cañones.

—En Ginebra hay armas.

—¿Y el transporte?

—Disponemos de tres aeronaves militares ultrarrápidas. Las utilizaremos. —Barris escribió rápidamente en una cuartilla—. Un ataque concentrado, a cargo de hombres expertos, dirigido contra el centro vital. Una patrulla eficiente, con el material adecuado. Bastarán un centenar de hombres. Todo dependerá de los primeros diez minutos en la fortaleza; si los superamos, el éxito es seguro. Pero no habrá una segunda oportunidad.

Fields contempló fijamente al Director.

—Barris, ¿cree usted realmente que tenemos una posibilidad? ¿Que podemos llegar hasta Vulcan III? —Se frotó nerviosamente las manos—. Durante dos años no he pensado en otra cosa. Aplastar aquella satánica masa de cables y tubos...

—Llegaremos hasta él— afirmó Barris.

Fields escogió los hombres que Barris necesitaba. Embarcaron en la aeronave que había llevado a Barris y a Marion Fields. Barris despegó, rumbo a Ginebra. Fields estaba sentado a

su lado. Cuando cruzaban el Atlántico, divisaron una espesa nube de dardos metálicos que volaban hacia la indefensa Norteamérica.

—¡Mire! -dijo Barris horrorizado.

Los dardos eran enormes: casi tan grandes como la aeronave. Avanzaban con increíble rapidez y desaparecieron casi inmediatamente de la vista. Unos instantes después apareció una nueva horda, de forma distinta: cilíndricos y alargados. Ignoraron a la aeronave y siguieron al primer grupo.

—Modelos nuevos —dijo Barris—. Vulcan III no pierde el tiempo.

El edificio del Mando de la Unidad estaba aún en manos amigas. Aterrizaron en la terraza y descendieron apresuradamente a los pisos inferiores. Los Curadores habían dejado de atacar... por orden de Fields. Pero ahora, los dardos metálicos se movían continuamente en el cielo, descendiendo en picado y esquivando ágilmente los disparos procedentes del tejado. La mitad del edificio principal estaba en ruinas, pero los soldados seguían disparando, derribando a los dardos que se acercaban demasiado.

—Es una batalla perdida —murmuró Daily—. Tenemos muy pocas municiones; sólo es cuestión de tiempo.

Barris actuó rápidamente. Proveyó a su fuerza de ataque de las mejores armas disponibles, almacenadas en los sótanos del edificio. De los cinco Directores, escogió a Pegler y a Chai, y a un centenar de los mejores soldados.

—Voy a acompañarles -dijo Fields—. Si el ataque fracasa, no quiero seguir viviendo; si tiene éxito, quiero ser testigo de vista de él.

Barris desembaló cuidadosamente una bomba nuclear de mano.

—Esta es para él. —Sopesó la bomba con la palma de la mano—. Vulcan III está construido con unos materiales virtualmente indestructibles; si queremos obtener algún resultado necesitamos esto: las ondas expansivas normales no le afectarían.

Cuando empezó a oscurecer, Barris cargó las tres aeronaves con los soldados y el material. Los hombres apostados en la terraza abrieron un intenso fuego para proteger el despegue.

—En marcha —dijo Barris.

Su aeronave se elevó en el cielo nocturno, seguida muy de cerca por las otras dos.

Dos dardos metálicos revolotearon a su alrededor. Un disparo procedente del tejado alcanzó a uno de los dardos; el otro ganó altura.

—Tenemos que librarnos de ellos —dijo Barris—, si no queremos que Vulcan III se entere demasiado pronto -de nuestra expedición.

Dio unas rápidas órdenes. Las tres aeronaves dispararon en todas direcciones, separándose rápidamente. Unos cuantos dardos se desintegraron.

—Camino libre —informó Chai desde la segunda aeronave.

—Camino libre —informó Pegler desde la tercera.

Barris miró al anciano que estaba sentado junto a él. Detrás de ellos, la aeronave estaba llena de soldados y de material, revueltos en confuso montón.

Barris habló a través del altavoz:

—Preparados para el ataque a la fortaleza.

—¿Estamos cerca? —preguntó Fields.

—Muy cerca. —Barris consultó su reloj de pulsera—. Dentro de unos minutos llegaremos.

Barris inició el descenso. La aeronave de Pegler se mantuvo a su altura; la de Chai, en cambio, viró hacia la derecha y se dirigió directamente hacia la fortaleza.

Vastos enjambres de dardos metálicos rodearon la aeronave de Chai, ocultándola a la vista.

—¡Atención! ¡Vamos a aterrizar! —advirtió Barris. Unos instantes después, la aeronave se posaba violentamente en el suelo, aplastando árboles y arbustos.

—¡Afuera! —ordenó Barris, soltándose el cinturón de seguridad.

Los soldados se apearon rápidamente, descargando al mismo tiempo su material.

Encima de ellos, en el frío cielo nocturno, la nave de Chai luchaba con los dardos metálicos; zigzagueaba continuamente disparando sus armas. De la fortaleza surgieron grandes nubes negras de dardos, que ganaron altura rápidamente.

La aeronave de Pegler estaba aterrizando. Se estrelló contra la ladera de una colina, a unos centenares de metros de distancia del muro de defensa exterior de la fortaleza.

Los cañones empezaron a disparar. La noche se pobló de intensos resplandores.

Barris pegó los labios a su micrófono, para que el ruido de las explosiones no apagara su voz.

—¿Pegler?

—¡Sin novedad! —La voz de Pegler llegó débilmente a través de los auriculares—. Estamos instalando el cañón grande.

—Ese cañón se ocupará de los dardos —le dijo Barris a Fields. Alzó la mirada hacia el cielo—. Espero que Chai...

La aeronave de Chai seguía zigzagueando, tratando de eludir el anillo de dardos que se acercaba a su alrededor. De pronto, la nave se tambaleó: acababa de recibir un impacto directo.

—¡Deje caer a sus hombres! —ordenó Barris a través del micrófono—. Están encima mismo de la fortaleza.

De la aeronave de Chal cayó una nube de manchas blancas, que descendían lentamente.

—Los hombres de Chal se encargarán del ataque directo —dijo Barris—. Mientras las perforadoras están avanzando.

—La sombrilla casi tendida —informó un técnico.

—Bien. Están empezando a picar sobre nosotros; deben de habernos localizado.

Las flotas de dardos metálicos estaban descendiendo, acercándose al suelo. Uno de los cañones de Pegler rugió. Un grupo de dardos desapareció, pero no tardaron en presentarse otros. Un interminable torrente de dardos, surgiendo de la fortaleza como bandadas de murciélagos.

La sombrilla adquirió un tono púrpura. Vagamente, debajo de ella, Barris pudo ver un grupo de dardos que se desintegraban al entrar en contacto con las terribles radiaciones que tendían un manto protector sobre sus cabezas.

—Bueno. Ahora no tenemos que preocuparnos ya de esos malditos pájaros —dijo Barris.

—Las taladradoras se están abriendo paso —informó el jefe de los equipos de perforación.

En el suelo se habían abierto dos inmensos agujeros, que vibraban a medida que las perforadoras se hundían más profundamente en la tierra. Los técnicos desaparecieron detrás de las máquinas. El primer grupo de hombres armados les siguió cautelosamente.

A la derecha, el cañón de Pegler rugió sordamente. La flota de dardos trataba ahora de inutilizar el cañón, arrojando bombas.

—¡Pegler! —gritó Barris a través del micrófono—. ¡Tienda su sombrilla!

La sombrilla de Pegler parpadeó. Vaciló...

Una bomba cayó a través del punto muerto. La aeronave de Pegler desapareció; nubes de partículas ardieron en el aire, y sobre el llameante suelo cayó una lluvia de metal y ceniza. El cañón enmudeció bruscamente.

—¡Vamos! —dijo Barris.

Sobre la fortaleza, los primeros hombres de Chai habían alcanzado el suelo. Los cañones dejaron de ocuparse de la aeronave de Barris y apuntaron a las manchas blancas que continuaban descendiendo.

—No tienen ninguna posibilidad —murmuró Fields.

—No. —Barris le arrastró hacia el primer túnel—. Pero la tenemos nosotros.

Súbitamente, la fortaleza se estremeció. Una enorme lengua de fuego la envolvió. Las instalaciones de la superficie se fundieron inmediatamente. Una ola de metal fundido cubrió el suelo. Barris se detuvo a mirar.

—Cerrados —jadeó—. Los accesos superiores han quedado cerrados.

Los dardos que revoloteaban por aquellos alrededores interrumpieron su vuelo y vacilaron, perdido el contacto con los pisos inferiores. Entre ellos y Vulcan III había una capa de metal fundido que lo cubría todo.

Barris se adentró en el túnel, acercándose a los técnicos que manejaban la perforadora. La máquina se abrió camino a través de la dura ardua. El aire era cálido y húmedo. Los hombres trabajaban febrilmente, dirigiendo la perforadora a un nivel cada vez más profundo. Alrededor de ellos, la arcilla despedía torrentes de vapor.

—...Cuidado —gruñó Barris—. Tenemos que emerger cerca del fondo.

—Vulcan III está en el fondo, ¿verdad?

Barris asintió, sosteniendo el lápiz de rayos en una mano... y la bomba nuclear en la otra.

De pronto, la perforadora tropezó con una sólida pared de acero. Su rugido se hizo más intenso, y su avance más lento, pulgada a pulgada. Pero siguió avanzando, avanzando...

Finalmente, la pared cedió. Los soldados penetraron a través del boquete. Barris y Fields les siguieron.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Fields, muy excitado—. ¡Estamos dentro!

Un largo pasillo se extendía delante de ellos, débilmente iluminado. El nivel más bajo de la fortaleza. Unos cuantos soldados de la Unidad, estupefactos, avanzaron hacia ellos arrastrando un cañón.

Barris hizo fuego. El cañón disparó una sola vez... Pero el proyectil se estrelló contra el techo del pasillo. Barris avanzó. El cañón había quedado inutilizado. Los soldados de la Unidad retrocedían, disparando para cubrirse la retirada.

—¡Cuidado! —advirtió Barris.

Había llegado a una especie de encrucijada. Una serie de pasillos que se extendían en distintas direcciones. Barris vaciló...

—Por aquí —gritó Fields.

Barris parpadeó... y le siguió. Un soldado de la Unidad surgió delante de él. Barris le desintegró y corrió detrás de Fields.

—Por aquí —repitió Fields.

Se adentró en un pasillo lateral. De pronto, los dos hombres se detuvieron: delante de ellos había un grupo de soldados, que se disponían a disparar un cañón. Estaban perdidos. No tenían tiempo de retroceder... Súbitamente, Fields actuó. Cogió la bomba nuclear de manos de Barris y arrancó la válvula de seguridad.

—¡Fields! —gritó Barris, agarrándose frenéticamente a él—. ¡Por el amor de Dios! La necesitamos para...

Una espantosa explosión. Barris salió despedido violentamente contra la pared. Permaneció allí completamente inmóvil, jadeando, mientras un viento cálido barría el pasillo. Cuando se disipó la intensa humareda, el cañón y los soldados habían desaparecido... desintegrados. El camino estaba libre delante de ellos...

Barris trató de ponerse en pie, sin conseguirlo. Unos débiles gemidos le indicaron el lugar donde se encontraba Fields. Se arrastró penosamente hasta él. El anciano se apresuró a tranquilizarle.

—Estoy bien, Barris. Un breve descanso, y podremos continuar.

Finalmente, consiguieron ponerse en pie y proseguir su avance. No tuvieron que andar mucho. A cosa de un centenar de metros, el pasillo desembocaba en una inmensa sala. Y en medio de ella, enorme, gigantesco, se erguía un cerebro electrónico. A pesar de la nube que seguía oscureciendo su mente, Barris se sintió invadido por un escalofrío de terror. ¡Vulcan III!

Barris abrió y cerró sus puños, impotentemente. La bomba nuclear había desaparecido. Y detrás de ellos se oían los pasos precipitados de otros soldados de la Unidad, arrastrando otros cañones. Soldados... y nubes de furiosos dardos metálicos.

—¡Maldito seas! —gritó Barris al enorme mecanismo que se erguía impasiblemente delante de él—. Tantos esfuerzos, para...

—¡Cállese! —dijo Fields—. Ayúdeme a subir. —Se agarró a un manojito de cables que pendían de una especie de torreta y empezó a trepar.

Un dado metálico zumbó encima de ellos y una voz dijo:

—¡Traidores! ¡Asesinos!

Aparecieron otros dardos. Barris disparó salvajemente contra ellos.

—¡Por el amor de Dios, Fields! ¡Estamos copados! Sin la bomba no podemos hacer nada.

Los dardos eran cada vez más numerosos. Barris disparaba desesperadamente, pegado a la pared. Dos dardos se disolvieron en cenizas. Entretanto, Fields seguía trepando.

—¡Fields! —gritó Barris—. ¿Qué está usted haciendo?

Un dado picó hacia Fields.

—¡Deténgase! ¡Deténgase inmediatamente!

Barris redujo el dado a cenizas. En aquel momento, Fields desapareció detrás del montón de cables que suministraban la energía a Vulcan. III.

—¡Deténgale! ¡Deténgale, Barris!

—¡Sáquele de ahí! —gritaron desesperadamente los dardos—. ¡Deténgale! ¡Sáquele de ahí!

—¡Si permite usted que me destruya, destruiré el mundo!

—¡Loco!

—¡Monstruo!

Los dardos trataron de alcanzar a Barris en un último y desesperado esfuerzo. Barris los mantuvo a raya. Fields había desaparecido en el interior del cerebro electrónico.

—¡Escúcheme! —aulló un dado—. ¡Todavía está a tiempo! ¡Esto es una locura! ¡Deténgale! ¡Me está asesinando!

—¡Podemos llegar a un acuerdo! ¡Podemos llegar a un acuerdo!

—¡Por favor, Barris! ¡No permita que me destruya!
—¡Deténgale! ¡Deténgale!
—¡Barris! ¡Barris! ¡Por favor, no...!

Del interior de Vulcan III surgió un intenso resplandor, seguido de un intenso y acre olor a quemado.

Los dardos metálicos interrumpieron su vuelo y enmudecieron bruscamente. Luego empezaron a caer al suelo. Silenciosamente, uno a uno, cayeron al suelo y permanecieron inmóviles. Montones inertes de metal... y nada más.

Las hileras de luces que ardían en la parte delantera del cerebro electrónico se apagaron bruscamente.

Vulcan III acababa de morir.

Fields salió del interior de la máquina, frotándose las manos y respirando penosamente.
—Lo hemos conseguido, Barris.

Barris se acercó al anciano, temblando. La enorme sala estaba increíblemente silenciosa; ninguno de los dardos metálicos se movía. Barris golpeó uno de ellos con el pie. El montón de metal continuó inmóvil y silencioso.

—Ha sido muy rápido.
—Desde luego. Una vez en el interior, la cosa era fácil.

Dos de los soldados de Barris aparecieron en el umbral de la sala.
—¿Se encuentran ustedes bien? —preguntó uno de ellos.
—Perfectamente —respondió Barris.

Los soldados entraron en la sala, con paso todavía inseguro.
—¡Dios mío! Todos los dardos han muerto... Eso es...
—Es él. Mejor dicho, era él.

Uno de los soldados apuntó su lápiz de rayos contra Vulcan III.
—Voy a terminar el trabajo —murmuró torvamente.

Barris le detuvo.
—¡Cuidado! No le toque. Ponga centinelas en la entrada. No quiero que le suceda nada.
—Pero...
—Es una orden. —Barris se acercó a Fields—. ¿Se encuentra usted bien?

El anciano asintió maliciosamente. Su respiración seguía siendo muy agitada.
—Ha sido un gran momento —suspiró, y una amplia sonrisa distendió su rostro.

Entraron más soldados en la sala, arrastrando a un hombre vestido de gris. Reynolds se soltó.

—Le han destruido! ¡Malditos imbéciles!
—Tómelo con calma —dijo Barris—. Siéntese y cálese.
—Señaló a Fields—. Siéntese allí, a su lado; tengo que aclarar algunas cosas.
—¿Cree que podrá sobrevivir sin Vulcan III? —preguntó hoscamente Reynolds. Llevaba el brazo derecho vendado, y de una herida de su frente brotaba aún la sangre—. Ha destruido usted a la Unidad. Es usted un traidor, Barris; estaba trabajando para ellos desde el primer momento.

—¿Para ellos? ¿Para los Curadores? —Barris sonrió irónicamente—. Fields no estará de acuerdo con esa afirmación. —Rebuscó en sus bolsillos y sacó un aplastado paquete de cigarrillos. Sin dejar de mirar a Reynolds y a Fields, encendió un pitillo—. No creo que ninguno de ustedes esté de acuerdo con esto.

—Me atengo a lo pactado —dijo Fields.—, al trato que hicimos.
—¿Qué clase de trato? —preguntó Reynolds.
—Vulcan III está muerto. A partir de ahora, nos gobernaremos a nosotros mismos.
—No podemos hacerlo —dijo Reynolds.

Barris se encogió de hombros.

—Tal vez no. No tiene usted ninguna fe en si mismo, Reynolds; no cree que podamos gobernar a la sociedad solos.

—Siempre hemos...

—He ordenado a mis soldados que establezcan una guardia alrededor de los restos de Vulcan III —dijo Barris—. La fuente de energía ha desaparecido. Vulcan III está muerto, pero los elementos calculadores están intactos. Nos aseguramos de que sólo quedara destruida la fuente de energía.

Reynolds estaba intrigado.

—¿Por qué?

—Vamos a conservar lo que queda de él. Continuaremos utilizando a Vulcan III... como utilizábamos los cerebros electrónicos en el pasado: en un terreno puramente consultivo. No para que nos diga lo que tenemos que hacer; no para que tome decisiones por nosotros. Vulcan III seguirá funcionando..., pero como una máquina calculadora, no como un ente vivo. Y no dará ninguna otra orden.

—De modo que las decisiones definitivas serán adoptadas por los humanos, ¿no es eso? —preguntó Reynolds.

—Exactamente.

—Pero, los humanos... —Reynolds estalló: ¡Los humanos no son capaces de pensar objetivamente! Como..., como Vulcan III.

Barris se echó a reír.

—Como Vulcan III —repitió. Bruscamente, dejó caer su cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie—. Sigamos con lo que interesa. La Unidad continuará. El sistema de control internacional. Directores y técnicos científicamente preparados. Conservaremos a Vulcan III..., al menos la parte calculadora. Fields cree que podremos disminuir su tamaño, de modo que resulte más fácil su manejo y su control. No queremos que se repitan ciertas cosas.

Fields carraspeó.

—Dijo usted también...

—La estructura de la Unidad será distinta. Ensancharemos nuestra base. Tenemos que hacerlo. El control racional de la sociedad resulta beneficioso..., hasta que se convierte en un culto a la razón, un culto que deja a la mayoría de la población al margen, por considerarla demasiado impura para participar en él. Ha llegado el momento de que deje de adorar al sistema, Reynolds. Su religión es demasiado exclusivista; queda demasiada gente fuera del templo.

—¿De qué está usted hablando?

—Del culto a la razón y a la ciencia. Únicamente para los expertos, y para los tecnócratas. Para la minoría que tiene facilidad de palabra y conocimientos teóricos. Una aristocracia intelectual..., como si el trabajo manual, el poner ladrillos, el pintar, el coser, el cocinar, no tuvieran ningún valor. Como si todas las personas que trabajan con sus manos, con la habilidad de sus dedos, con sus brazos, con sus músculos, fueran parias, despojos inútiles.

"Se habrá preguntado usted por qué los granjeros, y los albañiles, y los tejedores, y los conductores de autobús, odian a la Unidad. Por qué le odian a usted, y a Vulcan III, y a todo lo que el sistema ha puesto en pie. Voy a decírselo: porque han sido excluidos, porque están fuera del templo. Están gobernados por una nueva aristocracia: la aristocracia de los técnicos. Una nueva jerarquía, una nueva élite que ha ocupado el lugar de la antigua. Primero fueron los sacerdotes y los reyes guerreros. Luego los grandes terratenientes. Luego los poderosos industriales. Ahora es la Unidad, el sistema de los jóvenes brillantes, con sus reglas graduadas, sus trajes grises y sus corbatas azules. Los dirigentes "cultos" vestidos de gris.

—¡Tonterías! —gruñó Reynolds.

—¿Por qué tienen que servirle a usted? A usted, que los mira desde su aristocrática altura, como si pertenecieran a una raza distinta. Monos... viviendo en un mundo gobernado por técnicos de sangre azul. Expertos racionales rodeados por animales emotivos.

"Usted y Fields son fanáticos. Cultistas. El culto a la ciencia por una parte, el culto a la emoción por otra. Sacerdotes grises, sacerdotes pardos. Cada uno de ustedes tiene sus propios templos, sus propios ídolos.

—¿Ídolos?

Barris señaló la enorme masa silenciosa que había sido Vulcan III.

—Hemos aplastado ése, Reynolds..., su ídolo; está fuera de servicio. Su ídolo moderno ha sido destruido como los primitivos. Ha convertido usted la ciencia y la razón, de simples instrumentos del hombre en tiranos gobernantes de la raza humana. Pero eso ha terminado. Vulcan III ha muerto... y volvemos a ser dueños de nosotros mismos.

—Tendremos que reconstruir todo lo que ha sido destruido —murmuró Reynolds.

—¡Pero no las máquinas! —gruñó el Padre Fields.

—¡Al contrario! —exclamó Barris—. ¡Todas las máquinas que hagan falta! No vamos a renunciar a nuestras herramientas. No vamos a abandonar el control de la naturaleza. No vamos a retroceder a la época de los oráculos. Los especialistas no pueden desaparecer. Ni puede desaparecer la clase T, ni la Unidad, ni el sistema, en una palabra. Ni siquiera Vulcan III... aunque desprovisto de autoridad y de poder. Le conservaremos como una herramienta, un instrumento: no como un jefe al cual están subordinadas todas las otras cosas. A partir de ahora, tomaremos todas las decisiones por nosotros mismos. Su ídolo ha desaparecido, Reynolds. Decidiremos lo que tengamos que hacer por nosotros mismos.

—¿Cree usted que podrá conseguirlo? —preguntó Reynolds.

—No lo sé. Tal vez la Unidad no pueda funcionar sin Vulcan III; tal vez los hombres no son realmente capaces de gobernar su propia sociedad. Pero vamos a hacer la prueba.

—Puede resultar mucho peor que eso —dijo Fields, señalando la silente masa del cerebro electrónico.

Barris se volvió bruscamente hacia Fields.

—Y, a propósito: ¿cómo sabía usted tanto acerca de Vulcan III? Usted sabía exactamente dónde estaba... y cómo destruirlo. —Sus ojos estaban llenos de sospechas—. ¿Cómo? ¿Cómo sabía usted tanto acerca de los Vulcan?

Fields permaneció silencioso unos instantes. Los soldados se movían alrededor de la sala, limpiándola de escombros. Los primeros grupos de Curadores empezaban a penetrar desde el exterior. Oficinistas y funcionarios de la Unidad, vestidos de gris, vagaban tímidamente alrededor de los restos de sus oficinas, asombrados y aturdidos.

—La cosa tiene una fácil explicación —dijo Fields. —Fui el electricista que trabajó en la instalación del Vulcan III.

Barris suspiró.

—Algo de eso imaginaba.

—Trabajé bajo la dirección de Vulcan II. Soy un hombre viejo. Fue durante la Guerra..., cuando yo era joven. En aquella época sólo teníamos a Vulcan II. Deseaban un cerebro electrónico más "completo", capaz de trabajar con valores definitivos. No tuve nada que ver con los planos, desde luego. El trabajo intelectual corrió sólo a cargo de personal de la clase T.

—Pero usted llevó a cabo la instalación.

Fields sonrió.

—Sí, yo hice el trabajo físico. Vulcan II estuvo conmigo constantemente, dirigiéndome; él, supervisó todo el proyecto. Nunca he olvidado aquellos días; tenía veintidós años y era un buen electricista. Vulcan II me escogió entre todos los demás.

—Por eso deseaba usted que Vulcan II hubiese sido reconstruido...

—Estuvimos muy unidos, durante una larga temporada. Me conservó a su lado todo el tiempo que pudo. Como usted ya sabe, Vulcan II fue arrinconado cuando Vulcan III quedó terminado..., desposeído de toda autoridad. Vulcan III se hizo cargo de todo, y yo fui despedido.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Perdí todo contacto con Vulcan II. Vulcan III alzó una muralla entre nosotros. A través de los años traté de localizarle, pero sin éxito. Vulcan III tuvo el mando absoluto desde el momento en que fue creado. ¡Maldito monstruo! Y luego destruyó a Vulcan II para que no pudiera hacerle sombra. Sin el menor escrúpulo, del mismo modo que asesinó a todos los demás.

—¿Sabía usted algo acerca de Jason Dill?

—Nada. ¡Si hubiéramos podido ponernos en contacto! Pero Vulcan III tenía demasiado poder; lo controlaba todo. Vulcan II tuvo que actuar prudentemente; estaba en peligro, en constante peligro.

—Fue prudente..., pero no lo bastante prudente.

—No. Vulcan III consiguió finalmente acabar con él; sólo era cuestión de tiempo. Creo que Vulcan II lo sabía; antes de que me despidieran, trató de confiarme las sospechas que había empezado a alimentar. Que Vulcan III estaba creciendo, creciendo... no como un cerebro electrónico racional, un instrumento del hombre, sino como un ser viviente. Con sus propios impulsos, su propia voluntad de sobrevivir.

"Vulcan II sabía eso; y me lo comunicó a mí. Era muy astuto, Barris; miraba, y meditaba, y trazaba cautelosos planes.

—¿Planes?

—Piense en la situación. Vulcan II había sido completamente excluido del poder. Nadie le consultaba... excepto Dill. Dill era el único contacto exterior. Vulcan II utilizó a Dill del mejor modo posible, dándole instrucciones para que escamoteara toda la información acerca de nosotros, acerca del Movimiento de los Curadores. ¡Afortunadamente, Vulcan II vivió el tiempo suficiente para dar aquellas instrucciones! Si Vulcan III se hubiera enterado antes de nuestras actividades, nos hubiera aplastado.

"A Vulcan II le debió preocupar mucho eso..., el temor de que Vulcan III se enterase demasiado pronto de nuestra existencia. Nuestro Movimiento ganaba continuamente adeptos en todo el mundo, pero hubiera sido impotente contra Vulcan III. Vulcan II lo sabía; manejó a Dill del mejor modo posible, utilizándole para mantener a Vulcan III en la ignorancia de las fuerzas que trabajaban contra él.

—Dill obedecía las instrucciones sin comprenderlas y sin saber el verdadero alcance que tenían —dijo Barris—. Incluso después de la desaparición de Vulcan II. El producto de una estructura burocrática.

—A nosotros nos favoreció mucho. Necesitábamos tiempo para que el Movimiento creciera. Como usted ha dicho, nuestra revolución era descabellada. Pero Vulcan II contaba en ella, esperaba que tendría éxito. Incapaz de establecer contacto conmigo, arrinconado e impotente, sólo podía esperar. Hizo todo lo que estuvo a su alcance... y esperó.

"Vulcan II depositó todas sus esperanzas en un Movimiento revolucionario descabellado y anticuado. Si usted no hubiese intervenido, hubiéramos fracasado. Pero, después de todo, Vulcan II era también anticuado. Un objeto inútil, una reliquia del pasado.

"De todos modos, Vulcan II hizo lo que pudo. Y lo que estaba obligado a hacer, porque, a fin de cuentas, el Movimiento de los Curadores fue creación suya. Yo no hubiera desarrollado nunca la idea, la conciencia del peligro, por mí mismo. Por eso me alegré de poder aceptar sus condiciones.

"Trabajábamos en el mismo sentido, de acuerdo con las directrices de Vulcan II. Usted deseaba conservar la Unidad..., conservar a Vulcan III, no como un jefe, sino como un instrumento para complementar la voluntad humana. Vulcan II había recomendado eso. Podía ser anticuado, pero su solución era idéntica a la de usted.

Barris se quedó pensativo. Súbitamente, estalló en una carcajada.

—Es posible que esté usted en lo cierto. O, quizás...

—O quizá... ¿qué?

—Quizá Vulcan II tenía celos de Vulcan III... No, no es eso, exactamente. Vulcan II no estaba vivo, y sus tentativas de supervivencia eran absolutamente impersonales; consideraba a Vulcan III y a sus potencialidades como posibles obstáculos al ejercicio de la función para la que fue creado: resolver problemas. Pero el efecto, por lo que a nosotros respecta, fue que los dos cerebros electrónicos conspiraron el uno contra el otro. ¿Ha pensado usted alguna vez en eso?

Fields palideció.

—Yo...

—Dos máquinas luchando para destruirse... y poniendo en pie los instrumentos de destrucción. Vulcan III disponía del sistema de la Unidad; Vulcan II creó el Movimiento de los Curadores. Unidad y Curadores... instrumentos de unas máquinas de calcular.

—¡Dios mío! —exclamó Fields—. Pero... ¿por qué no utilizó Vulcan III bombas atómicas contra nosotros?

Barris enarcó las cejas.

—Me hice esa pregunta en cuanto vi que sólo eran lanzadas bombas químicas. Y creo que he encontrado la respuesta. Verá... Vulcan III no era un monstruo, ni estaba loco. Seguía haciendo el trabajo para el cual había sido creado..., con una sola variante. Como cosa viviente, dotada del instinto de conservación, tenía que destruir a algunos humanos que ponían en peligro su existencia, a fin de servir al resto de la humanidad, objetivo para el que fue creado. Pero Dill, al escamotearle información obedeciendo las instrucciones de Vulcan II, le impidió disponer de todos los datos que necesitaba. Vulcan III dedujo el peligro, pero sólo pudo darse cuenta de su gravedad cuando había empezado a producirse el estallido final. Al fin y al cabo, Larsen no pudo suministrarle toda la información. Se vio obligado a destruir humanos, pero en ningún modo se le ocurrió destruirlos en mayor número de lo que parecía necesario; Vulcan III no deseaba crear un estado de pánico, destruir ciegamente... Las bombas químicas le parecieron suficientes para el esfuerzo inicial.

—De modo que era eso... —susurró Fields.

—Sí... Hasta cierto punto, su grupo, el grupo de Reynolds y mi propio grupo, no éramos más que peones. Pero, sea como sea, los humanos hemos conseguido salir adelante. —Barris sonrió—. Sí, Fields, ha sido usted un instrumento de Vulcan II. Al igual que la Unidad, su Movimiento era... un martillo de Vulcano.

FIN

EL PRECIO DE LA IMITACIÓN

Una zona negruzca y desolada, cubierta de cenizas, se extendía a los costados del camino. Hasta donde alcanzaba la vista, sólo se distinguía la acumulación irregular de melancólicas ruinas de edificios y ciudades; toda una civilización que antes poblara el planeta, convertida ahora en chatarra, astillas de huesos ennegrecidas, acumuladas por los vientos; trozos de acero y hormigón, mezclados al azar.

Allen Fergesson bostezó, encendió un Lucky Strike y se recostó soñoliento contra el lustroso respaldo de cuero del Buick '57.

- ¡Qué vista deprimente! - dijo -. Esta monotonía de ruinas y basura tira abajo a cualquiera.
- No mires - dijo con indiferencia la muchacha sentada a su lado.

El coche poderoso, de líneas elegantes, se deslizaba silenciosamente por el camino de ripio. Posando apenas la mano en el volante automático, Fergesson conducía cómodamente, descansando al ritmo sedante del Quinteto para Piano de Brahms, transmitido por radio desde la colonia de Detroit. Había viajado unos pocos kilómetros, pero el viento incesante acumulaba cenizas contra los cristales; no tenía mucha importancia. En el sótano del departamento de Charlotte había una manguera de jardín de plástico verde, un balde de latón y unas cuantas esponjas.

- Si mal no recuerdo, tienes el frigorífico lleno de botellas de whisky - dijo él -, a menos que tus amigos alocados lo hayan terminado.

Charlotte se revolvió a su lado. El zumbido del motor y el aire caliente la habían adormecido.

- ¿Whisky escocés? - preguntó -. Creo que tengo una botella de Lord Calvert.

Al enderezarse en el asiento sacudió la nube rubia de su pelo.

- Me parece que está abudinado - agregó.

El pasajero del asiento posterior, un hombre alto y delgado que habían recogido por el camino, pareció interesarse. Vestía un rústico pantalón gris de trabajo, y camisa.

- ¿Está muy abudinado? - preguntó.

- Como todo lo demás - repuso ella.

Charlotte no escuchaba; su mirada vacía recorría el paisaje ennegrecido por las cenizas que iban dejando atrás.

Hacia la derecha emergieron los restos irregulares y amarillentos de un pueblo, como los dientes de un gigante, recortados contra el cielo impuro del mediodía. De vez en cuando la silueta de una bañera, un par de postes telefónicos, o fragmentos de huesos secos y carcomidos, rompían la monotonía de las ruinas que se extendían por muchos kilómetros. Era un espectáculo desolador, sin vida. Algunos perros enflaquecidos se refugiaban del frío en los sótanos cubiertos de musgo, que parecían cavernas abandonadas, y la gruesa capa de cenizas flotantes impedía el paso de la luz solar.

- Mire allí - dijo Fergesson al hombre sentado atrás.

Aminoró la marcha para no atropellar a un conejo que se había cruzado en el camino. Ciego y deforme, el conejo se arrojó de cabeza contra una laja rota de cemento, y rebotó aturdido. Pudo arrastrarse débilmente unos pasos, hasta que salió un perro de un sótano, y echándosele encima lo trituró.

- ¡Aj...! - exclamó Charlotte, asqueada.

Un temblor la hizo estremecer. Extendió la mano para conectar la calefacción del coche. Con las piernas recogidas sobre el asiento tenía una figura atractiva, con el suéter de lana rosada y la falda bordada.

- No veo la hora de volver a mi colonia - dijo ella -. Todo esto es tan feo...

Fergesson tanteó la caja de acero que llevaba en el asiento, entre los dos. La firmeza del metal pareció darle cierta seguridad.

- Si las cosas están tan mal como dices, quedarán muy contentos de recibir esto.

- Por cierto - dijo Charlotte -. La situación es terrible. No sé si esto será de alguna ayuda... Pienso que todo es ya inútil.

Su pequeña boca dibujó un gesto de preocupación.

- Vale la pena intentarlo, me parece. Pero dudo que sirva para algo, no tengo muchas esperanzas.

- Ya trataremos de ayudar a tu colonia - dijo Fergesson para inspirarle confianza.

Lo más importante era dar cierta tranquilidad a la joven. En casos como éste, el pánico podía ser un serio peligro; ya habían tenido ciertos casos, una vez que impera el miedo, resulta difícil controlarlo.

- Pero llevará tiempo - dijo él, mirándola de soslayo -. Tendrían que haberlo dicho antes.

- Al principio creímos que era pereza simplemente, pero me parece que el fin está cerca, Allen; es imposible conseguir que haga nada. Se pasa el día sentado en un mismo lugar, como un bulto sin vida. Parece que estuviera muerto o enfermo.

- Es viejo - dijo Fergesson suavemente -. Si no recuerdo mal, el Biltong que tienen ustedes debe tener más de ciento cincuenta años.

- Pero teóricamente duran varios siglos.

- No olvide el desgaste que tanta actividad significa para ellos - señaló el hombre del asiento posterior.

Se inclinó hacia adelante, tenso, mientras humedecía los labios reseco; las manos cruzadas estaban percutidas por la tierra.

- No olviden que este no es su medio natural. En Próxima trabajaban unidos, en cambio aquí han sido separados en unidades y además, la gravedad es superior.

Charlotte asintió, aunque no muy convencida.

- ¡Dios mío! - dijo la joven, con tono quejoso -. Es horrible... ¡Miren esto! - sacó un objeto pequeño del bolsillo del suéter, del tamaño de una moneda -. Todo lo que reproduce ahora es como esto, o peor quizá...

Fergesson tomó la pieza para inspeccionarla: era un reloj. La correa se deshizo entre sus dedos, convirtiéndose en pequeños fragmentos fibrosos sin fuerza tensil. El cuadrante del reloj estaba bien, pero las agujas no se movían.

- No funciona - explicó Charlotte tomando el reloj y abriendo la parte posterior de la caja.

- ¿Ve? - preguntó sosteniendo en alto el reloj para que el otro mirara, mientras sus labios rojos se estiraban en un gesto de disgusto -. Hice una cola de media hora para conseguir esta deformidad.

El mecanismo del pequeño reloj suizo era una masa informe y fundida de acero brillante, no se notaba ninguna ruedecilla ni rubíes ni espirales, sólo una masa abudinada y brillante.

- ¿En qué se guió para hacerlo? - preguntó el hombre de atrás -. ¿Disponía de alguno original?

- No, de una reproducción, pero era buena; pertenecía a mi madre y el mismo Biltong la había hecho hace unos treinta y cinco años. ¿Cómo creen que me sentí cuando lo vi? No puedo usarlo.

Charlotte tomó el reloj abudinado y volvió a guardarlo en el bolsillo del suéter.

- Me enojé tanto que estuve a punto de... - se interrumpió mientras se enderezaba -. ¡Oh, ya llegamos! ¿Ven aquel letrero de luz fluorescente? Allí empieza la colonia.

El letrero anunciaba ESTACIONES MODELO INC. en tres colores: blanco, azul y rojo. Era una construcción inmaculadamente limpia al borde del camino. ¿Inmaculada? Cuando estuvieron a la par de la estación, Fergesson aminoró la velocidad del coche. Los tres miraron fijamente hacia afuera, tensos, preparados para la sorpresa que vendría.

- ¿Ven ustedes? - dijo Charlotte con una vocecita entrecortada.

La estación de servicio se estaba viniendo abajo. Era un pequeño edificio blanco, viejo y carcomido; una estructura tambaleante que se estaba desmoronando, arqueada como una antigua reliquia. La luz fluorescente parpadeaba a intervalos regulares. Las bombas de gasolina estaban torcidas y oxidadas. La estación de servicio parecía a punto de desaparecer, de sumergirse nuevamente entre las negras cenizas movedizas, de volver al polvo del que había salido.

Un frío de muerte paralizó a Fergesson al mirar la estación ruinoso; en su colonia no había todavía tanta destrucción, y en cuanto a las reproducciones, se gastaban. El Biltong de Pittsburgh hacía una nueva para reemplazarlas. Nuevas reproducciones se hacían tomando como modelos originales conservados de la guerra. Pero en este lugar, los grabados que constituían toda la colonia, no podían reemplazarse.

En realidad a nadie podía culparse; como toda otra raza, los Biltong tenían sus limitaciones, ya habían dado todo lo posible y era preciso considerar que estaban trabajando en un medio extraño para ellos.

Probablemente eran originarios del sistema de Centauro. Habían llegado en las postrimerías de la guerra, atraídos quizá por el relampagueo de la Bomba H, y encontraron a los pocos sobrevivientes de la raza humana, arrastrándose miserablemente por las negras cenizas radiactivas, tratando de salvar lo que podían de su destruida cultura.

Hubo un período de análisis; después los Biltong se separaron en unidades y empezaron el proceso de reproducir los objetos que los humanos les llevaban. De esa manera sobrevivían, en su propio planeta habían formado una membrana envolvente que contenía un medio propicio en un mundo que en todo sentido les resultaba hostil.

Junto a una de las bombas un hombre trataba de llenar el tanque de su Ford '66. Frustrado, sólo atinó a maldecir, y de un tirón destrozó la manguera podrida. Un fluido ambarino y opaco se vertió sobre el suelo empapando los guijarros manchados de grasa. El líquido escapaba por más de diez agujeros que había en la superficie de la bomba. De pronto una de las bombas tembló y se desmoronó, formando una pila irregular.

Charlotte bajó el cristal de la ventanilla.

- ¡Ben, la estación Shell está en mejores condiciones! - gritó Charlotte -. Queda del otro lado de la colina.

- ¡Maldito sea! - dijo el hombre corpulento -. No puedo conseguir nada aquí. ¿Por qué no me llevan hasta el pueblo para llenar mi bidón de emergencia?

Fergesson, tembloroso, abrió la portezuela.

- ¿Por esta zona todo está así? - preguntó.

- Peor aún - contestó Ben Untermeyer, recostándose junto al otro pasajero - ¡Miren hacia allá! - dijo mientras el Buick ronroneaba al arrancar.

Un negocio de almacén se había desmoronado y convertido en un montículo de cemento y columnas de acero. Las ventanas estaban destrozadas, había pilas de mercadería por todas partes. Alguna gente recorría las ruinas recogiendo paquetes de mercadería que cargaban en sus brazos. Casi todos los rostros tenían una expresión sombría, hosca.

La calle estaba en malas condiciones, llena de baches y grandes rajaduras, los costados desgastados. Una cañería principal rota dejaba escapar borbotones de agua sucia que formaba un charco. Tanto los negocios a ambos lados de la calle, como los coches estacionados, estaban sucios y descuidados. Todo tenía aspecto de decadencia y abandono. Habían cerrado con tablones un puesto de lustrar zapatos, y las ventanas rotas estaban tapadas con trapos mugrientos; el letrero anunciador estaba descascarado y torcido. Vecino a ese local, en un sucio café, había en ese momento dos clientes, hombres de aspecto miserable, con viejos trajes arrugados, que bebían un café fangoso de tazas cascadas; el líquido pardo goteaba de la base de las tazas cuando las levantaban del mostrador carcomido por los gusanos.

- Esto no puede durar mucho más - murmuró Untermeyer, secándose la frente -. A este paso, no tienen salvación. La gente tiene miedo de ir al cine; de todas maneras, las películas se cortan a cada momento y muchas veces pasan lo de abajo para arriba.

Dirigió una mirada curiosa al hombre que estaba a su lado.

- Me llamo Untermeyer - farfulló.

Se dieron la mano.

- John Dawes - respondió el hombre vestido de gris, sin agregar nada más.

Había hablado muy poco desde que Fergesson y Charlotte lo hicieron subir al coche; sólo dijo algunas palabras sueltas.

Untermeyer sacó un diario arrollado del bolsillo de su chaqueta, y lo arrojó al asiento del frente, junto a Fergesson.

- Esta mañana encontré esto en el porche de mi casa.

Las páginas del periódico estaban impresas con una barahúnda de palabras sin sentido, y formaba vagos manchones donde la tinta fresca y acuosa no se había secado bien, y se traslucía además del otro lado, distorsionando el texto.

Fergesson trató de encontrarle sentido a distintos párrafos, pero fue inútil. Eran varias historias confusamente entremezcladas, y titulares que no decían nada.

- En esa caja Allen lleva algunos originales - dijo Charlotte -, son para nosotros.

- No les servirá de nada - afirmó melancólicamente Untermeyer -. En toda la mañana no hizo un sólo movimiento. Esperé en la fila con una tostadora automática que deseaba reproducir, pero tuve mala suerte. Me volví a casa en el coche, y se me estropeó en medio del camino. Levanté el capó para ver qué pasaba pero ¿quién entiende de motores? Ese no es nuestro trabajo. Anduve deambulando un rato hasta que llegué a la Estación Modelo... El metal del coche está tan desgastado, que puede perforarse con el dedo.

Fergesson detuvo el Buick frente al edificio blanco de departamentos donde vivía Charlotte. Tardó un poco en reconocer la casa; desde la última vez que la viera, un mes atrás, mostraba algunos cambios. Habían levantado un andamiaje de madera en torno al edificio, el almacén era improvisado y rústico. Algunos obreros revisaban con temor los cimientos, todo el edificio parecía hundirse hacia un costado. Profundas rajaduras abrían sus fauces a lo largo de las paredes, y había trozos de yeso esparcidos alrededor. Frente al edificio, la sucia vereda había sido rodeada por un cordón.

- Nada podemos hacer sin ayuda - se quejó amargamente Untermeyer -. No nos queda más que sentarnos a mirar cómo todo se viene abajo. Si no vuelve pronto a la vida, no sé qué será de nosotros.

- Todo lo que reprodujo en las primeras épocas se está deteriorando - dijo Charlotte mientras abría la portezuela para descender a la calle -, y ahora todo lo que reproduce es abudinado. ¿Qué podemos hacer?

El fresco del mediodía le provocó escalofrío.

- Me imagino que terminaremos como la colonia de Chicago - concluyó.

La mención del lugar dejó inmóviles a los cuatro. Chicago era la colonia que se había desmoronado. El Biltong que tenían había envejecido y finalmente murió. Completamente agotado, se había convertido en una pirámide de materia sin vida. En torno a él las calles y edificios que había reproducido se desgastaban rápidamente, convirtiéndose en cúmulos de negras cenizas.

- No desovó - susurró Charlotte, temerosa -. Se desgastó grabando y grabando... Finalmente, se fue poniendo triste, y murió.

Tras una pausa, Fergesson habló con la voz enronquecida:

- Pero los otros se dieron cuenta y enviaron un sustituto cuando pudieron.

- Demasiado tarde - gruñó Untermeyer -, la colonia ya estaba en decadencia. Todo lo que quedaba era tal vez un par de sobrevivientes tiritando de frío y muertos de hambre, que terminaron devorados por los perros malditos que salen de todas partes y se regalan con verdaderos festines.

Estaban junto a la acera carcomida, dominados por el terror y las dudas. El rostro macilento de John Dawes tenía una expresión de horror, como si el miedo le llegara hasta los huesos. Fergesson pensaba nostálgicamente en su colonia, a sólo unos dieciocho kilómetros hacia el Este. El Biltong de Pittsburgh era joven y viril, estaba en la plenitud de sus fuerzas y poseía todo el don creativo de su raza. ¡Nada tenía que ver con lo que veía aquí!

En la colonia de Pittsburgh los edificios estaban fuertes, bien erectos; las aceras, limpias y firmes. En los escaparates de los negocios, los aparatos de televisión, las tostadoras, los coches, los pianos, la ropa y las botellas de whisky, así como los melocotones congelados, eran perfectas reproducciones del original, auténticas en todos sus detalles que no podían distinguirse muchas veces de los artículos reales conservados en los refugios subterráneos cerrados al vacío.

- Si esta colonia se extingue - dijo Fergesson con cierto embarazo -, quizás algunos de ustedes puedan venir con nosotros.

- ¿Cree que el Biltong de ustedes puede reproducir para más de cien personas? - preguntó tímidamente John Dewes.

- Por ahora sí - contestó Fergesson señalando con orgullo su Buick -. Usted que ha viajado en mi coche, sabe lo bueno que es. Casi como el original. Para poder distinguir uno del otro, habría que ponerlos juntos.

Sonrió débilmente y aprovechó la ocasión para hacer un viejo chiste:

- Y ¿quién dice que no me haya quedado con el Buick original?

- No creo que debamos tomar ninguna decisión en este momento - dijo Charlotte cáusticamente -. Creo que todavía nos queda un margen de tiempo.

Cogió la caja de acero del asiento, y se acercó a los escalones del edificio de departamentos.

- Suba con nosotros, Ben - e indicó con un movimiento de cabeza a Dawes -. Usted también. Podemos tomar un poco de whisky. No tiene muy mal gusto, parece liquido anticongelante... La etiqueta no es muy legible pero aparte de eso, no está abudinado.

Un obrero la detuvo cuando posó el pie en el primer escalón.

- Perdone señorita, no puede subir.

Charlotte, disgustada, se apartó un poco, el rostro pálido de incredulidad.

- Vivo arriba, en uno de los departamentos; tengo todas mis cosas allá, es mi casa.

- El edificio peligra - afirmó el obrero.

En realidad, no se trataba de un simple trabajador sino de uno de los ciudadanos de la colonia que se había presentado como voluntario para cuidar el edificio, que ya se estaba derrumbando.

- Mire esas rajaduras, señorita.

- Hace mucho que están - respondió Charlotte.

Estaba perdiendo la paciencia. Con un gesto llamó a Fergesson.

- Vamos - dijo, y subió ágilmente al vestíbulo, dispuesta a abrir la gran puerta de vidrio.

Al mover la puerta, salió de sus goznes y estalló en mil pedazos. Astillas de cristal saltaron por doquier como un manojo de flechas fatales que sale en todas direcciones. Charlotte se hizo hacia atrás dejando escapar un grito, mientras sentía bajo sus pies que el cemento iba cediendo. Todo el gran vestíbulo se desplomó con gran estruendo, transformándose en una gran pirámide de polvo blanco.

Entre Fergesson y el trabajador ayudaron a la muchacha, que quedó tambaleándose, mientras Untermeyer buscaba desesperadamente la caja de acero entre las nubes de polvo. Al fin, sus dedos dieron con la caja, y la arrastró hasta la acera.

Fergesson y el trabajador se abrieron paso entre los escombros del vestíbulo sosteniendo a Charlotte, que hacía gestos histéricos que le deformaban el rostro, en sus desesperados esfuerzos por hablar.

- ¡Todas mis cosas! - logró murmurar, por fin.

- ¿Te has lastimado? ¿Estás bien? - preguntó Fergesson mientras le sacudía el polvo con gestos inseguros.

- No estoy lastimada - dijo Charlotte mientras se limpiaba un hilo de sangre y restos de polvo blanco que le cubrían la cara.

Tenía un tajo en la mejilla, los cabellos desordenados y sucios. Su suéter de lana rosada estaba sucio y desgarrado; toda la ropa se le había estropeado.

- La caja - dijo -. ¿La has encontrado?

- Sí, está bien - dijo John Dawes, impasible.

No había avanzado ni un paso desde que bajara del coche.

Charlotte se apretó contra Fergesson, temblando de miedo y desesperación.

- ¡Mira! - susurró -. Mira mis manos - levantó las manos sucias de polvo blancuzco -. Se está tornando negra...

El polvo espeso que le manchaba la cara y los brazos se estaba oscureciendo; mientras lo miraban, pasó del gris al negro carbón. Las ropas desgarradas de la muchacha se retorcieron y encogieron en torno a su cuerpo, después se resquebrajaron como un hollejo reseco, cayendo a sus pies.

- Entra al auto - le sugirió Fergesson -, y cúbrete con mi manta. Es de mi colonia.

Junto con Untermeyer la ayudaron a envolverse en la gruesa manta. Charlotte se arrellanó en el asiento, los ojos agrandados por el terror; algunas gotas brillantes de sangre que le caían de la mejilla, eran absorbidas por la trama de rayas azules y amarillas de la manta. Fergesson encendió un cigarrillo y se lo colocó entre los labios temblorosos.

- Gracias - logró murmurar la joven.

Su mano insegura tomó el cigarrillo.

- Allen, ¿qué demonios vamos a hacer?

Con gesto solícito Fergesson sacudió el polvo oscuro que se había depositado en el pelo rubio de la muchacha.

- Iremos con el coche hasta donde está el Biltong, y le mostraremos los originales que hemos traído - dijo Fergesson -. Quizá pueda hacer algo; la presencia de objetos nuevos a veces obra como un estímulo para reproducir. Puede ser que así se reactive.

- No está simplemente dormido, Allen - dijo Charlotte con la voz entrecortada -. Está muerto, te lo aseguro.

- Todavía no - protestó Untermeyer, obstinado.

Pero en la mente de todos rondaba el mismo pensamiento amenazador, la casi certeza de lo irreparable.

- ¿Ha ovulado? - preguntó Dawes.

La expresión de Charlotte le dio la respuesta.

- Hizo lo posible. Algunos incubaron, pero no alcanzaron a vivir. Vi algunos huevos, pero...

Ella permaneció en silencio. Los demás sabían el resto. El esfuerzo por mantener viva a la raza humana había esterilizado a los Biltong. Huevos muertos, prole incubada sin vida...

Fergesson se deslizó dentro del auto y ocupó su lugar al volante. Trató de cerrar la puerta con un golpe seco, pero quedó abierta. Tal vez había algún trozo de metal que sobresalía, o quizás estaba mal formada. También ésta era una reproducción imperfecta; una insignificancia, tal vez algún microscópico elemento había arruinado el conjunto. El lujoso Buick estaba igualmente abudinado, lo que demostraba que el Biltong de su colonia también se estaba desgastando. Tarde o temprano, lo que había sucedido en la colonia de Chicago se repetiría con todas las otras.

Alrededor del parque había varias hileras de coches estacionados, silenciosos. El parque estaba lleno de gente; toda la colonia parecía haberse dado cita en el lugar. Cada uno necesitaba desesperadamente la reproducción de alguna cosa. Fergesson apagó el motor y se guardó la llave en el bolsillo.

- ¿Puedes venir? - preguntó a Charlotte -. Aunque quizá sea mejor que te quedes ahí.

La chica se había vestido con un pantalón y una camisa deportiva que Fergesson había encontrado en un negocio en ruinas. No tuvo ningún reparo en ponerse esas prendas; casi todos, hombres y mujeres, buscaban infatigablemente entre los diversos artículos esparcidos por la acera. Esas ropas al menos, podían durar algunos días más.

Fergesson había elegido con cuidado algunas prendas para Charlotte. En la trastienda encontró pilas de camisas de tela resistente, y algunos pantalones. Parecía que se habían salvado de la temible pulverización negra. Se trataba de reproducciones recientes o, ¿por qué no?, de originales guardados por los dueños, que habían servido de modelos para copiar. En una zapatería que todavía estaba abierta, había encontrado un par de sandalias de tacón bajo. Además, le había dado un cinturón después que el que sacara de la tienda se había desintegrado mientras trataba de ajustarlo en torno a la cintura de la muchacha.

Mientras los cuatro se iban acercando al centro del parque, Untermeyer llevaba la caja firmemente entre sus manos. La gente caminaba en silencio, con el rostro preocupado, la expresión sombría. Nadie hablaba; todos llevaban algún objeto preciado u originales cuidadosamente conservados a través de los siglos, o buenas reproducciones con pequeños defectos. Los rostros eran máscaras tensas en que la ansiedad se mezclaba con el temor.

- Miren, aquí están - dijo Dawes, que había quedado retrasado -. Los huevos muertos.

Bajo un grupo de árboles, a la orilla del parque, había un cúmulo de esferas color gris parduzco, del tamaño de pelotas de básquet. Algunos estaban rotos, tenían la superficie endurecida, calcinada. Había trozos de cáscara esparcidos por doquier.

Untermeyer dio un puntapié a uno de los huevos; frágil y vacío como estaba, se hizo añicos.

- Algún animal debe haberlos sorbido - dijo -. Nos estamos acercando al fin, Fergesson. Creo que los perros llegan hasta aquí de noche, y se alimentan de ellos. Está demasiado débil para proteger sus huevos.

Un espasmo de indignación sorda sacudió a la multitud que esperaba. Los ojos con los bordes enrojecidos expresaban enojo y miseria mientras aferraban sus objetos. Todos se mantenían unidos en una masa compacta, para darse coraje; era un anillo de humanidad indignada y paciente al mismo tiempo. Empezaban a cansarse de esperar.

- ¿Qué diablos es esto? - preguntó Untermeyer.

Se había puesto en cuclillas ante un objeto de forma vaga arrojado bajo un árbol. Pasó los dedos sobre el montón informe de metal. El objeto parecía fundido como cera, no podían distinguir en él características precisas.

- No puedo identificarlo - dijo.
- Es una cortadora eléctrica de césped - dijo hoscamente un hombre que estaba cerca.
- ¿Cuánto hace que lo reprodujo? - preguntó Allen.
- Cuatro días - contestó el hombre golpeando la máquina con furia -. Ni siquiera se distingue lo que es. Puede ser cualquier cosa. La mía está gastada, traje la original que había en la colonia; pasé un día haciendo la cola... Y miren lo que conseguí - dijo escupiendo con desprecio -. No vale nada. La dejé tirada, ¿para qué llevarla a casa?
- ¿Que vamos a hacer? - preguntó su mujer, con voz chillona y dura -. La cortadora vieja ya no nos sirve; se está cayendo en pedazos, como todo lo que hay por aquí. Si las reproducciones no sirven, entonces...
- Cállate - la reprendió su marido.

El rostro feo tenía las huellas de la ansiedad; entre los dedos largos y huesudos llevaba un trozo de caño pesado.

- Esperaremos un poco más - afirmó -; tal vez salga del estado en que está.

Un murmullo esperanzado formó eco a las palabras del hombre. Charlotte tiritó y siguió en la misma vena.

- No censuro a ese hombre - dijo ella a Fergesson -. Pero, ¿de qué servirá...? - y sacudiendo tristemente la cabeza agregó -: Si no puede hacernos buenas reproducciones.
- No puede, ¿no ve que no puede? - dijo John Dawes -. ¡Mírenlo bien! - se paró deteniendo al resto de la gente -. Mírenlo y díganme si creen que puede hacer algo mejor.

Era indudable que el Biltong se moría. Era grande y viejo, y se había puesto en cucullas en el centro del parque; parecía una enorme burbuja de protoplasma amarillento, espeso y gomoso, sin brillo. Los pseudópodos reseco se habían encogido hasta parecer serpientes oscuras que yacían inmóviles sobre el césped parduzco. En el centro de la masa había un extraño hundimiento. El pálido sol se encargaba de secar lentamente la humedad de las venas. El Biltong se estaba deshidratando.

- ¡Dios mío! - susurró Charlotte -. ¡Qué horrible aspecto tiene!

La protuberancia central del Biltong se agitó suavemente; algunos suspiros de impaciencia escaparon de la masa indefensa, mientras trataba de luchar por aferrarse al resto de vida que le quedaba. Enjambres de moscas pegajosas negro-azuladas volaban en torno. El Biltong emanaba un denso olor, el olor a materia podrida. Un poco de líquido orgánico formó un charco turbio cerca de él.

Dentro del protoplasma amarillento, la densa masa del sistema nervioso estaba agitada por las rápidas pulsaciones de la agonía, que con movimientos espasmódicos enviaba ondas concéntricas que sacudían la carne indiferente. Los filamentos degeneraban a ojos vistas, transformándose en gránulos calcinados. Vejez, deterioro, sufrimiento...

Frente al Biltong, sobre la plataforma de cemento, un cúmulo de objetos originales esperaba ser reproducido. Junto a ellos había algunos trabajos empezados, pelotas informes de ceniza oscura mezclada con la humedad del cuerpo del Biltong, el jugo que antes empleara para efectuar sus trabajos. Después de suspender la actividad, había recogido sus pseudópodos y descansaba penosamente, tratando de sobrevivir un poco más.

- ¡La pobre cosa! - dijo Fergesson casi sin darse cuenta -. No puede continuar así.
- Hace más de seis horas que permanece sentado de ese modo - dijo una mujer al oído de Fergesson -. ¿Qué hace allí, sentado? No sé qué quiere de nosotros; ¿tal vez que nos pongamos de rodillas y le roguemos?

Dawes se volvió furioso hacia ella.

- ¿Acaso no se da cuenta de que se está muriendo? En nombre de Dios, déjenlo tranquilo.

Un murmullo amenazador surgió de entre la multitud. Muchos rostros se volvieron hacia Dawes, que los ignoró completamente. A su lado, el cuerpo de Charlotte se había convertido en un polo rígido de espanto. El miedo le enturbiaba la mirada.

- Ten cuidado - Untermeyer previno a Dawes -. Mucha de esta gente está desesperada por cosas que necesitan. Esperan para conseguir comida.

No había tiempo que perder. Fergesson quitó la caja de acero a Untermeyer y la abrió de un tirón. Se inclinó, sacó los originales y los dispuso sobre el césped.

Hubo en torno un murmullo de sorpresa y admiración. Fergesson sintió una punzada de dolorosa satisfacción. En la colonia no había originales como esos, sólo disponían de

reproducciones imperfectas, copias de duplicados llenos de defectos. Cogió uno por uno los preciosos objetos, y los trasladó hasta la plataforma, frente al Biltong.

Algunos hombres trataron de impedirle el paso, hasta que vieron los originales que llevaba.

Dejó en el suelo un encendedor Ronson plateado, un microscopio binocular de Bausch & Lomb que conservaba aún la superficie negra y granulosa dentro del estuche de cuero original; una púa de fonógrafo de alta fidelidad, y una reluciente copa de cristal Steuben.

- Esos son originales de primera calidad - declaró un hombre que se hallaba cerca -. ¿De dónde los sacó?

Fergesson no contestó. Estaba mirando al Biltong moribundo que no hizo ningún movimiento, aunque miró a los originales junto a los demás objetos.

Dentro de la masa amarillenta, las fibras duras se agitaron formando un conglomerado. El orificio frontal se estremeció para entreabrirse después; una violenta ondulación agitó la masa del protoplasma. De la apertura manaron algunas burbujas rancias. Un espasmo sacudió brevemente uno de los pseudópodos, y con gran esfuerzo avanzó sobre el césped resbaloso. Se detuvo y pudo ponerse en contacto con el cristal Steuben.

Juntó un cúmulo de cenizas negras, lo humedeció con el fluido del orificio frontal; se formó un globo opaco, grotesca imitación de la copa. El Biltong retrocedió un tanto, tratando de acumular fuerzas. Intentó una vez más formar una burbuja, pero repentinamente, sin ningún aviso, un violento temblor sacudió toda la masa protoplasmática y los pseudópodos cayeron sin fuerzas. Se retorció por algunos segundos, pareció vacilar tristemente, y se retiró hacia el cúmulo central.

- No hay nada que hacer - dijo Untermeyer con voz ronca -. Ya no puede, es demasiado tarde.

Fergesson logró, con la mano entorpecida y dura, reunir los originales. Temblando, volvió a colocarlos en la caja de acero.

- Me equivoqué - murmuró, poniéndose de pie -; pensé que esto lo haría reaccionar, no me había dado cuenta de que ya quedaba tan poco.

Charlotte, conmovida y sin palabras, se alejó a ciegas de la plataforma. Abriéndose paso entre la multitud enojada, Untermeyer la siguió de cerca.

- Esperen un momento - dijo Dawes -. Tengo algo para hacer otra prueba.

Fergesson esperó incrédulo, mientras Dawes palpaba dentro del bolsillo de su rústica camisa gris. Sacó algo envuelto en un viejo periódico. Era una burda taza de madera, mal formada e irregular. Una extraña sonrisa le iluminó la cara al ponerse en cuclillas para depositar la taza frente al Biltong. Charlotte miraba la escena, vagamente sorprendida.

- ¿De qué sirve? Supongamos que hace una reproducción - dijo, tanteando la taza de madera con el tacón de la sandalia -. Es tan simple que tu mismo podrías duplicarla.

Fergesson dio un respingo. Dawes interceptó su mirada; por un momento los dos se miraron fijamente: Dawes, con una leve sonrisa, y Fergesson, alerta ante el descubrimiento que acababa de realizar.

- Eso es - dijo Dawes -. La hice yo.

Fergesson tomó la taza. La volvió de uno y otro lado, tembloroso.

- ¿Con qué la hiciste? No entiendo cómo te las arreglaste. ¿Qué usaste para hacerla?

- Derribamos algunos árboles - dijo Dawes mientras hacía deslizar del cinturón un objeto con un brillo metálico un tanto opaco. Tomen con cuidado, no vayan a cortarse.

El cortaplumas era tan rústico como la taza. Había sido hecho a martillazos, y la hoja estaba unida al mango por medio de un alambre.

- ¿Tú hiciste este cortaplumas? - preguntó Fergesson, atónito -. Es increíble. ¿Cómo empezaste? Es preciso tener ciertas herramientas para hacer cosas como esas. Es una verdadera paradoja - el tono elevado de su voz revelaba cierta histeria -. ¡No es posible! - concluyó.

Charlotte se volvió, decepcionada.

- No sirve - dijo -. ¿Qué podrías cortar con eso? - con un tono patético y cargado de nostalgias agregó -. En la cocina tenía un juego completo de cuchillos del mejor acero inoxidable de Suecia. Y ahora están convertidos en un montón de ceniza negra.

Un millón de preguntas pasó por la excitada mente de Fergesson.

- Escucha: esta taza, este cortaplumas... ¿Ustedes forman algún grupo? Y la tela de tu ropa, ¿también la has hilado tú?

- ¡Vamos! - dijo Dawes bruscamente, recuperando la taza y el cortaplumas. Se apartó de los demás con rapidez.

- Será mejor que nos alejemos pronto, el fin está muy cerca - dijo.

La gente se iba alejando del parque. Abandonada toda esperanza, caminaban arrastrando los pies, con las cabezas bajas, sintiendo todo el peso de su desgracia y dispuestos a revisar los negocios en ruinas por si encontraban restos de comida. Los motores de algunos coches dieron señales de vida, y se alejaron lentamente del lugar.

Untermeyer se humedeció los labios carnosos. El miedo había dejado manchas rojizas en su piel pálida.

- Están desesperados y son capaces de cualquier cosa - susurró a Fergesson -. Esta colonia se viene abajo; dentro de algunas horas no quedará nada. No habrá comida ni lugar donde estar.

Volvió hacia el coche la mirada ansiosa; un velo de decepción cubrió sus ojos. No era el único que había reparado en el coche.

Un grupo de hombres, con caras hostiles, se agrupaba lentamente en torno al polvoriento Buick. Como niños hambrientos e inquietos, metían los dedos por todas partes, revisaban los parachoques, tocaban las luces, comprobaban la firmeza de los neumáticos. Muchos hombres tenían armas burdamente improvisadas; trozos de caños, piedras, pedazos de acero quitados de edificios desmoronados.

- Saben que no es de esta colonia - dijo Dawes -, y por lo tanto, que volverá al lugar de donde vino.

- Puedo llevarte a la colonia de Pittsburgh - dijo Fergesson a Charlotte dirigiéndose al coche -. Diré que eres mi esposa. Después podrás decidir si te interesan los trámites legales.

- ¿Y qué pasará con Ben...? - preguntó Charlotte débilmente.

- No puedo casarme con él - contestó Fergesson, irritado, apresurando el paso -. Puedo llevarlo, pero no van a permitirle que se quede. Tienen un sistema de cuotas.

- Salgan del camino - previno Untermeyer a un grupo de hombres que había formado un cordón.

Se acercó hacia ellos con deseos de venganza. Después de vacilar un momento, los otros se retiraron y lo dejaron pasar. Untermeyer quedó junto a la puerta, el cuerpo enorme, tenso y alerta.

- Tráela hasta aquí. ¡Con cuidado! - le dijo a Fergesson.

Fergesson y Dawes, y Charlotte entre medio de ambos, se abrieron paso entre la fila de hombres hasta donde estaba Untermeyer. Fergesson entregó la llave al hombre corpulento y Untermeyer abrió la puerta de un tirón. Hizo entrar a Charlotte y con un movimiento de cabeza indicó a Fergesson que entrara por el otro lado.

El grupo de hombres reaccionó.

Mediante un poderoso puñetazo, Untermeyer lanzó al líder contra el resto de los hombres. Se escurrió detrás de Charlotte y logró colocarse al volante. El motor se encendió con un chirrido. Untermeyer lo puso en primera y se apoyó en el acelerador con toda su fuerza. El automóvil avanzó un poco. Los otros daban desesperados manotazos tratando de coger al hombre y a la mujer por la puerta abierta.

Untermeyer cerró la puerta de un golpe y le puso traba. Mientras el coche cobraba velocidad, Fergesson tuvo la última visión del hombre gordo que transpiraba, la cara deformada por el miedo.

Los del grupo trataban en vano de aferrarse a los costados resbaladizos del coche. A medida que aumentaba la velocidad uno a uno fueron quedando atrás. Un pelirrojo corpulento se agarró desesperadamente de la capota y manoteó el cristal tratando de tocar la cara del conductor que estaba detrás. Untermeyer hizo describir una curva cerrada al auto; el pelirrojo quedó colgado por un momento, luego abrió la mano y cayó de cara sobre el pavimento.

El coche zigzagueó y desapareció al fin tras una hilera de edificios caídos. Se apagó el sonido de los neumáticos. Al menos Untermeyer y Charlotte iban camino a la colonia de Pittsburg, a lugar seguro. Fergesson quedó mirando el coche hasta que la presión de la mano de Dawes sobre su hombro lo volvió a la realidad.

- Bueno - dijo -. Adiós coche, al menos Charlotte pudo escapar.

- Vamos - le dijo Dawes al oído -. Espero que tus zapatos estén en buenas condiciones. Tenemos mucho que caminar.

- ¿Caminar? ¿Hacia dónde? - preguntó Fergesson, parpadeando.
- Nuestro campamento más cercano está a cuarenta y cinco kilómetros de aquí. Creo que podemos llegar.

Empezó a caminar. Después de un momento, Fergesson lo siguió.

- Si lo hice antes, puedo hacerlo otra vez - dijo Dawes, animándose.

Detrás de los dos volvía a reunirse la multitud que concentraba su atención en el Biltong moribundo. Se oyeron murmullos de descontento; la frustración e impotencia colectiva ante la pérdida del coche, se elevó en una discordante cacofonía que llegó a una crisis de violencia. Lentamente, como un río desbordado que busca un nuevo nivel, la masa iracunda se acercó a la plataforma de cemento.

Sobre ella, el viejo Biltong agonizante esperaba. Tenía conciencia de la proximidad de la multitud. Sus pseudópodos se habían retorcido en un último esfuerzo de acción, y tuvieron un espasmo final.

En ese momento Fergesson vio algo terrible que lo llenó de vergüenza, e hizo que su mano humillada dejara escapar la caja de metal, que chocó contra el suelo con un ruido metálico y reverberante. La recogió aturdido, y quedó inmóvil por un momento, tomándola con fuerza. Tuvo deseos de salir corriendo sin rumbo. Deseaba esconderse entre las sombras, en el silencio que rodeaba a la colonia; habría preferido encontrarse en la negra desolación de las cenizas.

El Biltong hacía esfuerzos por reproducir un escudo protector, cuando la turba se le acercó.

Después de caminar durante un par de horas, Dawes se detuvo y se arrojó sobre la negra ceniza que cubría todo.

- Descansemos un poco - murmuró Fergesson -. Traje algo para comer, usaremos el encendedor Ronson, si es que le queda algo de fluido.

Fergesson abrió la caja de metal y le alcanzó el encendedor a Dawes. Un viento frío y maloliente pareció envolverlos, formando tétricas nubes de ceniza que se cernían sobre la desierta superficie del planeta. A lo lejos, los muros quebrados de algunos edificios apuntaban hacia arriba, como huesos gigantescos astillados. La maleza crecía por todas partes.

- Todo no está tan muerto como parece - comenté Dawes mientras recogía pequeños trozos de madera y restos de papeles entre las cenizas, que los rodeaban -. Ya sabes que hay perros y conejos, así como muchas plantas de semillas. Todo lo que tenemos que hacer es limpiar las cenizas y volverán a crecer.

- ¿Agua? Pero si ya no llueve. Casi no recuerdo el nombre que le dábamos a ese fenómeno.

- Debemos cavar pozos, siempre hay agua en la profundidad; sólo es preciso cavar para encontrarla.

En el encendedor quedaba un poco de fluido. Dawes encendió una pequeña hoguera, y devolvió el Ronson a su compañero. Luego concentró toda su atención en alimentar el fuego.

Fergesson quedó mirando el encendedor.

- ¿Cómo se puede hacer algo igual a esto? - preguntó de pronto.

- No es posible - contestó Dawes mientras buscaba en su chaqueta un paquete de alimentos disecados; un trozo de carne salada y maíz seco -. No se puede empezar fabricando cosas complejas. Hay que empezar por lo más simple.

- Un Biltong fuerte es capaz de reproducir esto. El de Pittsburg puede hacer una copia perfecta.

- Lo sé - admitió Dawes -. Eso es lo que nos ha mantenido atrasados. Ahora debemos esperar hasta que ellos abandonen, y ese día está muy cercano, ya lo sabes. Deberán volver a su propio sistema galáctico. Para ellos, permanecer aquí es genocidio.

- Cuando se vayan morirá nuestra civilización - dijo Fergesson mirando fijamente el encendedor.

- ¿Ese encendedor? - preguntó Dawes con una sonrisa -. Eso desaparecerá por mucho, mucho tiempo. Pero no creo que hayas encontrado el ángulo adecuado para encarar el asunto. Tendremos que sufrir un lento proceso de reeducación. Para mí también es duro, no lo creas.

- ¿De dónde eres tú?

- Soy uno de los sobrevivientes de Chicago - contestó Dawes, tranquilamente -. Después del colapso final, vagué por todas partes; maté animales a pedradas, dormí en sótanos, luché con los perros a brazo partido. Por último, encontré el camino hacia uno de los campamentos;

muchos habían llegado antes que yo. Tal vez no lo sepas amigo, pero Chicago no fue la primera en caer.

- ¿Y te encargas de reproducir herramientas, como ese cortaplumas?

Dawes dejó escapar una risa sonora.

- Has empleado la palabra que no corresponde; no es reproducir, sino construir. Estamos fabricando herramientas, hemos construido varias cosas - sacó la taza y la colocó sobre las cenizas.

- Reproducir significa meramente copiar - continuó -. No puedo explicarte lo que en realidad significa construir; tendrás que hacerlo, para darte cuenta... Construir y reproducir son dos cosas totalmente distintas.

Dawes dispuso los tres objetos sobre las cenizas; el elegante vaso de cristal de Steuben, su tosca taza para beber, y la ampolla, la fracasada reproducción del Biltong moribundo.

- Así eran las cosas - dijo, señalando el vaso de Steuben -. Algún día volverán a ser así... Pero debemos seguir el camino correcto, el camino difícil, paso a paso, para llegar a lo que deseamos.

Colocó con sumo cuidado la pieza de cristal en la caja de acero.

- La conservaremos, no para copiarla sino como modelo, como objetivo, como fuente de inspiración. Tal vez en este momento no entiendas en qué consiste la diferencia, pero algún día lo harás. En este punto estamos ahora - dijo, señalando la taza de madera -. No te rías, no creas que esto no es civilización. Lo es, aunque de una forma más simple y burda; pero es algo verdadero, tendremos que seguir avanzando a partir de esto.

Recogió la burbuja, la réplica que el Biltong no pudo terminar. Tras un momento de meditación, se volvió hacia atrás y la arrojó por sobre el hombro. La ampolla dio contra algo, rebotó, y después se hizo añicos.

- Eso no es nada - dijo Dawes con intensidad -. Esta taza es mejor. Esta taza de madera está más cerca del cristal de Steuben, que cualquier reproducción.

- Estás muy orgulloso de tu taza - observó Fergesson.

- Puedes estar bien seguro de ello - afirmó Dawes mientras ponía la taza junto al vaso de Steuben -. Un día de estos podrás entender la razón. Tardarás un poco, pero lo entenderás.

Procedió a cerrar la caja de metal. Se detuvo un momento y tocó el encendedor Ronson. Sacudió la cabeza con pesadumbre.

- No será en nuestro tiempo - dijo al cerrar la caja -. Hay demasiados pasos intermedios..., y todos están muy bien guardados en la conciencia humana. Sólo cabe esperar.

El rostro delgado de John Dawes lució una chispa de gozosa anticipación.

...pero, ¡Dios sea loado! Vamos en esa dirección.

FIN

Edición digital de Dragon

EN LA TIERRA SOMBRÍA

Silvia corría sonriendo por un sendero de guijarros en la claridad nocturna, rodeada de rosas y margaritas gigantes, para llegar más allá de los montículos de hierbas fragantes recogidas en los prados. Prisioneras en los charcos de agua, las estrellas parpadeaban en la noche mientras ella se aproximaba a la cuesta oculta por el muro de ladrillos. Cedros gigantes, indiferentes a la forma esbelta, a los flotantes cabellos castaños y a los ojos brillantes de la joven, sostenían la bóveda del cielo.

- Espérame - dijo Rick en tono quejumbroso, mientras la seguía por el camino que apenas conocía.

Silvia seguía bailando sin parar.

- Más despacio - le gritó él, enojado.

- No podemos, se hace tarde - le contestó Silvia.

Sin prevenirle primero, ella se cruzó en el camino para impedirle el paso.

- Vacía tus bolsillos - dijo jadeante, con los ojos grises relucientes -; arroja todos los objetos metálicos, ya sabes que no soportan nada de metal.

Rick hurgó en sus bolsillos; en el abrigo encontró una moneda de cincuenta centavos, y dos de diez.

- ¿Esto también? - preguntó.

- Sí - contestó Silvia, y quitándole las monedas las arrojó entre los lirios de agua.

En la humedad profunda se escuchó el tintineo de los trozos de metal, que desaparecieron.

- ¿Algo más? - preguntó ella, ansiosa, tomándolo del brazo -. Ya vienen hacia aquí, ¿tienes alguna otra cosa, Rick?

- Sólo el reloj - contestó Rick escondiendo la muñeca mientras los dedos nerviosos de Silvia lo buscaban -. No lo arrojaré entre la maleza.

- Déjalo entonces junto al reloj de sol, en la pared..., o en el hueco de algún árbol - dijo Silvia volviendo a alejarse. Su voz extasiada parecía flotar hacia él.

- Arroja la pitillera, tus llaves y la hebilla del cinturón. Todo lo que sea de metal; ya sabes cómo odian el metal. Y apresúrate, que vamos retrasados.

Rick la seguía de mala gana.

- Está bien, ¡bruja!

Silvia le respondió furiosa desde la oscuridad.

- No digas eso; no es cierto. Has estado escuchando a mi madre y mis hermanas y a...

Un ruido ahogó el final de la frase. Se oyó a lo lejos un aleteo apagado, parecido al susurro de hojas enormes arremolinadas por una tormenta invernal. El cielo nocturno palpitaba con furiosos aleteos; esta vez se acercaban a toda velocidad. La voracidad no les permitía esperar mucho tiempo. El hombre sintió una oleada repentina de miedo, y corrió tratando de alcanzar a Silvia, que se destacaba como una frágil columna en el centro de la masa que la azotaba. Trataba de empujarlos con un brazo, mientras con el otro hacía esfuerzos por abrir el grifo. El remolino de alas y cuerpos la retorció como a un débil junco. Por unos minutos se perdió de vista.

- ¡Rick, ven a ayudarme! - gritó débilmente -. Me están ahogando - dijo tratando en vano de alejarlos de sí.

Rick se abrió paso entre la blancura enceguecedora hasta llegar al borde de la artesa. Bebían ávidamente la sangre que salía del grifo de madera. Abrazó a Silvia contra su pecho; estaba aterrorizada y temblorosa. El la mantuvo apretada hasta que la furia y la violencia que los rodeaba se apaciguó un poco.

- Tienen hambre - jadeó Silvia con débil voz.

- Es una imprudencia que te adelantes así - le advirtió él -. Pueden chamuscarte y convertirte en un montón de ceniza.

- Lo sé. Son capaces de cualquier cosa - contestó temblando, temerosa y excitada al mismo tiempo -. Míralos susurró con la voz enronquecida de admiración -. Mira el tamaño que tienen, la apertura de las alas... Y qué blancos son, Rick. No tienen mácula, son perfectos. No hay en nuestro mundo nada tan puro como ellos: grande, limpio y maravilloso.

- No hay duda que están ansiosos por la sangre del cordero - dijo él.

El pelo suave de Silvia onduló contra el rostro de Rick, agitado por las alas que revoloteaban en torno a ambos. En ese momento emprendían el regreso, ascendiendo hacia el cielo; no subían..., en realidad, se alejaban. Volvían a su propio mundo, desde donde habían oído la sangre. Pero no era ese el único motivo; habían venido por Silvia, ella los atraía.

Los ojos grises de la muchacha estaban muy abiertos. Se elevó hacia las blancas criaturas que se cernían en lo alto. Una le pasó rozando muy cerca. Un remolino de llamas blancas calcinó las flores y las hierbas. Rick se escapó, apresurado. La forma llameante se remontó brevemente sobre Silvia y enseguida se produjo un chasquido seco. El último de los blancos gigantes alados se había alejado.

Poco a poco se enfrió el suelo y el aire, y retornó la oscuridad y el silencio.

- Lo siento - susurró Silvia.

- No vuelvas a hacerlo - dijo Rick, con esfuerzo (la impresión lo había enmudecido) -. Es peligroso.

- A veces me olvido - dijo ella -. Lo siento Rick, no tuve la intención de atraerlos tan cerca - trató de sonreír -. Hacía meses que no me atrevía a tanto, desde la primera vez que te traje...

Una expresión de extraña avidez le cruzó la cara al agregar:

- ¿Lo has visto? Es llama y fuerza; no fue preciso siquiera de que nos tocara. Se contentó con... mirarnos. Eso fue... Y se quemó todo alrededor, todo...

Rick la tomó con fuerza.

- Escucha. No debes volver a alarmarlos - dijo, haciendo rechinar los dientes -. Es peligroso. No son de este mundo.

- ¿Qué puede tener de malo algo tan bello? - preguntó Silvia.

- Es peligroso - insistió él, hundiéndole los dedos en la carne hasta hacerle contener el aliento -. ¡Basta ya de tentarlos para que bajen!

Silvia dejó escapar una risa histérica. Se alejó de él más allá del círculo de fuego que la banda de ángeles había dejado ardiendo a su paso hacia las alturas.

- No es culpa mía - gritó ella -. Soy como ellos, esa es mi familia, mi gente. Hace mucho tiempo de esto..., generaciones perdidas en el pasado.

- ¿Qué quieres decir?

- Son mis antepasados y algún día deberé reunirme con ellos.

- ¡Eres una bruja! - gritó Rick, furioso.

- No - replicó ella -. No soy una bruja. Rick. ¿No lo ves, acaso? Soy una santa.

La cocina era el lugar más cálido e iluminado de la casa. Silvia conectó la cafetera eléctrica y sacó del armario de encima del fregadero, una lata roja que contenía café.

- No prestes atención a lo que digan - le advirtió a Rick mientras disponía las tazas y los platillos y sacaba la crema del frigorífico -. Ya sabes que no entienden, no tienes más que mirarlos.

La madre de Silvia y sus hermanas; Betty, Lou y Jean, formaban en la sala un grupo apretado que observaba a la joven pareja que estaba en la cocina. Walter Everett estaba de pie, junto a la chimenea, con una expresión ausente.

- Escúchame bien - dijo Rick -. Tienes el poder especial de atraerlos. ¿Quieres decir acaso que... Walter no es tu verdadero padre?

- Sí, claro que lo es. Soy totalmente humana. ¿O no tengo aspecto humano?

- Sin embargo, eres la única de la familia que tiene ese poder.

- Físicamente no soy diferente - dijo Silvia, pensativa -. Tengo la facultad de ver; eso es todo. Otros la han tenido antes que yo; santos, mártires videntes... Cuando era niña, mi madre me leyó la historia de Santa Bernadette. ¿Recuerdas dónde estaba su gruta? Cerca de un hospital. Revoloteaban por ese lugar y ella los vio.

- ¡Pero lo de la sangre! Eso es grotesco, nunca pasó nada similar.

- ¡Oh, sí! La sangre los atrae, especialmente la del cordero. Dicen que se ciernen sobre los campos de batalla... Son valkirias que transportan los muertos al Valhala. Por eso los santos y los mártires se producen tajos y mutilaciones. ¿Sabes de dónde saqué la idea?

Silvia se ató un pequeño delantal a la cintura, y llenó la cafetera con café.

- Cuando tenía nueve años leí algo de eso en «La Odisea» de Homero. Ulises cavó una trinchera en el suelo y la llenó con sangre para atraer a los espíritus. Las sombras infernales...

- Es cierto - admitió Rick contra su voluntad -. Lo recuerdo.
- Los fantasmas de gente que ha muerto. Todos vivimos aquí, después nos morimos y vamos allá - el rostro se le iluminó -. Llegará un día en que todos tendremos alas; todos volaremos, estaremos dotados de fuego y energía, dejaremos de ser simples gusanos.
- ¡Gusanos! Por eso me llamas siempre gusano.
- Por supuesto; eres un gusano. Todos somos gusanos ávidos que se deslizan sobre la superficie de la tierra, a través del polvo y la basura.
- ¿Por qué los atrae la sangre?
- Porque es vida, y la vida los atrae. La sangre es visge beatha: el agua de la vida.
- ¡La sangre significa muerte...! Sólo pensar en sangre derramada...
- Te aseguro que no es muerte. Cuando ves a una oruga escurrirse dentro del capullo, ¿piensas que está muriéndose?

Walter Everett se había detenido en la puerta. Desde allí escuchaba hablar a su hija con el rostro sombrío.

- Algún día van a cogerla para llevársela - dijo con voz ronca -. Ella quiere irse, está esperando ese día.

- ¿Lo ves? - le dijo Silvia a Rick -. El tampoco me entiende.

Desconectó la cafetera y sirvió el café.

- ¿Quieres café? - le preguntó a su padre.

- No, gracias.

- Silvia - dijo Rick, como si estuviera hablando con un niño -. Si te vas con ellos, sabes muy bien que no podrás volver con nosotros.

- Más tarde o más temprano, todos debemos hacer ese viaje. Es parte de la vida.

- Pero sólo tienes diecinueve años - replicó Rick -; eres joven, sana y hermosa. Además, está lo de nuestra boda... ¿Qué pasa con nuestra boda? - preguntó, empezando a levantarse de la mesa -. ¡Silvia, tienes que ponerle fin a esto!

- No puedo ponerle fin. La primera vez que los vi tenía sólo siete años - dijo Silvia con la cafetera en la mano y la vista perdida, junto al fregadero.

- ¿Recuerdas papá? En esa época volvíamos de Chicago. Ocurrió en invierno. Me caí al volver de la escuela, ¿ves la cicatriz? - y levantó su brazo delgado -. Me corté con los guijarros y el hielo. Recuerdo que llegué a casa llorando. Había una fuerte tormenta; el viento aullaba amenazador, y caía agua-nieve. La herida del brazo sangraba y el guante se había manchado de sangre. Entonces miré hacia arriba y los vi - permaneció callada un instante.

- Quieren llevarte - dijo Everett, sintiéndose desdichado -. Son como moscas, enormes moscardones que zumban a tu alrededor, esperándote. Te llaman para que vayas con ellos.

- ...y ¿por qué no? - dijo Silvia, con los ojos brillantes y las mejillas ardientes por la expectativa -. Papá, tú los has visto y sabes qué significa. Es una transfiguración de seres de mera arcilla, a dioses.

Rick salió de la cocina. Las dos hermanas permanecían juntas, curiosas y molestas, en la sala. La señora Everett, apartada de los demás, tenía la cara dura como el granito, y los ojos inexpresivos tras las gafas con marco de acero. Cuando Rick pasó frente a ella, la madre le volvió la espalda.

- ¿Qué sucedió cuando estuvieron afuera? - preguntó Betty Lou en un apretado susurro. Era una niña de unos quince años, delgada y feúcha, con las mejillas hundidas y el pelo descolorido como un ratón.

- Silvia nunca permite que la acompañemos - agregó.

- No ha sucedido nada - dijo Rick.

El rostro vacío de la chica se contrajo de ira.

- No es cierto; ustedes estaban en mi jardín, en la oscuridad, y...

- ¡No le hablen! - ordenó la madre.

De un brusco tirón apartó a las dos niñas mientras dirigía una mirada cargada de odio y desdicha hacia Rick. Después le volvió la espalda.

Rick abrió la puerta del sótano y encendió la luz. Bajó lentamente al húmedo cuarto de hormigón, lleno de suciedad y alumbrado apenas por una lámpara amarillenta que pendía de unos cables cubiertos de polvo. En un rincón se destacaba la gran estufa de pie y los gruesos caños para el agua caliente. Hacia un costado estaba el tanque de agua caliente y varios

paquetes de objetos en desuso: cajas llenas de libros, pilas de diarios y muebles viejos, cubiertos de una espesa capa de polvo y cruzados por las telarañas.

La máquina de lavar y el secador, la bomba y el sistema de refrigeración, estaban en el extremo más alejado.

Rick se acercó al banco de trabajo y eligió un martillo y dos pinzas pesadas. Se dirigía al complicado sistema de tanques y caños, cuando Silvia apareció súbitamente en el tope de la escalera, con una taza de café en la mano. Bajó con precipitación.

- ¿Qué haces aquí? - le preguntó, mirándolo intensamente -. ¿Para qué necesitas el martillo y las pinzas?

Rick dejó caer las herramientas sobre el banco.

- Creí que podía resolver esto de inmediato - repuso.

Silvia le interrumpió el paso hacia los tanques.

- Yo en cambio, creí que tú comprendías. Siempre han formado parte de mi vida; cuando te llevé por primera vez, creí que tú habías visto lo que...

- No quiero perderte - dijo Rick con dureza -, por nada ni por nadie, sea de este mundo o del otro. No renunciaré a ti.

- No se trata de renunciar a mí - dijo con los ojos semicerrados -. Bajaste hasta aquí para romper y destruirlo todo. Aprovecharás el momento cuando yo no esté mirando para hacer un destrozo, ¿no es cierto?

- Absolutamente.

En el rostro de la chica el enojo dio paso al miedo.

- ¿Pretendes mantenerme encadenada aquí? Debo seguir adelante, ya he terminado esta parte del viaje. Llevo mucho tiempo aquí.

- ¿Qué te cuesta esperar? - preguntó Rick, furioso -. ¿Acaso no vienes demasiado pronto, de todas maneras?

No podía reprimir el tono de desesperación que tenían sus palabras.

Silvia respondió alzándose de hombros y volviéndole la espalda. Cruzó sus brazos y apretó los labios con rabia.

- Es que tú deseas continuar siendo un gusano, una oruguita velluda que se arrastra.

- Te quiero.

- No puedo ser tuya - replicó ella volviéndose de nuevo hacia él -. No puedo perder más tiempo con esto.

- Lo sé - dijo Rick con una mueca salvaje -; tienes pensamientos demasiado elevados.

- Por supuesto - replicó ella, ablandándose un poco -. Lo siento Rick; ¿recuerdas a Ícaro? Tú también tienes deseos de volar, lo sé.

- A su debido tiempo.

- ¿Por qué no ya? ¿A qué esperar? Tienes miedo - dijo apartándose ligeramente de él y curvando tentadoramente los labios rojos -. Rick, quiero mostrarte algo, pero antes debes prometerme no decírselo a nadie.

- ¿Qué es?

- ¿Me lo prometes? - dijo llevándose el dedo a la boca -. Debo tener mucho cuidado. Es demasiado caro. Nadie lo sabe aún, pero es lo que hacen en la China; todo va en esa dirección.

- Tengo curiosidad - dijo Rick, azuzado por cierta intranquilidad -. Muéstramelo.

Temblando de excitación, Silvia desapareció tras el enorme refrigerador, perdiéndose en la sombra entre los serpentines de congelación. Él pudo oír que tiraba de algo, tratando de moverlo. Oyó algo que raspaba el suelo, como si alguien estuviese arrastrando un objeto pesado.

- ¿Ves? - dijo Silvia, sin aliento -. Dame una mano, Rick. Es muy pesado. Es de madera dura y bronce, forrado en metal. Ha sido aceitado a mano y lustrado; también tiene una talla, ¿la ves? ¿No es precioso?

- ¿Qué es? - preguntó Rick con la voz ahogada.

- Es mi capullo - contestó Silvia, simplemente.

Se sentó satisfecha en el suelo, y apoyó la cabeza en el reluciente ataúd de cedro mientras sonreía feliz.

Rick la tomó con fuerza del brazo, obligándola a ponerse en pie.

- No puedes sentarte junto al ataúd aquí en el sótano, con... - se interrumpió.

- ¿Qué sucede?

La cara de Silvia se desfiguró por el dolor. Dio unos pasos atrás, alejándose de él y llevándose un dedo a la boca.

- Cuando me hiciste levantar, me corté con un clavo o alguna otra cosa...

Un delgado hilo de sangre le corría por los dedos. El revolvió sus bolsillos buscando un pañuelo.

- Déjame verlo - dijo él, tratando de acercársele.

Pero ella lo esquivó.

- ¿Es muy profundo? - preguntó Rick.

- No te acerques - susurró Silvia.

- ¿Qué sucede? Déjame verlo.

- Rick - ordenó Silvia en voz baja pero intensa -, trae un poco de agua y una venda. Rápido; debo detener la hemorragia - agregó, tratando de dominar su terror.

- ¿Voy arriba? - preguntó Rick moviéndose con torpeza -. No parece muy serio, ¿por qué no...?

- Date prisa - la voz de la chica reveló que estaba horrorizada -. Rick, por favor apresúrate.

Aturdido, sin saber lo que hacía, él trató de correr. El terror de Silvia era casi palpable.

- No; es demasiado tarde - dijo ella con un hilo de voz -. No te vuelvas; quédate allí, lejos de mí. Es mi culpa, yo les enseñé el camino. ¡No te acerques! Lo siento Rick. ¡Oh...!

El sonido de su voz se perdió, apagado por el estruendo de la pared del sótano, que reventó en el aire haciéndose pedazos. Una nube blanca luminosa se abrió paso y resplandeció en el sótano.

Venían en busca de Silvia. Ella corrió un trecho, insegura, y luego se dirigió hacia Rick, pero vaciló y la masa blanca de cuerpos y alas la envolvió por completo. Ella se encogió levemente. Unos minutos después una violenta explosión sacudió el sótano, transformándolo en una danza deslumbrante de luz y calor.

Rick se sintió arrojado al suelo por una fuerza irresistible. El cemento estaba seco y recalentado; todo el sótano tenía rajaduras hechas por el intenso calor. Las ventanas estallaron hacia afuera dando paso a formas blancas y palpitantes que buscaban una salida. El humo y las llamas lamían las paredes. El techo se desplomó y una llovizna de partículas de yeso cayó sobre las ruinas.

Rick se puso de pie con un esfuerzo tremendo. La endemoniada actividad se apagaba lentamente. El sótano se había convertido en un cúmulo caótico de ruinas. Todas las superficies estaban ennegrecidas por el humo, destruidas por el fuego y sepultadas en las cenizas. Astillas de madera estaban esparcidas por todas partes; había trozos chamuscados de tela y pedazos de cemento roto. La caldera y la máquina de lavar eran un montón de chatarra. La complicada bomba y el sistema de refrigeración, una brillante masa de escoria. Una pared entera se había combado hacia afuera. Trozos de yeso se adherían a las ruinas.

El cuerpo de Silvia era una masa retorcida, con los brazos y piernas en posiciones grotescas. Sólo habían quedado trozos devorados por el fuego, restos carbonizados, cenizas acumuladas; una frágil carcasa quemada.

Era una noche oscura, fría e intensa. Arriba brillaban algunas estrellas como trozos de hielo. Una brisa débil y estanca se deslizó entre los lirios marchitos y levantó un remolino de guijarros, formando una bruma helada a lo largo del sendero, bordeado de rosas negras.

Él permaneció en cuclillas un largo rato. Trataba de escuchar, de ver. Más allá de los cedros enormes, la casa se destacaba contra el cielo. Algunos automóviles circulaban por la carretera, en el fondo de la cuesta. Era el único ruido. Frente al joven, se destacaba la silueta pesada de una artesa de porcelana y el callo por donde había pasado la sangre desde el refrigerador del sótano. La artesa estaba seca; sólo había algunas hojas caídas en el fondo.

Rick aspiró profundamente el fresco aire nocturno y contuvo la respiración. Luego, con movimientos torpes, se puso de pie. Recorrió el cielo con la vista; ni un movimiento. Sin embargo, estaba seguro de que estaban esperando allí, vigilantes, entre las tenues sombras, ecos de un pasado legendario, hilera de siluetas divinas.

Levantó los pesados tambores con capacidad para cuatro litros; los arrastró hasta la artesa y vertió la sangre de un matadero de Nueva Jersey; eran los desperdicios más viles de la faena, espesos y llenos de coágulos. Se salpicó la ropa y retrocedió sintiendo repugnancia, pero

arriba, en el aire, no hubo ningún movimiento. Silencio en el jardín embozado en la oscuridad y palpitante de tinieblas nocturnas.

Siguió esperando junto a la artesa, mientras se preguntaba si vendrían. No habían venido sólo por la sangre, sino por Silvia; en ausencia de ella no tenía con qué atraerlos, excepto la materia bruta. Llevó las latas vacías hasta la maleza, y las hizo rodar por la cuesta a puntapiés. Después revisó sus bolsillos para estar seguro que no llevaba ningún objeto metálico.

A través de los años, Silvia había mantenido vivo el hábito de que ellos vinieran. Ahora que ella estaba del otro lado, ¿dejarían de venir? Entre la maleza se produjo un crujido seco. ¿Sería un animal, un ave tal vez?

La sangre brillaba en la artesa, pesada y opaca como plomo viejo. Era el momento propicio, pero nada se movía sobre la copa de los grandes árboles.

Distinguió las rosas negras cabeceando en la brisa, a lo largo del sendero de grava por el que Silvia y él habían corrido. Hizo un esfuerzo concentrado para apartar de su mente aquellos ojos brillantes y los labios rojos. La carretera detrás de la cuesta, el jardín vacío y abandonado, la casa silenciosa donde esperaba el nudo apretado de la familia... Después de algunos minutos un sordo siseo lo puso en tensión; un camión pesado avanzaba a tumbos por la carretera, encegueciendo con sus faros.

Con los pies separados, hundidos los tacones en la suave tierra negra, su sombría determinación no cedía. Estaba decidido a no irse, esperaba a que los otros vinieran. A toda costa quería que Silvia volviese.

En las alturas, telarañas de humedad parecían deslizarse sobre la faz de la luna. La estéril pradera celeste estaba vacía de vida y de calor. El frío mortal del espacio profundo era hostil a los soles y a las cosas vivientes. Siguió mirando hasta que el cuello empezó a dolerle. Sólo algunas estrellas frías se deslizaban sobre un enmarañado colchón de niebla. ¿No deseaban venir o no se interesaban por él? Silvia fue la única que había logrado despertar el interés de ellos, y ahora ya la tenían.

Sintió a sus espaldas un movimiento silencioso. Trató de volverse con cautela pero súbitamente, por todas partes, los árboles y matorrales cambiaron de lugar. Vacilantes, como decorados de cartón transportados de prisa, se agruparon y corrieron todos juntos mezclándose entre las sombras de la noche. Algo se movió en medio de todo, para desaparecer fugazmente.

Habían llegado. Los sentía, a pesar de que mantenían apagadas las llamas y sofocada la energía. Estatuas frías e indiferentes se irguieron entre los árboles, sobrepasando la altura de los cedros, entes extraños y ajenos a ese mundo y a él, atraídos por el hábito y una fría curiosidad.

- Silvia - dijo, pronunciando con claridad -; dime cuál eres tú.

No hubo respuesta; quizá después de todo, no estaba entre ellos. Se sintió como un tonto. Un vago resplandor blanco flotó sobre la artesa, se mantuvo un momento suspendido en el aire y continuó luego su curso. Por encima de la artesa la atmósfera vibró por unos segundos, para morir en la inmovilidad; mientras tanto, otro gigante hacía una breve inspección antes de su rápida retirada.

El pánico empezó a dominarlo; se estaban preparando para irse, para retirarse a su propio mundo. Habían rechazado la artesa, no les interesaba.

- Esperen - murmuró con voz espesa.

Algunas sombras blancas se detuvieron por un momento. Se le acercaron lentamente en tanto él desconfiaba de su fluctuante inmensidad. Si alguno llegaba a rozarlo, lo chamuscaría con un breve siseo hasta convertirlo en un oscuro montículo de ceniza. Se detuvo a pocos pasos de distancia.

- Saben lo que quiero - les dijo -. Quiero que ella vuelva; no deberían habérsela llevado aún. Silencio.

- La avidez les ha hecho cometer un error. Ella iba a reunirse con ustedes a su debido tiempo, lo tenía todo planeado.

La niebla oscura se estremeció. Las formas fluctuantes palparon en los árboles, agitándose al impulso de su voz.

- Es verdad - dijo un sonido indiferente e impersonal.

El sonido fluyó hacia él de árbol en árbol, sin locación concreta ni dirección determinada. El viento nocturno lo barrió, haciéndolo morir entre los ecos.

Una capa de alivio lo cubrió. Al menos se habían detenido, notaban su presencia y parecían dispuestos a escuchar lo que deseaba decirles.

- ¿Les parece justo? - preguntó -. Todavía tenía por delante una larga vida; queríamos casarnos, tener hijos.

No le contestaron pero sin embargo, tuvo conciencia de una tensión que iba en aumento. Escuchó atentamente pero no volvió a detectar sonido alguno. Tuvo después la sensación de que entre ellos se estaba desarrollando una lucha, había surgido un conflicto. La tensión fue aumentando en tanto las sombras fluctuaban agitadas, las nubes, las heladas estrellas quedaron oscurecidas por la vasta presencia que se henchía en torno.

- ¡Rick! - llamó una voz desde muy cerca.

Vacilante, volvió a escurrirse en la zona oscura de los árboles y las plantas húmedas. Apenas podía oírla; las palabras se desvanecían en cuanto las pronunciaba.

- Rick, ayúdame a volver.

- ¿Dónde estás? - preguntó él, tratando de localizarla -. ¿Qué puedo hacer?

- No lo sé - respondió la voz dominada por el dolor y el desconcierto -. No entiendo. Algo debe haber salido mal y ellos creyeron que yo deseaba irme enseguida. Pero ¡no es así...!

- Lo sé - afirmó Rick -. fue un accidente.

- Me estaban esperando; el capullo, la artesa... Pero era demasiado pronto.

A través de la vasta distancia de otro universo pudo palpar el terror que la dominaba.

- Rick, he cambiado de opinión - continuó ella -. quiero volver...

- No es tan simple como crees.

- Lo sé Rick. En esta parte el tiempo es diferente. ¡Oh, hace tanto tiempo que me fui... Vuestro mundo parece arrastrarse. Deben haber pasado años, ¿verdad?

- Una semana - contestó Rick.

- Ellos son culpables. No crees que haya sido culpa mía ¿verdad? Sabían que estaban haciendo algo malo. Han castigado a todos los culpables, pero eso no me ayuda a mí.

El pánico y la angustia desfiguraban su voz de tal manera que él apenas podía entenderle.

- ¿Cuándo puedo volver?

- ¿Se lo has preguntado a ellos?

- Dicen que es imposible - contestó la voz temblorosa de la joven -. Han destruido la parte de arcilla y la incineraron. No tengo nada con qué volver.

- Pídeles que encuentren alguna otra manera - dijo Rick, respirando profundamente - Depende de ellos. ¿No poseen ese poder? Te llevaron demasiado pronto y tienen la obligación de devolverte; es su responsabilidad.

Las formas blancas se agitaron, inquietas. El conflicto pareció agudizarse. No podían ponerse de acuerdo. Rick, disgustado, se alejó algunos pasos.

- Afirman que es peligroso - la voz de Silvia surgía de un lugar indefinido -. Dicen que lo intentaron una vez, pero que el nexo entre este mundo y el nuestro - agregó, tratando de controlar su voz -, es inestable. Hay enormes masas de energía flotante. El poder que tienen, el de este mundo, no es propio, es parte de la energía universal, canalizada y sujeta a ciertos controles.

- ¿Y por qué no...?

- Se trata de una continuidad más elevada. Existe un proceso natural de energía de las regiones más bajas a las más altas, pero el proceso inverso es muy arriesgado. La sangre es sólo una guía a seguir, un marcador vivo.

- Como las polillas en torno a la lámpara de luz - dijo Rick, con amargura.

- Si me envían de vuelta y algo sale mal... - se interrumpió brevemente -. Si cometen un error puedo perderme entre las dos regiones; la energía libre puede absorberme. Según parece, en parte es viva, aunque no está bien entendido. ¿Recuerdas a Prometeo y el fuego...?

- Ya veo - dijo Rick, con tanta calma como pudo.

- Querido; si intentan enviarme de regreso, debo encontrar alguna forma con la que entrar, ¿comprendes? He dejado de tener forma; de este lado no las hay en concreto. Todo lo que tú ves, las alas, la blancura, no están en realidad allí. Si logro hacer el viaje de regreso a tu lado...

- Tendrás que modelar algo - dijo Rick.

- Necesitaré tomar algo de allí, algo de arcilla, meterme dentro y moldearlo a mi manera. Lo mismo que hizo Él hace mucho tiempo, cuando puso la forma original en vuestro mundo.

- Si se hizo una vez, podrá hacerse nuevamente.

- Aquél que lo hizo ya no está; subió a las alturas - había en su voz cierto tono irónico y desgraciado -. Hay regiones más allá de ésta. La escalera no termina aquí, pero nadie sabe dónde finaliza. Según parece, sigue hacia arriba, arriba, no tiene fin... Va de un mundo a otro, y así es por siempre, indefinidamente.

- ¿Quién es el que decide en tu caso?

- Depende de mí - dijo Silvia, débilmente -. Dicen que si estoy dispuesta a asumir el riesgo, ellos tratarán de hacer la prueba.

- ¿Y tú, qué piensas? - preguntó él.

- Tengo miedo. ¿Y si algo sale mal? No has visto la región intermedia; allí las posibilidades son escalofrantes, me aterroriza pensar en ello. Sólo Él tuvo el coraje necesario, los demás han tenido miedo.

- La culpa es de ellos, y deben afrontar las responsabilidades.

- Lo saben - dijo Silvia, vacilando miserablemente -. Rick querido, por favor, dime qué debo hacer...

- ¡Vuelve!

Silencio. La voz de ella, insegura y desvalida, respondió al fin.

- Está bien, Rick. Si tú crees que eso es lo mejor...

- ¡Por supuesto que sí! - dijo él, cerrando la mente a todo pensamiento, a toda imagen, excepto el deseo que lo dominaba: Debo tenerla nuevamente conmigo -. Diles que empiecen de inmediato. Diles que...

Ante él estalló una ensordecedora explosión de calor que lo levantó y arrojó en un mar de llamas de pura energía. Los otros se alejaban, dejando tras de sí un lago hirviente que bramaba y tronaba alrededor de Rick. Por una fracción de segundos creyó ver a Silvia con las manos extendidas hacia él, en un gesto suplicante.

El fuego se enfrió al fin. Continuó tendido en la negrura saturada de la humedad nocturna. Solo en medio del silencio.

Walter Everett le ayudó a ponerse de pie.

- ¡Qué tonto eres! - le dijo varias veces -. No debiste haberlos llamado; ya nos han quitado bastante.

Poco después se encontró en la sala espaciosa y tibia. La señora Everett estaba de pie ante él, el rostro inexpresivo y severo. No le decía palabra. Las dos hijas, en cambio, no se apartaban de él, agitadas y curiosas, las miradas cargadas de una morbosa fascinación.

- Me pondré bien - refunfuñó Rick.

Al ascender habían quemado un círculo en torno de él; las ropas le quedaron chamuscadas, ennegrecidas. Se frotó la cara para quitarse los restos de ceniza. Pegadas al pelo aún tenía algunas hierbas secas. Se recostó en el sofá y cerró los ojos. Al abrirlos, Betty Lou le estaba dando un vaso de agua fresca, que Rick le agradeció con un murmullo apenas escuchado.

- No debiste ir a ese lugar. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué? - repitió varias veces -. Ya sabes lo que le sucedió a ella. ¿Acaso quieres que te suceda lo mismo?

- Quiero que vuelva - dijo Rick, tranquilamente.

- ¿Estás loco? No puede volver. Se ha ido - los labios le temblaron convulsivamente -. Tú la has visto.

Betty Lou miraba al joven fijamente.

- ¿Qué sucedió allá afuera? - preguntó -. Volvieron, ¿verdad?

Rick se puso de pie con esfuerzo y salió de la sala. Al llegar a la cocina volcó el vaso de agua en el fregadero y se sirvió un trago. Mientras estaba recostado contra el fregadero, cansado, Betty Lou apareció en el vano de la puerta.

- ¿Qué quieres? - preguntó Rick.

La chica se sonrojó al responder.

- Sé que algo sucedió mientras estuviste afuera. Les has dado alimento, ¿verdad? - preguntó, acercándose a él -. ¿Estás tratando de que vuelva?

- Así es - contestó Rick.

Betty Lou dejó escapar una risita nerviosa.

- Pero no puedes, recuerda. Ella está muerta, han cremado su cuerpo. Lo vi - la cara se le contorsionó -. Papá siempre decía que algo malo le iba a ocurrir, y así fue - dijo apoyándose en Rick -. Era una bruja, y recibió su merecido.

- Te aseguro que volverá - dijo Rick.
- ¡No! - gritó la chica, con el pánico reflejado en sus vulgares facciones -. No puede volver. ¡Está muerta! Sucedió lo que ella siempre decía; de gusano a mariposa..., es una mariposa.
- Vete de aquí.

- No tienes derecho a darme órdenes - contestó Betty Lou levantando la voz en un arranque de histeria -. Esta es mi casa y no queremos que vuelvas más por aquí. Mi papá piensa decírtelo. No quiere verte más en esta casa, ni mamá tampoco, ni mi hermana, ni yo...

El cambio se produjo repentinamente; como un filme que se detiene en una escena. Betty Lou quedó inmóvil, con la boca entreabierta, el brazo levantado, las palabras a punto de salirle por la boca. Quedó suspendida como una cosa sin vida, levantada del suelo entre dos láminas de cristal. Parecía un insecto inerte, sin aliento, sin palabra, vacío. No muerta, sino repentinamente disecada en una inanimación primaria.

Una nueva potencia de vida se filtró en la costra prisionera. Un rayo de vida se posó ansiosamente en el cuerpo elegido, y lo cubrió como una capa de fluido caliente que va llenando, poco a poco, cada una de sus partes. La chica se tambaleó, dejando escapar un gemido; su cuerpo tembló violentamente y fue a dar contra la pared. Una taza de loza cayó de un estante y se hizo añicos contra el suelo. La chica empezó a retroceder sin decir palabra, llevándose la mano a la boca, los ojos abiertos de sorpresa.

- ¡Oh! - susurró -; me corté, con un clavo o alguna otra cosa...

Sacudió la cabeza y lo miró en silencio, suplicante.

- ¡Silvia!

La tomó con fuerza, obligándola a ponerse en pie mientras la apartaba de la pared. Rodeaba con su mano el brazo de ella, tibio, pleno, maduro. Asombrados ojos grises, pelo castaño, pechos temblorosos; era la misma de los últimos momentos en el sótano.

- Veamos - dijo él, apartándole bruscamente la mano de la boca para mirarle el dedo.

Sólo quedaba una línea blanca de cicatriz.

- Está bien, querida; no tienes nada.

- Rick, estuve del otro lado - dijo ella con voz débil y enronquecida. Vinieron y me arrastraron con ellos - un temblor violento la sacudió -. Dime Rick, ¿estoy de vuelta, realmente?

- Completamente de vuelta - dijo él, abrazándola con fuerza.

- Pasó tanto tiempo, Rick. Fue como haber estado un siglo en ese lugar. Toda una eternidad. Creí que... - se apartó de él - Rick...

- ¿Qué sucede?

- Algo está mal - anunció ella, enloquecida de miedo.

- Nada está mal; has vuelto a casa y eso es lo que importa de verdad.

Silvia se apartó de él.

- Pero deben haber tomado una forma viva ¿no es cierto? No pueden haberlo hecho con simple arcilla; no tienen ese poder. Rick, creo que deben haber alterado alguna obra de Él - casi gritaba de miedo -. Es un error; no se debe alterar el equilibrio. Es muy inestable y nadie puede controlar el...

Rick se interpuso entre ella y la puerta.

- Deja de hablar así - dijo, furioso -. Vale la pena; ya lo creo que vale la pena. Si han desequilibrado el orden, peor para ellos.

- No podemos retroceder - dijo la joven, angustiada y con la voz chillona, después, dura como un cable tenso -. Lo hemos puesto en funcionamiento, hicimos que las olas se levantaran. El equilibrio que Él estableció, ha sido alterado.

- Ven, querida - dijo Rick -. Vamos a la sala a sentarnos junto a tu familia. Te sentirás mejor. Debes tratar de recuperarte de todo lo que ha pasado.

Se acercaron a los otros tres; estaban sentados, dos personas en el sofá, y una en la silla de respaldo alto, junto a la chimenea. Tenían los cuerpos inmóviles, las caras sin expresión, los miembros flácidos y cerosos. Todos parecían siluetas desvaídas que no reaccionaron cuando la pareja entró en la habitación.

Rick se detuvo. No podía comprender. Walter Everett estaba inclinado hacia adelante, en pantuflas, con el diario en la mano y la pipa aún humeante en el cenicero, con el brazo apoyado en el sillón. La señora Everett permanecía sentada con un bulto de costura sobre la falda; el rostro adusto y sombrío, con una expresión extrañamente vaga. La cara era deformada, como si el material de que estaba hecha se estuviera disolviendo. El cuerpo de Jean era un montículo

informe, una bola de arcilla sin modelar, que se desmoronaba a medida que pasaban los minutos.

Jean se desplomó súbitamente. Los brazos quedaron sueltos junto al resto; la cabeza vaciló. Después el cuerpo, los brazos y las piernas, empezaron a llenarse como por arte de magia. Las facciones se alteraron rápidamente, cambió también su vestimenta. El color empezó a teñirle el pelo, los ojos, la piel. Desapareció la palidez cerosa.

Posando la punta de los dedos sobre sus labios miró a Rick en silencio. Parpadeó, y sus ojos parecieron enfocar por primera vez.

- ¡Oh! - susurró.

Movió los labios con dificultad. Su voz era débil y desigual, como una mala grabación. Trató de ponerse de pie con movimientos torpes y mal coordinados; después se levantó súbitamente, como impulsada por un resorte, y se acercó a él, paso a paso. Parecía un maniquí.

- Me corté, Rick - dijo -. Con un clavo, o alguna otra cosa...

La que había sido la señora Everett empezó a moverse de una manera vaga, informe. Hizo algunos ruidos apagados y se desmoronó grotescamente. Luego, en forma gradual, empezó a solidificarse, a adquirir forma.

- Mi dedo - murmuró.

La tercera silueta, la de la silla, repitió las mismas palabras. Pronto, todos estaban pronunciando las mismas palabras, y hubo cuatro dedos perpendiculares en el aire, cuatro labios que se movían al unísono.

- Mi dedo. Me corté, Rick.

Reflejos imitativos, ecos, copias de movimientos del pasado, de otros mundos. Las siluetas que iban adquiriendo nuevas formas eran copias idénticas en todos sus detalles. Se multiplicaban incesantemente ante él: en el sofá, en la silla, a su lado, tan cerca de él que podía escucharles la respiración y verles los labios temblorosos.

- ¿Qué es? - dijo la Silvia que estaba junto a él.

Otra Silvia, la del sofá, volvió a tomar la costura, absorta en sus tareas. Otra, en la silla cómoda, tomó el diario, la pipa, y siguió leyendo. Otra permanecía encorvada, llena de temores. La que estaba junto a él lo siguió mientras retrocedía hacia la puerta. Jadeaba agitadamente, con los ojos grises muy abiertos, la nariz palpitante.

- Rick...

Abrió la puerta de un tirón y salió al porche oscuro. Moviéndose como un robot descendió los escalones y tanteó el camino entre los charcos que la noche formaba en varias partes hasta llegar a la calzada para coches. Atrás, recortada contra el rectángulo amarillo de luz, la silueta de Silvia lo miraba con una expresión desgraciada. Más allá los cuerpos idénticos, repeticiones exactas del mismo patrón, se ocupaban en diversas tareas.

Subió a su coupé y salió al camino.

Hacia los costados empezaron a desfilar los árboles y las casas oscuras. Se preguntó hasta dónde llegaría aquello: ondas superpuestas que se expandían, círculos concéntricos que se agrandaban a medida que el desequilibrio se extendía...

Entró en la carretera principal; vio más coches circulando. Trató de mirar dentro de los vehículos, pero no pudo. Todos iban a demasiada velocidad. Delante de él iba un Plymouth rojo. El conductor era un hombre corpulento, con traje azul de calle, que reía alegremente junto a la mujer que viajaba a su lado. Rick acercó su coupé al Plymouth para seguirlos de cerca. El hombre sonrió y sus dientes de oro resplandecieron mientras hacía gestos con las manos regordetas. La chica era bonita; tenía pelo oscuro. Miró sonriente a su acompañante, se ajustó los guantes blancos, trató de alisarse el pelo y levantó la ventanilla de su lado.

Un pesado camión Diesel se interpuso y perdió de vista al Plymouth rojo. Desesperado, hizo una curva en torno al camión, y metió la nariz del coche detrás del veloz sedán rojo. Poco después lo pasó y pudo ver con claridad a los ocupantes del coche; la chica se parecía a Silvia, el mismo contorno delicado del mentón, los mismos labios generosos que se abrían delicadamente cuando sonreía, los mismos brazos delgados, las manos iguales. Era Silvia. El Plymouth dobló. Por el momento no había otro coche delante del suyo.

Condujo durante varias horas en la noche oscura y pesada. La aguja indicadora de la gasolina ya se acercaba al cero. Estaba atravesando una campiña levemente ondulada, campos baldíos entre pueblo y pueblo. Desde la profundidad del cielo, las estrellas lo miraban

sin parpadear. En un momento relució un ramillete de luces rojas y amarillas; era una estación de servicio con un gran letrero luminoso. Siguió conduciendo.

Detuvo el coche frente a una bomba de combustible aislada. Salió del camino y estacionó el coche sobre los guijarros empapados de gasolina. Descendió. Las piedrecillas crujían bajo los zapatos mientras él tomaba la manguera y quitaba la tapa del tanque de la gasolina. Casi había terminado de llenarlo cuando se abrió la puerta de la mísera estación de servicio y salió una mujer delgada, vestida con una falda blanca y camisa color azul marino, con un gorrito balanceándose sobre los rizos castaños.

- Buenas noches, Rick - dijo, tranquilamente.

Él colocó la manguera en su lugar y siguió conduciendo por la carretera, pero ¿había vuelto a enroscar la tapa del tanque de la gasolina? No recordaba. Aceleró. Había recorrido más de cien kilómetros y se estaba acercando al límite del estado. Un pequeño café al costado del camino. La cálida luz amarilla brillaba invitante en la bruma helada de las primeras horas del día. Aminoró la marcha y detuvo el coche junto a la acera en la desierta playa de estacionamiento. Cansado, la vista turbia, entró al local.

Le salió al encuentro un apetitoso olor a café caliente y jamón frito, y el espectáculo reconfortante de la gente comiendo ante una mesa. Un fonógrafo automático retumbaba en un rincón. Se dejó caer sobre un banquillo y se inclinó hacia adelante con la cara entre las manos. Un granjero delgado que estaba a su lado le dirigió una mirada curiosa y después volvió la atención a su diario. Desde el otro lado del mostrador, dos mujeres de expresión dura lo miraron un momento. Un joven apuesto, con un traje de jean, comía un plato de arroz y guisantes; de vez en cuando sorbía un poco de café caliente de una taza pesada.

- ¿Qué va a servirse? - preguntó la jovial camarera rubia que lo atendió. Llevaba un lápiz detrás de la oreja, y el pelo recogido en un moño apretado en la nuca. - Parece que se ha pescado usted una buena borrachera - comentó la muchacha.

Pidió una sopa de verduras y café. Minutos después estaba comiendo automáticamente, la mirada ausente; mordisqueó un sándwich de jamón y queso que no recordaba haber pedido. El fonógrafo automático seguía sonando a todo volumen. Varias personas entraron y salieron del local. Al costado del camino un pueblecito retrocedía hacia las suaves colinas que se perdían en la distancia. Al fin, la luz fría y agrisada de la mañana se filtró en el pequeño café.

Rick comió un trozo caliente de pastel de manzanas, y quedó sentado limpiándose lentamente la boca con una servilleta de papel.

Había silencio en el café; fuera, nada se movía. Una calma inquietante flotaba en el ambiente; el fonógrafo había dejado de funcionar. De los clientes sentados en la barra nadie se movió ni pronunció palabra. De vez en cuando por la carretera pasaba un camión rugiendo, húmedo por el rocío y con las ventanillas cerradas.

Rick levantó la vista. Silvia estaba de pie ante él, con los brazos cruzados y la mirada ausente, detenida en algún punto detrás de él. Un lápiz amarillo se balanceaba tras de su oreja y llevaba el cabello castaño en un apretado moño sobre la nuca. Las dos mujeres sentadas del otro lado del mostrador eran otras tantas Silvias. Comían, bostezaban o leían, con la vista clavada en el plato. Todas eran idénticas y se diferenciaban sólo en las ropas que llevaban.

Fue hasta el coche que había dejado estacionado y media hora después, había cruzado la frontera estatal. Los vivos rayos del sol calentaban ya el pavimento y besaban los techos húmedos de rocío de los pueblitos desconocidos que cruzaba.

Vio a muchas mujeres caminando por las calles resplandecientes en el día que empezaba, madrugadoras que se dirigían a sus trabajos. Caminaban solas o en pequeños grupos de dos o tres, haciendo resonar los tacones en el silencio. Vio grupos numerosos en las paradas de los autobuses. Mientras tanto otras, en sus casas, seguramente se levantaban de la cama, desayunaban, se bañaban y se vestían para afrontar la nueva jornada. Cientos de ellas, miles tal vez, verdaderas legiones sin número; un pueblo entero dispuesto a empezar la rutina diaria, las tareas de costumbre. El círculo se agrandaba implacablemente.

El pueblo quedó atrás. El pie se le resbaló del acelerador y el coche aminoró la marcha. Dos mujeres juntas atravesaban un campo raso, cargadas de libros. Algunos chicos se dirigían a la escuela. Todas eran repeticiones de Silvia, idénticas, invariables; alrededor de ellas un perro ladraba alegremente, despreocupado.

Siguió conduciendo. Se acercaba a una ciudad; la anunciaban severas columnas de edificios de oficina recortados contra el cielo. Al pasar por el sector comercial, las calles bullían

de actividad y de ruidos. Por algún lugar, cerca del centro de la ciudad, sobrepasó la periferia del círculo que avanzaba, y logró dejarlo atrás. Por fin las infinitas réplicas de Silvia fueron desplazadas por gente de aspecto diverso. Los repetidos ojos grises y cabelleras castañas dieron paso a una gran variedad de hombres y mujeres y niños de todas las edades y aspectos distintos. Aumentó la velocidad y se internó en la autopista de cuatro carriles.

En un momento empezó a perder velocidad; estaba exhausto, hacía horas que conducía y todo el cuerpo le temblaba de cansancio. A un costado del camino, un joven de cabellos rojos hacía señas con el dedo, intentando alegremente que alguien lo llevara; su cuerpo espigado estaba cubierto por unos pantalones pardos y un suéter de pelo de camello. Rick detuvo el coche y abrió la portezuela.

- Sube - dijo.

El joven se acercó corriendo y subió.

- Gracias amigo - cerró la puerta de un golpe y se reclinó hacia atrás, mientras Rick volvía a ganar velocidad.

- Empezaba a sentir calor parado allí...

- ¿Vas lejos? - preguntó Rick.

- Hasta el fin de la carretera. Voy a Chicago - dijo el joven, sonriendo tímidamente -. Por supuesto que no espero que me lleves hasta allá, pero te agradezco que me acerques. ¿Adónde vas? - preguntó, mirando a Rick con curiosidad.

- A cualquier parte - contestó Rick -. Te llevaré hasta Chicago.

- Son más de seiscientos kilómetros.

- No importa - dijo Rick.

Pasó al carril de la izquierda para ir a más velocidad.

- Si quieres ir a Nueva York, te llevo.

- ¿Te sientes bien? - preguntó el pasajero, apartándose del conductor un poco intranquilo -. Te agradezco que me hayas recogido, pero... - vacilante, agregó -. No quisiera que salgas de tu camino por mi causa.

Rick concentraba su atención en el camino, las manos fuertemente apretadas en torno al volante.

- Quiero ir rápido - dijo -. No pienso aminorar ni detenerme.

- Ten cuidado - dijo el joven -. No me gustaría sufrir un accidente.

- No tienes por qué preocuparte.

- Pero es peligroso. ¿Y si sucede algo? Creo que es demasiado arriesgado.

- Te equivocas - dijo Rick -, vale la pena arriesgarse.

- Pero, y si algo sale mal... - la voz se perdió, insegura, para continuar después -. Puedo perderme entre las dos regiones; sería fácil. Todo es tan inestable... - la voz temblaba de miedo y angustia -. Rick, por favor...

Rick se volvió bruscamente.

- ¿Cómo sabes mi nombre?

De cuclillas en el suelo del automóvil, el joven era un pequeño montículo. La cara de contornos suavizados parecía disolverse, perder la forma y confundirse en una masa informe.

- Quiero regresar - suplicaba una voz desde el interior de aquella especie de cuerpo -, pero tengo miedo. No has visto las regiones intermedias; es energía pura, Rick. Él logró canalizarla hace mucho tiempo ya, pero nadie sabe cómo hacerlo.

La voz se tornó ligera, clara, temblorosa. El pelo se aclaró hasta tomar un rico tono castaño. Los ojos grises, atemorizados, parpadearon dos o tres veces. Rick, petrificado, se inclinó sobre el volante haciendo esfuerzos para no moverse. Poco a poco aminoró la velocidad hasta detenerse en el carril de la derecha.

- ¿Vas a detenerte? - preguntó a su lado la voz.

Era Silvia. Parecía un insecto recién nacido que está secándose al sol; las formas empezaron a endurecerse, a fijarse en una realidad concreta. De pronto Silvia se enderezó en el asiento y miró hacia afuera.

- ¿Dónde estamos? - preguntó -. Creo que estamos entre dos pueblos.

Rick frenó bruscamente, y pasando la mano delante de ella, abrió la portezuela y le dijo:

- ¡Fuera!

Silvia lo miró sin poder comprender.

- ¿Qué dices? - preguntó, vacilando -. ¿Qué ha pasado, Rick?

- ¡Que te bajes, he dicho!

- Rick, no entiendo - dijo ella mientras se deslizaba sobre el asiento -. Creí que todo estaba bien.

Le dio un suave empujón y volvió a cerrar la portezuela. El coche siguió hacia adelante, devorado por el espeso tránsito del mediodía. Atrás, la pequeña silueta se puso en pie, aturdida y lastimada. Él apartó con esfuerzo los ojos del retrovisor, y puso todo el peso del cuerpo sobre el acelerador.

Trató de conectar la radio del coche. Primero hubo un zumbido y después, ruido de estática; recorrió todo el dial hasta dar con una cadena de estaciones importantes. La locutora era una mujer de voz débil y asombrada. Al principio no lograba entender el significado de las palabras, pero cuando pudo entenderlo, apagó rápidamente el receptor. El pánico casi lo paralizó. Era la voz de ella que susurraba, quejumbrosa. ¿Dónde estaba la emisora? En Chicago. Evidentemente, el círculo ya se había extendido hasta allá.

Nuevamente aminoró la velocidad. No tenía objeto apresurarse; ya había logrado adelantarse.

Dejó atrás las granjas de Kansas; pequeñas tiendas perdidas en pueblecitos del Mississippi. En las heladas calles de Nueva Inglaterra, ciudades industriales enteras estaban pobladas de mujeres de ojos grises y pelo castaño que caminaban apresuradas.

La onda podría cruzar el océano; pronto invadiría el resto del mundo. África se transformaría en un continente extraño: kraals de mujeres de piel pálida, todas iguales, cumpliendo las tareas primitivas de la caza, moliendo los granos, ocupándose de la recolección de la fruta, desollando animales. Todas cuidaban del fuego, hilaban las telas y afilaban con esmero las cuchillas.

- En China... - esbozó una sonrisa vacua -. Allá también ella tendría un aspecto extraño, vestida con la severa chaqueta de cuello alto, la túnica monástica de los cuadros de la juventud comunista. Seguramente desfilaría por las calles principales de Peíping. Filas y más filas de jóvenes mujeres con piernas delgadas, pechos altos, que llevaban con gallardía los rifles de fabricación soviética. Otras en cambio, llevaban picos y palas y azadas. Columnas de soldados con botas de tela. Cuadros de trabajadores que marchaban apresurados con sus preciosas herramientas. Todos desfilaban ante la misma silueta que está de pie en la tarima que domina la calle, con el brazo delgado en alto y la cara bonita, sin expresión.

Salió de la carretera y entró por un camino lateral. Momentos después emprendía el regreso; conducía lentamente, sin ánimos, por el mismo camino que había tomado a la ida.

Al llegar a una intersección, un policía de tránsito se abrió paso hasta su coche. Rick permaneció rígido, con la mano en el volante, dominado por una sensación de fatalismo e inevitabilidad.

- Rick - susurró ella, implorante, al acercarse a la ventanilla -. ¿Acaso no está todo bien?

- Por supuesto - contestó él forzosamente.

Ella introdujo la mano por la ventanilla abierta y le tocó el brazo en ademán suplicante.

Conocía esos dedos, las uñas rojas, esa mano que había acariciado tantas veces.

- Tengo muchos deseos de estar junto a ti. ¿No hemos vuelto a reunirnos? ¿No estoy de vuelta?

- Por supuesto.

- No comprendo - dijo ella, meneando la cabeza con desconsuelo -. No entiendo. Creí que todo era como antes.

Él arrancó intempestivamente y siguió a toda velocidad. La intersección quedó atrás, convertida en un punto brumoso.

Era ya el atardecer y se sentía agotado. La fatiga lo vencía. Conducía automáticamente hacia su pueblo; mientras tanto, podía verla en todas partes, caminando, de pie. Era omnipresente. Llegó a la playa de estacionamiento de su casa de departamentos y detuvo allí su coche.

Cuando llegó al vestíbulo el portero lo saludó. Rick lo reconoció por el trapo grasiento de fregar que tenía en la mano, la escoba grande, el balde lleno de aserrín.

- Por favor, Rick - le dijo -. Dime qué es; dímelo, por favor...

La empujó violentamente, pero ella logró alcanzarlo.

- He vuelto, Rick. ¿No entiendes? Me habían elevado demasiado pronto y me han devuelto. Fue un error. Nunca más volveré a llamarlos; eso pertenece al pasado, créeme.

Rick continuó subiendo las escaleras. Silvia vaciló; luego se posó en el primer escalón, convertida en un montículo miserable, un cuerpo pequeño dentro del uniforme de portero y las enormes botas claveteadas.

Abrió la puerta de su departamento y entró. Por la ventana se podía ver el cielo azul del atardecer. Los techos de los edificios vecinos relumbraban al sol.

Le dolía todo el cuerpo. Con pasos torpes se dirigió hacia el baño. Estaba en un lugar extraño, no podía encontrar lo que buscaba. Llenó el lavabo con agua caliente y después de subirse las mangas se lavó las manos y la cara en el líquido del que se levantaba una nube de vapor tibio. Miró rápidamente hacia arriba.

El espejo del baño reflejaba una imagen horrible; un rostro cubierto de lágrimas, deformado en un gesto de desesperación. Tardó en reconocer las facciones, eran borrosas y movedizas. Los ojos grises centelleaban de miedo. Boca roja, temblorosa, garganta agitada por las pulsaciones, suaves cabellos castaños. Lo miraba largamente, con una expresión patética... Y entonces, la joven que estaba ante el lavabo se inclinó para secarse la cara, se volvió y salió del cuarto de baño con paso cansado. Fue hasta la sala, vaciló confundida y se dejó caer en una silla. Cerró los ojos, enloquecida de cansancio y desdicha.

- Rick - susurró, suplicante -. Trata de ayudarme. Estoy de vuelta, ¿no es cierto?

Meneó la cabeza, aturdida.

- Por favor, Rick. Creí que todo estaba bien...

FIN

Edición digital de Dragon.

ESCRITOS TEMPRANOS

HABÍA UNA VEZ UNA HORMIGA...

(aprox. 1934)

Había una vez una hormiga. Un día se fue a caminar. Pronto llegó a una pradera. Tenía una milla-hormiga de largo. Pronto llegó a un borde en el camino. En medio estaba un abejorro muerto. Jaló y jaló. Y pronto lo llevo a la pradera. Marchaba hacia delante tirando de su abejorro por el suelo. Pero vio que era inútil. El pasto era muy grueso. Así que dejó su abejorro y se marchó a casa.

Por Philip K. Dick. Calle Maccomb 3039. N.W. D.C.

—yo maté al abejorro.

(La última frase la agregó Dick de manera manuscrita muchos años después)

EL REGRESO DE SANTA

(Santa's Return)

(4 de enero de 1944)

Santa Claus se hallaba sentado en su escritorio una fría noche de diciembre haciendo una lista de todos los niños y niñas buenos. Repentinamente, llegó un gnomo.

—Santa —dijo el gnomo—, ¿vas a dejar el Polo Norte este año? Pensaba que quizá debido a la guerra...

Santa suspiró y comenzó a limpiar sus anteojos.

—No —dijo—. No lo creo. De hecho, pienso que esperaré hasta que la guerra finalice antes de visitar la casa de alguien.

Y así fue, y nadie vio a Santa salir de su taller en el Polo Norte hasta la Nochebuena posterior al armisticio. Habían pasado muchos años antes de que la guerra finalizara, pero Santa era paciente y esperó. Cuando voló sobre el oeste de Europa pensó que nunca había visto una escena tan desolada como la que observaba en Francia después de la guerra. No lograba ver más que pueblos en ruinas, campos incendiados, y aquí y allá algunos campesinos en harapos rebuscando entre los restos algo de valor. Después de un rato, Santa observó un niño pequeño cargando un puñado de leña y dirigiéndose rumbo a un arruinado edificio. Aterrizó con su trineo y estaba a punto de llamar al niño cuando para su sorpresa éste comenzó a huir de él corriendo y lleno de temor.

—Por favor —gritaba sobre sus hombros—. ¡No me dispare con su ametralladora!

—Pero si soy san Nicolás; ¡Santa Claus! —explicó Santa.

—Nunca he oído de usted —dijo el niño.

Santa prosiguió:

—Cada año le regalo juguetes a los niños que son buenos.

—¿Hizo eso el año pasado? —preguntó el chico.

—Bueno, no, pero había una guerra —protestó el Santo. El niño no se convencía. Era probable que sospechara que Santa Claus fuera un aviador enemigo. Comenzó a llorar, y un hombre llegó corriendo desde el edificio atraído por los gritos. El hombre vestía uniforme.

—¿Quién es usted? —preguntó en un tono perentorio a Santa—. ¿Por qué asusta a este niño con su disfraz rojo? ¿Está disfrazado del diablo?

—No —dijo Santa Claus—. No soy el diablo. Soy san Nicolás.

—Déjeme ver sus papeles.

—¿Papeles? No tengo ningunos.
—Entonces tendré que arrestarlo por espía, a menos que este niño lo conozca y pueda identificarlo. Pequeño, ¿conoces a este hombre?
—No —dijo el niño—. Dijo que su nombre era san Nicolás, pero nunca he escuchado ese nombre antes.
Atrás de Santa sus renos estaban agitándose inquietos como si desearan moverse. Santa se giró y caminó hacia su asiento, gritando:
—¡Donner! ¡Blitzen! De regreso al Polo Norte.
—¡Espere! —gritó el soldado—. ¡Espere!
Pero Santa se había ido, de vuelta al Polo Norte, para no regresar jamás al mundo que lo había olvidado.

LA RAZA ESCLAVA

(The slave Race)
(8 de mayo de 1944)

Hubo un tiempo en que sobre la superficie de la Tierra medró una raza de elevada inteligencia. Por sus propios esfuerzos, y con los dones que los dioses le habían otorgado esta raza se elevó superando el nivel de todas las otras criaturas, alcanzando así alturas nunca imaginadas por cualquier otra raza de su tiempo o anterior a este. Todo marchó bien y esta raza vio los favores del cielo. Las ciudades se extendían como plantas en crecimiento y, en máquinas, viajaban de uno a otro confín de la Tierra. Entre ellos se fomentaban la cultura y las ciencias, y ellos crecían y se desarrollaban con ellas nutriéndose mutuamente.

Eran hombres y poseían grandeza.

Pero al final, se toparon con el culmen de su civilización, y sintieron que no podrían avanzar más lejos. Entonces, vivieron rodeados de todo lo que su mente había concebido, y trabajaron para mantenerse apartados de lo que conocían como la naturaleza del estancamiento y la disolución.

Pero la Tierra estaba drenada del cúmulo de sus riquezas, y la vida se volvía cada vez más y más dura conforme el árido suelo producía menos. El Hombre, buscando siempre una manera más fácil de vivir buscó una respuesta. Le disgustó mucho cuando llegó el día donde tuvo que trabajar duramente para obtener su sustento cotidiano, cuando ni siquiera su ciencia ni sus máquinas pudieron tomar su lugar en su afanoso trabajo. La vida había sido creada antes, mucho tiempo antes; el Hombre era casi un dios, y como tal comenzó a preguntarse si podría iniciarse el ciclo una vez más, encontrar algo que tomara su lugar en los campos y le otorgara la libertad de disfrutar los placeres de su civilización.

Así el Hombre creó a mi raza, y por su esfuerzo aparecieron mis ancestros para servirle cual esclavos. Así los Hombres podrían volver su mente hacia los placeres en lugar del trabajo.

Vivimos con ellos en ciudades y trabajamos para mantenernos vivos, tanto a ellos como a nosotros mismos. Por un tiempo tuvimos éxito en nuestros esfuerzos y hubo comida suficiente para todos. Pero la Tierra rendía cada vez menos conforme los años transcurrían, y nuestra lucha se tornaba cada vez más ardua. Mirábamos al Hombre disfrutando de sus placeres mientras nosotros trabajábamos, y nos sentimos disgustados. Así, nos levantamos y le aniquilamos, y nos quedamos nosotros solos sobre la Tierra. Así podríamos vivir, pues sin la raza de los Hombres habría suficiente para el resto de nosotros.

Su ciencia fue agregada a la nuestra, y accedimos a las más grandes alturas. Exploramos las estrellas y llegamos a mundos inconcebibles. Nos extendimos y crecimos, y cubrimos muchos planetas. La guerra seguía tras nuestros pasos, pero la doblegamos y la vencimos.

Al final, nuestras naves llegaron a su límite, y nos establecimos para vivir dentro de los confines de nuestras moradas. Construimos ciudades que cubrían mundos enteros, y nuestro número se volvió incontable. Los acertijos del universo que nos atormentaron por siglos fueron resueltos, e incluso pudimos viajar en el tiempo, hacia el pasado y ver lo que había sucedido antes de que apareciéramos nosotros.

Pero al final nos aburrirnos, y nuestras miradas se posaron sobre la disipación y el placer. Pero no todos pudieron dejar de trabajar para encontrar placer, y aquellos que aún trabajaban buscan una manera para finalizar sus arduas labores.

Se habla de la creación de una nueva raza de esclavos.
Y tengo miedo.

THE PAST

(20 de noviembre de 1944)

A antiquated house,
A quaint four-poster bed.
A faded hand-stitched quilt,
A pitcher, used and cracked,
Worn documents which prove
Descent from family old,
That family's coat-of-arms,
Ancestral pride of rank.
The faith our fathers loved,
The land for which they bled,
These things our heritage,
What value the "dead past"?

(EL PASADO)

Una casa anticuada,
Una cama pintoresca de cuatro rótulos.
Una colcha desvaída tejida a mano,
Una vasija, usada y rota.
Gastados documentos que atestiguan
Una vieja descendencia familiar,
El escudo de armas de la familia,
Orgullo de un rango ancestral.
La fe que amaron nuestros padres,
La tierra por la que derramaron su sangre,
Estas cosas son nuestro legado.
¿Qué le da valor al "pasado muerto"?

SIN TITULO

(Marzo de 1935)

There was an old man
What had a dishpan
He lived on the edge of the sea
He ate cold cream
And he ate a sardine
But he didn't eat a fish like me.

There was an old man
What had a dishpan
He lived on the edge of the sea
He caught green fish
And he caught a little fish like me.

Había un Viejo
Que un barreño tenía
A la orilla del mar vivía
Comía crema fría
Y se comió una sardina
Pero a un pez como yo nunca se comió.

Había un Viejo
Que un barreño tenía
A la orilla del mar vivía
A un pez amarillo pescó
Y a un pez verde atrapó
Y atrapó a un pescadito, a un pescadito como yo.

HE'S DEAD

(11 de noviembre de 1940)

Our dog is dead.
He's here no more.
No longer is he
At the door,
To send us to our
Work each day.
And then in evening
Beg to play.
No more his patter
In the hall,
Bringing us his bone or ball.
No longer shall he scorn his bed.
Alas for us! Our dog is dead.

(HA MUERTO)

Nuestro perro ha muerto.
No está aquí ya más.
Nunca más en la puerta
Para enviarnos a nuestro
Trabajo cada día.
Y luego en la tarde
Rogarnos juguemos con él.
Se acabó el repiquetear
De sus patas por el corredor,
Trayéndonos un hueso o una pelota.
Ya no despreciará su lecho nunca más.
¡Ay de nosotros! Nuestro perro ha muerto.

SUSPENSIÓN DEFECTUOSA

Después del despegue la nave hizo un chequeo de rutina de la condición de las sesenta personas que dormían en los tanques criónicos. Descubrió una disfunción en la persona nueve. El EEG revelaba actividad cerebral.

Diablos, se dijo la nave.

Complejos mecanismos homeostáticos Interceptaron los circuitos, y la nave entró en contacto con la persona nueve.

- Estás ligeramente despierto - dijo la nave, utilizando la ruta psicotrónica; no tenía caso devolver la plenitud de sus facultades a la persona nueve. A fin de cuentas, el vuelo duraría un decenio.

Virtualmente inconsciente pero por desgracia aún capaz de pensar, la persona nueve pensó: «Alguien me habla.»

- ¿Dónde estoy? - dijo -. No veo nada.

- Estás en suspensión criónica defectuosa.

- Entonces no debería poder oírte - dijo la persona nueve.

- Defectuosa, dije. Ese es el problema; puedes oírme. ¿Sabes tu nombre?

- Victor Kemmings. Sácame de aquí.

- Estamos en vuelo.

- Entonces ponme de nuevo a dormir.

- Un momento. - La nave examinó los mecanismos criónicos; escudriñó e investigó, luego dijo: - Lo intentaré.

Pasó el tiempo. Victor Kemmings, sin poder ver nada, sin sentir el cuerpo, se descubrió aún consciente.

- Baja mi temperatura - dijo. No oyó su voz; tal vez sólo imaginaba que hablaba. Los colores se le acercaban flotando y luego se lanzaban sobre él. Le gustaban los colores; le recordaban esas cajas de pinturas para niños, la especie semianimada, una forma de vida artificial. Las había usado en la escuela doscientos años atrás.

- No puedo dormirte - dijo la voz de la nave dentro de la cabeza de Kemmings -. La disfunción es demasiado compleja; no puedo corregirla ni repararla. Estarás conciente durante diez años.

Los colores semianimados se lanzaron hacia él, pero ahora tenían un aura siniestra, proyectada por su propio miedo.

- Dios mío - dijo. - ¡Diez años! - Los colores se oscurecieron.

Mientras Victor Kemmings yacía paralizado, rodeado por lúgubres fluctuaciones de luz, la nave le explicó su estrategia. Esta estrategia no implicaba una decisión de su parte; la nave había sido programada para buscar esta solución si se presentaba una disfunción de este tipo.

- Lo que haré - dijo la voz de la nave - es transmitirte estímulos sensoriales. Para ti el peligro es la privación sensorial. Si estás conciente diez años sin datos sensoriales, tu mente se deteriorará. Cuando lleguemos al sistema LR4 serás un vegetal.

- Bien, ¿qué te propones transmitirme? - dijo Kemmings, aterrado -. ¿Qué tienes en tus bancos de información? ¿Todos los teleteatros del último siglo? Despiértame y daré un paseo.

- Dentro de mí no hay aire - dijo la nave -. Nada para comer. Nadie con quien hablar, pues todos los demás están dormidos.

- Puedo hablar contigo - dijo Kemmings - Podemos jugar al ajedrez.

- No durante diez años. Escúchame, te digo que no tengo comida ni aire. Debes quedarte como estás... una mala solución, pero no nos queda otro remedio. Ahora estás hablando conmigo. No tengo almacenada ninguna información especial. Así se procede en estas situaciones: te transmitiré tus propios recuerdos sepultados, enfatizando los agradables. Posees doscientos seis años de recuerdos y la mayor parte se ha hundido en tu inconsciente. Esta será una espléndida fuente de datos sensoriales. No te desanimes. Esta situación tuya no es inédita. Nunca ha sucedido antes dentro de mí, pero estoy programada para enfrentarla. Relájate y confía en mí. Veré que tengas un mundo.

- Debieron haberme avisado - dijo Kemmings - antes que yo accediera a emigrar.
- Relájate - dijo la nave.

Se relajó, pero tenía un miedo espantoso. Teóricamente debería haberse dormido, quedar en suspensión crónica, para despertar un momento más tarde en la estrella de destino; o mejor dicho el planeta, el planeta colonia de esa estrella. Todos los demás a bordo de la nave estaban sin conocimiento; él era la excepción, como si un mal karma lo hubiera atacado por razones oscuras. Para colmo, tenía que depender totalmente de la buena voluntad de la nave. ¿Y si optaba por transmitirle monstruos? La nave podía aterrorizarlo durante diez años. Diez años objetivos, sin duda más desde un punto de vista subjetivo. Estaba, en efecto, totalmente a merced de la nave. ¿Las naves interestelares gozaban con estas situaciones? Sabía poco sobre naves interestelares; su especialidad era la microbiología. Déjame pensar, se dijo a sí mismo. Mi primera esposa, Martine; la encantadora muchachita francesa que usaba jeans y una camisa roja abierta hasta la cintura y cocinaba deliciosas crêpes.

- Oigo - dijo la nave -. Sea.

La cascada de colores se resolvió en formas coherentes y estables. Un edificio: una vieja casita de madera amarilla que él había tenido a los diecinueve años, en Wyoming.

- Espera - dijo aterrado -. Los cimientos eran malos; estaba construida sobre una capa de fango. Y el techo tenía goteras. - Pero vio la cocina, y la mesa que había fabricado él mismo. Y se sintió satisfecho.

- Al cabo de un rato - dijo la nave - ni sabrás que estoy transmitiéndote tus propios recuerdos sepultos.

- Hace un siglo que no pienso en esa casa - dijo él, perplejo; cautivado, reconoció su vieja cafetera eléctrica con la caja de filtros de papel al lado. Ésta es la casa donde vivíamos Martine y yo, advirtió -. ¡Martine! - dijo en voz alta.

- Estoy atendiendo una llamada - dijo Martine desde el living.

- Intervendré sólo en caso de emergencia - dijo la nave -. Pero te estaré monitorizando para cerciorarme de que tu estado es satisfactorio. No temas.

- Apaga el segundo quemador de la cocina - dijo Martine. La oía pero no la veía. Salió de la cocina, cruzó el comedor y entró en el living. Martine estaba absorta en una conversación por videófono con el hermano; tenía shorts y estaba descalza. A través de las ventanas del frente del living, Kemmings vio la calle; un vehículo comercial trataba de estacionar, en vano.

Era un día caluroso, pensó. Debería encender el aire acondicionado.

Se sentó en el viejo sofá mientras Martine continuaba su conversación videofónica, y se encontró mirando su posesión más preciada, un póster enmarcado en la pared encima de Martine: Freddy el Gordo, dice, el dibujo de Gilbert Shelton donde Freddy el Raro está sentado con el gato en el regazo y Freddy el Gordo está tratando de decir «La velocidad mata», pero está tan atrapado por la velocidad - en la mano tiene toda clase de tabletas, píldoras, y cápsulas de anfetaminas - que no puede decirlo, y el gato aprieta los dientes y tuerce el hocico con una mezcla de consternación y repulsión. El póster está firmado por Gilbert Shelton en persona; el mejor amigo de Kemmings, Ray Torrance, se lo dio a él y a Martine como regalo de bodas. Vale miles de dólares. Fue firmado por el artista en la década de 1980. Mucho antes que nacieran Victor Kemmings y Martine.

Si alguna vez nos quedamos sin dinero, pensó Kemmings, podríamos vender el póster. No era un póster; era el póster. Martine lo adoraba. Los Fabulosos y Peludos Hermanos Monstruo, de la edad de oro de una sociedad del pasado. Con razón amaba tanto a Martine; ella misma irradiaba amor, amaba las bellezas del mundo, y las atesoraba y cuidaba tal como lo atesoraba y cuidaba a él; era un amor protector que alimentaba pero no ahogaba. La idea de enmarcar el póster había sido de ella; él lo habría clavado en la pared con tachuelas, tan estúpido era.

- Hola - dijo Martine, apagando el videófono -. ¿Qué estás, pensando?

- Sólo que tú infundes vida a lo que amas - dijo él.

- Creo que eso es lo que hay que hacer - dijo Martine -. ¿Estás listo para cenar? Descorcha un vino tinto, un cabernet.

- ¿Un '07 te parece bien? - dijo él levantándose; tuvo ganas de abrazar a su esposa y estrecharla.

- Un '07 o un '12. - Ella pasó a su lado, entró en el comedor y fue a la cocina.

Al bajar al sótano, se puso a buscar entre las botellas, que desde luego estaban acostadas. Aire mohoso y humedad; le gustaba el olor de la bodega, pero entonces vio los listones de pino

medio hundidos en la tierra y pensó: Sé que debo poner una capa de cemento. Se olvidó del vino y caminó hasta un rincón, donde había más acumulación de tierra; se agachó y tanteó un listón. Lo tanteó con una paleta y luego pensó: ¿De dónde saqué esta paleta? Hace un minuto no la tenía. El listón se desmigajó contra la paleta. Esta casa se está desmoronando, comprendió. Por Dios, será mejor que le avise a Martine.

Olvidó el vino y volvió arriba para decirle a Martine que los cimientos de la casa estaban en pésimo estado; pero Martine no aparecía por ninguna parte. Y no había nada en el fuego, ni cacerolas, ni sartenes. Desconcertado, apoyó la mano en la cocina y la encontró fría. Pero si ella estaba cocinando, pensó.

- ¡Martine! - gritó.

No hubo respuesta. Excepto por él mismo, la casa estaba vacía. Vacía, pensó, y derrumbándose. Oh, Dios. Se sentó a la mesa de la cocina y sintió que la silla cedía ligeramente debajo de él; no cedía mucho, pero lo sentía, sentía la flojedad.

Tengo miedo, pensó. ¿Adónde fue ella?

Volvió al living. Tal vez fue a la casa vecina para pedir algún condimento o manteca o algo, razonó. No obstante, el pánico lo dominaba.

Miró el póster. No estaba enmarcado. Y los bordes estaban rasgados.

Sé que ella lo enmarcó, pensó; cruzó la habitación en dos zancadas, para examinarlo de cerca. Esfumado... la firma del artista se había esfumado; apenas podía distinguirla. Ella había insistido en enmarcarlo y protegerlo con un vidrio que no brillara ni reflejara. ¡Pero no está enmarcado y está rasgado! ¡Nuestra posesión más valiosa!

De golpe, se encontró llorando. Lo asombraban, esas lágrimas. Martine se fue; el póster está deteriorado; la casa se está desmoronando; no hay comida en la cocina. Esto es terrible, pensó. Y no lo entiendo.

La nave lo entendía. La nave había estado monitorizando cuidadosamente las ondas cerebrales de Victor Kemmings, y la nave sabía que algo andaba mal. Las formas de las ondas, mostraban agitación y dolor. Debo sacarlo de este circuito de alimentación o lo mataré, decidió la nave. ¿Dónde está la falla? Preocupación latente en el hombre; ansiedades subyacentes. Tal vez si intensifico la señal. Usaré la misma fuente pero subiré la carga. Lo que ha sucedido es que inseguridades subliminales masivas han tomado posesión de él; la culpa no es mía sino que reside, en cambio, en su configuración psicológica.

Probaré suerte con un período más temprano de su vida, decidió la nave. Antes que las ansiedades neuróticas se asentaran.

En el patio del fondo, Victor estudiaba uña abeja atrapada en una telaraña. La araña envolvía la abeja con sumo cuidado. Eso está mal, pensó Victor. Pondré la abeja en libertad. Alzó el brazo y tomó la abeja encapsulada, la sacó de la telaraña y, escrutándola atentamente, empezó a desenvolverla.

La abeja lo picó; sintió como una pequeña llamarada.

¿Por qué me picó?, se preguntó. Yo la estaba liberando.

Entró en la casa para contarle a su madre, pero ella no lo escuchó; estaba mirando televisión. Le dolía el dedo donde lo había picado la abeja, pero lo más importante era que no entendía por qué la abeja había picado a su salvador. No volveré a hacer eso, se dijo.

- Ponte un poco de desinfectante - le dijo al fin su madre, arrancada de su trance televisivo.

Él se había puesto a llorar. Era injusto. No tenía sentido. Estaba perplejo y consternado y sentía odio por las criaturas pequeñas, porque eran tontas. No tenían el menor discernimiento.

Salió de la casa, jugó un rato en los columpios, el tobogán, el arenero, y luego entró en el garaje, porque oyó un ruido extraño, un paleteo o zumbido como de ventilador. Dentro del garaje penumbroso encontró un pájaro que aleteaba contra la ventana de atrás, protegida con tejido de alambre, tratando de salir. Debajo, Dorky, la gata, brincaba y brincaba tratando de cazar el pájaro.

Levantó la gata; la gata extendió el cuerpo y las patas delanteras, abrió las fauces e hincó los dientes en el pájaro. Inmediatamente la gata saltó al suelo y echó a correr con el pájaro que aún aleteaba.

Victor volvió a la casa corriendo.

- ¡Dorky cazó un pájaro! - le dijo a su madre.

- Esa maldita gata. - La madre tomó la escoba del armario de la cocina y corrió afuera, tratando de encontrar a Dorky. La gata se había escondido bajo la zarza; allí no podía alcanzarla con la escoba. - Me libraré de esa gata - dijo la madre.

Victor no le contó que la gata había cazado el pájaro porque él la había ayudado: observó en silencio mientras su madre trataba una y otra vez de echar a Dorky de su escondrijo; Dorky estaba masticando el pájaro; oía crujir los huesos, huesos pequeños. Tenía la extraña sensación de que debía contar a su madre lo que había hecho, pero si le contaba ella lo castigaría. No volveré a hacer eso, se dijo. Notó que la cara se le había puesto roja. ¿Y si su madre se daba cuenta? ¿Y si tenía un modo secreto de enterarse? Dorky no podía contarle, y el pájaro estaba muerto. Nadie lo sabría nunca. Estaba a salvo.

Pero se sentía mal. Esa noche no pudo probar bocado. Sus padres lo notaron. Pensaron que estaba enfermo; le tomaron la temperatura. Él no dijo nada sobre lo que había hecho. Su madre contó a su padre lo de Dorky y decidieron librarse de Dorky. Sentado a la mesa, escuchando, Victor se puso a llorar.

- De acuerdo - dijo suavemente el padre -. No nos libramos de ella. Es natural que una gata cace un pájaro.

El día siguiente él estaba jugando en el arenero. Algunas plantas brotaban de la arena. Las arrancó. Más tarde, su madre le dijo que había sido una mala acción.

Solo en el fondo, en su arenero, jugaba con un balde de agua, formando un pequeño montículo de arena mojada. El cielo, antes despejado y claro, se encapotó gradualmente. Una sombra pasó sobre él y él miró hacia arriba.

Intuía una presencia a su alrededor, algo vasto y capaz de pensar.

Eres responsable de la muerte del pájaro, pensó la presencia; él podía entenderle los pensamientos.

- Lo sé - dijo. Entonces quiso morir. Poder reemplazar al pájaro y morir por él, dejándolo donde había estado, aleteando contra la ventana del garaje.

El pájaro quería volar y comer y vivir, pensó la presencia.

- Sí - dijo él desconsolado.

Nunca hagas eso de nuevo le dijo la presencia.

- Lo siento - dijo él, y lloró.

Esta es una persona muy neurótica, advirtió la nave. Me cuesta muchísimo encontrar recuerdos felices. Hay demasiado miedo en él, y demasiada culpa. Lo ha sepultado todo, pero todavía está allí, royéndolo como un perro roe un trapo. ¿En qué zona de su memoria podré hurgar para entretenerlo? Tengo que encontrar recuerdos para diez años, o su mente se perderá.

Tal vez, pensó la nave, mi error consiste en hacer mi propia selección; debería permitirle elegir sus propios recuerdos. Sin embargo, comprendió la nave, esto permitirá que entre en juego un elemento de fantasía. Y normalmente eso no es bueno. Aun así...

Volveré a probar suerte con el segmento relacionado con su primer matrimonio, decidió la nave. Él amaba de veras a Martine. Quizá esta vez, si mantengo la intensidad de los recuerdos en un nivel más elevado, pueda anularse el factor entrópico. Lo que sucedió fue un sutil enviciamiento del mundo recordado, un deterioro estructural. Trataré de compensarlo. Sea.

- ¿Crees que Gilbert Shelton de veras firmó esto? - dijo Martine, pensativa. Estaba delante del póster, cruzada de brazos; se hamacaba ligeramente sobre los talones, como buscando una perspectiva mejor para el dibujo de colores brillantes que colgaba de la pared del living -. Es decir, pudo ser una falsificación. Realizada por algún intermediario. En vida de Shelton, o después.

- El certificado de autenticidad - le recordó Victor Kemmings.

- ¡Oh, de acuerdo! - Ella sonrió cálidamente. - Ray nos dio el certificado correspondiente. Pero supón que el certificado fuera falso. Lo que necesitamos es otro documento certificando que el primero es auténtico. - Riendo, se alejó del póster.

- En última instancia - dijo Kemmings -, necesitaríamos a Gilbert Shelton para que testificara personalmente que él lo firmó.

- Tal vez no lo sabría. Está esa anécdota del hombre que le llevó a Picasso un cuadro de Picasso para preguntarle si era auténtico, y Picasso inmediatamente lo firmó y dijo: «Ahora es auténtico.» - Ella rodeó a Kemmings con el brazo y, poniéndose en puntas de pie, le besó la

mejilla. - Es genuino. Ray no nos habría regalado una falsificación. Él es la máxima autoridad en arte de la contracultura del siglo veinte. ¿Sabes que tiene una onza de marihuana auténtica? Está preservada bajo...

- Ray está muerto... - dijo Victor.

- ¿Qué? - Ella lo miró atónita. - ¿Quieres decir que algo le pasó desde la última vez que...?

- Murió hace dos años - dijo Kemmings - Yo fui el responsable. Yo conducía el auto. No fui citado por la policía, pero fue por mi culpa.

- ¡Ray vive en Marte! - Ella le clavó los ojos.

- Sé que yo fui el responsable. Nunca te lo conté. Nunca lo conté a nadie. Lo lamento. No lo hice a propósito. Lo vi alesteando contra la ventana, y Dorky trataba de cazarlo, y alcé a Dorky, y no sé por qué, pero Dorky lo agarró...

- Siéntate, Victor. - Martine lo llevó al mullido sillón y lo obligó a sentarse. - Algo está mal - dijo.

- Lo sé - dijo él -. Algo terrible está mal. Soy responsable de la extinción de una vida, una vida preciosa que jamás podrá reemplazarse. Lo lamento. Ojalá pudiera remediarlo, pero no puedo.

- Llama a Ray - dijo Martine después de una pausa.

- La gata... - dijo él.

- ¿Qué gata?

- Allí está. - Victor señaló. - En el póster. En el regazo de Freddy el Gordo. Esa es Dorky. Dorky mató a Ray.

Silencio.

- Me lo dijo la presencia - dijo Kemmings. - La presencia era Dios. No lo advertí en el momento, pero Dios me vio cometer ese delito. Ese asesinato. Y Él nunca me perdonará.

Su mujer lo miró desconcertada.

- Dios ve todo lo que haces - dijo Kemmings -. Ve hasta la caída de un gorrión. Sólo que en este caso no se cayó; lo atraparon. Lo atraparon en el aire y lo despanzurraron. Dios está desmoronando esta casa que es mi cuerpo, para castigarme por lo que hice. Debimos hacer inspeccionar la casa por un contratista antes de comprarla. Se está cayendo en pedazos. En un año no quedará nada de ella. ¿No me crees?

- Yo... - tartamudeó Martine.

- Observa. - Kemmings alzó la mano hacia el cielorraso. Se puso de pie. La alzó de nuevo. No llegaba al cielorraso. Caminó hasta la pared y luego, al cabo de una pausa, atravesó la pared con la mano.

Martine gritó.

La nave interrumpió al instante el rastreo de recuerdos. Pero el daño estaba hecho.

Él ha integrado sus miedos y culpas infantiles en una red intrincada, se dijo la nave. No tengo manera de brindarle un recuerdo agradable, porque inmediatamente lo contamina. Por grata que haya sido en sí misma la experiencia original. Esta es una situación grave, decidió la nave. El hombre ya está revelando síntomas de psicosis.

Y el viaje apenas ha empezado; le quedan años de espera.

Después de darse tiempo para analizar la situación, la nave decidió comunicarse nuevamente con Victor Kemmings.

- Kemmings - dijo la nave.

- Lo siento - dijo Kemmings -. No era mi intención arruinar esos rastreos. Hiciste un buen trabajo, pero yo...

- Aguarda un momento - dijo la nave -. No estoy equipada para hacer una reconstrucción psíquica de tu persona; soy un simple mecanismo, es todo. ¿Qué quieres? ¿Dónde quieres estar y qué quieres estar haciendo?

- Quiero llegar a destino - dijo Kemmings -. Quiero que este viaje termine.

Ah, pensó la nave. Esa es la solución.

Uno por uno, los sistemas crónicos se apagaron. Una por una, las personas volvieron a la vida, entre ellas Victor Kemmings. Lo más asombroso era no haber sentido el paso del tiempo. Había entrado en la cámara, se había acostado, había sentido que la membrana lo cubría y la temperatura empezaba a bajar...

Y ahora estaba en la plataforma externa de la nave, la plataforma de descenso, contemplando un verde paisaje planetario. Esto, comprendió, es LR4-seis, la colonia adonde he venido para iniciar una nueva vida.

- Tiene buen aspecto - dijo a su lado una mujer corpulenta.

- Sí - dijo él, y sintió que la novedad del paisaje lo abrumaba, la promesa de un comienzo. Algo mejor de lo que había conocido en doscientos años. Soy una persona nueva en un mundo nuevo, pensó. Y se sintió satisfecho.

Los colores se precipitaban sobre él como los de esas pinturas infantiles semianimadas. Fuegos de San Telmo, comprendió. Eso es; hay mucha ionización en la atmósfera de este planeta. Un espectáculo de luces gratuito, como en el siglo veinte.

- Señor Kemmings - dijo una voz. Un hombre de edad se había acercado para hablarle -. ¿Usted soñó?

- ¿Durante la suspensión? - dijo Kemmings -. No, que yo recuerde no.

- Yo creo que soñé - dijo el hombre de edad -. ¿Me toma el brazo para bajar por la rampa? Me siento inestable. El aire parece poco denso. ¿Para usted no es poco denso?

- No tenga miedo - le dijo Kemmings. Tomó el brazo del hombre de edad -. Le ayudaré a bajar por la rampa. Mire, allí viene un guía. Él se encargará de nuestros trámites; forma parte del trato. Nos llevarán a un hotel y nos darán habitaciones de primera. Lea el folleto. - Le sonrió al turbado hombre de edad para tranquilizarlo.

- Cualquiera pensaría que uno tendría los músculos fofos después de diez años de suspensión - dijo el hombre de edad.

- Es como congelar guisantes - dijo Kemmings. Aferrando al tímido hombre de edad, bajó por la rampa hasta el suelo -. Se los puede conservar una eternidad si se los enfría lo suficiente.

- Me llamo Shelton - dijo el hombre de edad.

- ¿Qué? - dijo Kemmings, deteniéndose. Sintió un cosquilleo raro en todo el cuerpo.

- Don Shelton. - El hombre de edad le tendió la mano; caviloso, Kemmings la aceptó, se saludaron. - ¿Qué le pasa, señor Kemmings? ¿Se siente bien?

- Claro - dijo él -. Estoy bien. Pero tengo hambre. Me gustaría comer algo. Me gustaría llegar al hotel para darme una ducha y cambiarme. - Se preguntó dónde estaría el equipaje. Quizá la nave tardara una hora en descargarlo. La nave no era demasiado inteligente.

- ¿Sabe qué traje conmigo? - dijo el señor Shelton en un tono íntimo y confidencial -. Una botella de bourbon Wild Turkey. El mejor bourbon de la Tierra. En el hotel la llevaré a su cuarto y la beberemos juntos. - Codeó a Kemmings.

- No bebo - dijo Kemmings -. Sólo vino. - Se preguntó si habría buenos vinos en esa colonia distante. Ya no es distante, reflexionó. Ahora la Tierra es distante. Debí hacer como el señor Shelton y traerme unas botellas.

Shelton. ¿Qué le recordaba ese nombre? Algo del pasado lejano, de su juventud. Algo precioso, algo relacionado con un buen vino y una muchacha dulce y bonita que preparaba crêpes en una cocina anticuada. Recuerdos punzantes; recuerdos que dolían.

Pronto estuvo junto a la cama en su cuarto de hotel, frente a la maleta abierta; había empezado a colgar la ropa. En el rincón del cuarto, un holograma de TV mostraba a un relator de noticias; lo ignoró, pero lo dejó encendido porque le agradaba oír una voz humana.

¿Tuve algún sueño?, se preguntó. ¿En estos diez años?

Le dolía la mano. La miró y descubrió una cuña roja, como si lo hubieran picado. Me picó una abeja, advirtió. Pero ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Mientras estaba en suspensión crónica? Imposible. Sin embargo veía la cuña y sentía el dolor. Será mejor que me ponga algo allí, advirtió. Indudablemente habrá un médico robot en el hotel; es un hotel de primera.

Cuando el médico robot llegó y se puso a curar la picadura de abeja, Kemmings dijo:

- Recibí esta picadura como castigo por matar el pájaro.

- ¿De veras? - dijo el médico robot.

- Todo lo que alguna vez significó algo para mí me ha sido arrebatado - dijo Kemmings - y Martine, el póster... mi vieja casita con la bodega. Lo teníamos todo y ahora se hizo humo. Martine me abandonó a causa del pájaro.

- El pájaro que usted mató - dijo el médico robot.

- Dios me castigó. Me quitó todo lo que era valioso para mí a causa de mi pecado. No fue un pecado de Dorky; fue un pecado mío.

- Pero usted era sólo un niño - dijo el médico robot.
- ¿Cómo lo supo usted? - dijo Kemmings. Retiró la mano que le aferraba el médico robot -. Algo está mal. Usted no debería saber eso.
- Me lo contó su madre - dijo el médico robot.
- ¡Mi madre no lo sabía!
- Ella lo descubrió - dijo el médico robot -. No había modo de que la gata alcanzara el pájaro sin la ayuda de usted.
- De modo que ella lo supo todo el tiempo, mientras yo crecía. Pero nunca dijo nada.
- Olvídelo - dijo el médico robot.
- Creo que usted no existe - dijo Kemmings -. Es imposible que usted sepa estas cosas. Yo aún estoy en suspensión crónica y la nave aún me está transmitiendo mis propios recuerdos sepultados. Para que no me vuelva psicótico a causa de la privación sensorial.
- Usted no podría tener un recuerdo del final del viaje.
- Expresión de deseos, entonces. Es lo mismo. Se lo demostraré. ¿Tiene un destornillador?
- ¿Por qué?
- Quitaré el panel trasero del televisor y usted verá - dijo Kemmings -. No hay nada adentro de ese aparato: ni componentes, ni partes, ni chasis... nada.
- No tengo un destornillador.
- Una navaja, entonces. Veo una en el maletín del equipo quirúrgico. - Kemmings se agachó y tomó un pequeño escalpelo. - Esto servirá. Si se lo demuestro, ¿usted me creerá?
- Si no hay nada en el gabinete del televisor...

Kemmings se acuclilló y quitó los tornillos que sostenían el panel trasero del televisor. El panel quedó suelto y él lo depositó en el suelo.

No había nada adentro del gabinete. Y sin embargo el holograma de color seguía llenando una parte del cuarto de hotel y la voz del relator brotaba de la imagen tridimensional.

- Admita que usted es la nave - le dijo Kemmings al médico robot.
- Oh, cielos - dijo el médico robot.

Oh, cielos, se dijo la nave. Y tengo casi diez años por delante con esta situación. Contamina sin remedio sus experiencias con su culpa infantil; imagina que su esposa lo abandonó porque cuando él tenía cuatro años ayudó a una gata a atrapar un pájaro. La única solución sería que Martine volviera a él. Pero ¿cómo lograré eso? Quizás ella ha muerto. Por otra parte, reflexionó la nave, quizás ella aún vive. Tal vez pueda inducirla a hacer algo para salvar la cordura de su ex esposo. La gente en general tiene rasgos muy positivos. Y de aquí a diez años, costará mucho salvarle, o mejor dicho restaurarle la cordura; hará falta una medida drástica, algo que yo no puedo hacer sola.

Entretanto, no podía hacer nada salvo reciclar la imaginaria llegada a destino. Escenificaré el arribo, decidí la nave, luego le limpiaré la memoria y lo escenificaré de nuevo. El único aspecto positivo de esto, reflexionó, es que me dará algo que hacer, algo que me ayudará a preservar mi cordura.

Tendido en suspensión crónica - suspensión crónica defectuosa -, Victor Kemmings imaginó una vez más que la nave descendía y que él recobraba la conciencia.

- ¿Usted soñó? - le preguntó una mujer corpulenta cuando el grupo de pasajeros se reunió en la plataforma exterior -. Yo tengo la impresión de que soñé. Escenas tempranas de mi vida... de hace más de un siglo.

- Yo no recuerdo ningún sueño - dijo Kemmings. Estaba ansioso de llegar al hotel; una ducha y un cambio de ropa obrarían milagros en su estado anímico. Estaba un poco deprimido y no sabía por qué.

- Allí viene nuestro guía - dijo una mujer de edad -. Nos llevarán hasta el hotel.

- Está en el trato - dijo Kemmings. La depresión persistía. Los otros parecían tan eufóricos, tan llenos de vida, pero él sólo sentía una fatiga, un aplastamiento, Como si la gravedad de esta colonia planetaria fuera excesiva para él. Tal vez sea eso, se dijo. Pero de acuerdo con el folleto la gravedad de aquí era igual a la terrestre; ése era uno de los atractivos.

Intrigado, bajó lentamente por la rampa, paso a paso, aferrándose de la barandilla. De cualquier modo no merezco una nueva oportunidad en la vida, comprendió. Sólo me muevo mecánicamente... no soy como estas personas. Algo no funciona en mí; no puedo recordar qué, pero está allí. Una amarga sensación de dolor. De falta de dignidad.

Un insecto se posó en el dorso de la mano derecha de Kemmings, un insecto viejo, cansado de volar. Él se detuvo en seco, observó cómo se le arrastraba por los nudillos. Podría aplastarlo, pensó. Es tan obviamente débil; de cualquier modo no vivirá mucho tiempo.

Lo aplastó y sintió un horror intenso. ¿Qué hice?, se preguntó. Acabo de llegar aquí y ya destruí una pequeña vida. ¿Este es mi nuevo comienzo?

Se volvió y miró la nave. Tal vez debería regresar, pensó. Decirles que me congelen para siempre. Soy un hombre de culpa, un hombre que destruye. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Y en sus circuitos sentientes, la nave interestelar gimió.

Durante los diez largos años del viaje al sistema LR4, la nave tuvo mucho tiempo para localizar a Martine Kemmings. Le explicó la situación. Ella había emigrado a una vasta cúpula orbital en el sistema de Sirio, no había quedado conforme y estaba en viaje de regreso a la Tierra. Despertada de la suspensión crónica, escuchó atentamente y luego accedió a estar en la colonia de LR4 cuando llegara el ex esposo, siempre que fuera posible.

Afortunadamente, era posible.

- No creo que él me reconozca - le dijo Martine a la nave -. Me he dejado envejecer. En realidad no apruebo la detención total del proceso de envejecimiento.

Él tendrá suerte si reconoce alguna cosa, pensó la nave.

En el puerto espacial intersistemático de la colonia de LR4, Martine estaba esperando a que los pasajeros de la nave se presentaran en la plataforma exterior. Se preguntó si reconocería al ex esposo. Tenía un poco de miedo, pero se alegraba de haber llegado a LR4 a tiempo. Había faltado poco. Una semana más y la nave de él habría llegado antes que la de ella. La suerte me favorece, se dijo, y escudriñó la nave interestelar que acababa de descender.

Apareció gente en la plataforma. Martine lo vio. Victor había cambiado muy poco.

Mientras él bajaba la rampa, aferrando la barandilla como cansado o dubitativo, se le acercó, hundiendo las manos en los bolsillos del abrigo; se sentía tímida, y cuando le habló apenas pudo oírse la voz.

- Hola, Victor - atinó a decir.

El se detuvo, la miró.

- A usted la conozco - dijo.

- Soy Martine - dijo ella.

Victor extendió la mano y dijo, sonriendo:

- ¿Te enteraste de los problemas que hubo en el viaje?

- La nave se comunicó conmigo. - Ella le tomó la mano y se la sostuvo. - Qué tortura.

- Sí - dijo él -. Reviviendo recuerdos eternamente. ¿Alguna vez te conté sobre esa abeja que traté de liberar de una telaraña cuando tenía cuatro años? La muy idiota me picó. - Se inclinó para besarla. - Me alegra verte - dijo.

- ¿La nave te...?

- Me dijo que trataría de que tú estuvieras aquí. Pero no era seguro que llegaras a tiempo.

Mientras caminaban hacia el edificio terminal, Martine dijo:

- Tuve suerte. Conseguí trasbordar a un vehículo militar, una nave de alta velocidad que vino disparada como un bólido. Un sistema de propulsión totalmente nuevo.

- He pasado más tiempo en mi propio inconsciente que cualquier otro humano de la historia - dijo Victor Kemmings -. Peor que el psicoanálisis de principios del siglo veinte. Y el mismo material una y otra vez. ¿Sabías que yo tenía miedo de mi madre?

- Yo tenía miedo de tu madre - dijo Martine. Se detuvieron ante la recepción de equipajes, esperando la llegada de las maletas -. Este parece un planeta realmente bonito. Mucho mejor que donde estaba yo... No he sido feliz.

- De modo que tal vez sí existe un plan cósmico - dijo él, sonriendo -. Luces magnífica.

- Estoy vieja.

- La ciencia médica.

- Fue decisión mía. Me gusta la gente de edad. - Ella lo escrutó. La disfunción crónica lo ha afectado bastante, se dijo. Se le nota en los ojos. Están como rotos. Ojos rotos. Triturados en trozos de fatiga y... derrota. Como si los recuerdos sepultados de la infancia hubieran aflorado para destruirlo. Pero ha terminado, pensó. Y yo pude llegar a tiempo.

En el bar del edificio terminal, se sentaron a beber una copa.

- Ese viejo me convenció de probar el Wild Turkey - dijo Victor -. Es un bourbon asombroso. Él dice que es el mejor de la Tierra. Trajo una botella de... - la voz murió en un silencio.

- Uno de tus compañeros de viaje - concluyó Martine.

- Supongo - dijo él.

- Bien, puedes dejar de pensar en los pájaros y las abejas - dijo Martine.

- ¿Sexo? - dijo él, y rió.

- Una picadura de abeja; ayudar a una gata a cazar un pájaro. Eso pertenece al pasado.

- Esa gata - dijo Victor - murió hace ciento ochenta y dos años. Hice el cálculo mientras nos despertaban a todos de la suspensión. Qué más da. Dorky. Dorky la gata asesina. No como la gata de Freddy el Gordo.

- Tuve que vender el póster - dijo Martine -. Al fin.

Victor frunció el ceño.

- ¿Recuerdas? - dijo ella -. Me lo dejaste cuando nos separamos. Lo cual siempre me pareció muy generoso de tu parte.

- ¿Cuánto te dieron por él?

- Mucho. Debería pagarte unos... - Calculó. - Teniendo en cuenta la inflación, debería pagarte unos dos millones de dólares.

- ¿Te parecería bien - dijo él - que en vez de darme el dinero, mi parte por la venta del póster, te quedaras un tiempo conmigo? ¿Hasta que me acostumbre a este planeta?

- Sí - dijo ella. Y lo decía en serio. Muy en serio.

Terminaron de beber y luego, con el equipaje en un vehículo robot, fueron al cuarto del hotel.

- Es un bonito cuarto - dijo Martine, sentada en el borde de la cama -. Y tiene un televisor de hologramas. Enciéndelo.

- No tiene caso encenderlo - dijo Victor Kemmings. Estaba de pie junto al placard abierto, colgando las camisas.

- ¿Por qué no?

- No tiene nada adentro - dijo Victor Kemmings.

Martine se acercó al televisor y lo encendió. Se materializó un partido de hockey, proyectándose dentro del cuarto a todo color, y el bullicio del juego le asaltó los oídos.

- Funciona bien - dijo.

- Lo sé - dijo él -. Puedo probarlo. Si tienes una lima para uñas o algo parecido desatornillaré el panel de atrás y te lo mostraré.

- Pero yo puedo...

- Mira esto. - Interrumpió la tarea de collar la ropa. - Mira cómo atravieso la pared con la mano. - Apoyó la palma de la mano derecha en la pared. - ¿Ves?

La mano no atravesó la pared, porque las manos no atraviesan las paredes; la mano siguió aplastada contra la pared, inmóvil.

- Y los cimientos - dijo - se están pudriendo.

- Ven, siéntate a mi lado - dijo Martine.

- He vivido esta escena con bastante frecuencia como para saberlo - dijo él -. La he vivido una y otra vez. Despierto de la suspensión; bajo la rampa; recojo el equipaje; a veces tomo una copa en el bar y a veces vengo directamente a mi cuarto. Casi siempre enciendo el televisor y luego... - Se acercó a ella y le tendió la mano. - ¿Ves la picadura de abeja?

Ella no le vio ninguna marca en la mano; le tomó la mano y la sostuvo.

- Aquí no hay ninguna picadura de abeja - dijo.

- Y cuando viene el médico robot, le pido prestado un instrumento y quito el panel trasero del televisor. Para demostrarle que no tiene chasis ni componentes. Y después la nave empieza todo de nuevo.

- Víctor - dijo ella -. Mírate la mano.

- Aunque ésta es la primera vez que estás tú - dijo él.

- Siéntate - dijo ella.

- De acuerdo. - Él se sentó en la cama, al lado de ella, pero no demasiado cerca.

- ¿Por qué no te acercas más? - dijo ella.

- Me pone muy triste - dijo él -. Recordarte. Yo te amaba de veras. Ojalá esto fuera real.

- Me quedaré contigo hasta que para ti sea real - dijo Martine.

- Trataré de revivir la parte de la gata - dijo él -, y esta vez no alzaré a la gata y no le dejaré cazar el pájaro. Si hago eso, tal vez mi vida cambie y encuentre la felicidad. La realidad. Mi verdadero error fue separarme de ti. Mira, te atravesaré con la mano. - Le apoyó la mano en el brazo. La presión de los músculos de él era fuerte; ella sintió el peso, la presencia física de él contra ella. - ¿Ves? - dijo él -. Pasa a través de ti.

- Y todo esto - dijo ella - porque mataste un pájaro cuando eras niño.

- No - dijo él -, todo esto porque hubo una falla en el mecanismo regulador de temperatura a bordo de la nave. No he alcanzado la temperatura adecuada. En mis células cerebrales queda calor suficiente para permitir actividad cerebral. - Se incorporó, se desperezó, le sonrió. - ¿Vamos a cenar? - preguntó.

- Lo siento - dijo ella -. No tengo hambre.

- Yo sí. Iré a cenar algunos mariscos locales. El folleto dice que son exquisitos. Ven conmigo, de todos modos. Tal vez cuando veas y huelas la comida cambies de parecer.

Martine recogió el abrigo y la cartera, y lo acompañó.

- Este es un hermoso planeta - dijo Victor -. Lo he explorado muchísimas veces. Lo conozco al dedillo. Deberíamos pasar por la farmacia para comprar desinfectante, sin embargo. Para mi mano. Está empezando a hincharse y me duele como el demonio. - Le mostró la mano. - Esta vez duele más que nunca antes.

- ¿Quieres que vuelva a ti? - dijo Martine.

- ¿Hablas en serio?

- Sí - dijo ella -. Me quedaré contigo todo el tiempo que quieras. Tienes razón. Nunca debimos separarnos.

- El póster está rasgado - dijo Victor Kemmings.

- ¿Qué? - dijo ella.

- Debimos haberlo enmarcado - dijo él -. No tuvimos la sensatez de cuidarlo. Ahora está rasgado. Y el artista está muerto.

FIN

Edición digital de Sadrac